

Maurice Brinton

Los bolcheviques y el control obrero, 1917-1921

El Estado y la contrarrevolución

Índice

Nota a esta edición digital y Sobre la traducción 3

Presentación 4

Los bolcheviques y el control obrero, 1917-1921

Introducción 5

- El control obrero 5

- La Revolución rusa 7

- Nota sobre las fechas..... 13

1917 15

1918 37

1919 53

1920 58

1921 69

Epílogo 75

Conclusión 76

Nota a esta edición digital

La preparación del texto ha consistido simplemente en reproducir el original, aunque se efectuaron algunas modificaciones como traducir algunos términos o expresiones que se habían dejado en inglés. El uso de negrita para resaltar palabras o frases, en el texto y las notas, característica un tanto extraña y a veces usada de forma poco precisa, es una curiosidad de la impresión original que hemos respetado casi siempre. Del mismo modo, hemos respetado el diseño general de la portada original.

Como presentación hemos traducido libremente una breve reseña de la página *The Struggle Site* (<http://struggle.ws>). Solamente añadiremos que, hoy, éste libro *no sólo* ha de leerse como una crítica de las concepciones bolcheviques de la revolución y de la gestión de la producción. *Sobre todo* ha de entenderse como una ejemplificación de cómo: 1º) la separación entre apropiación económica y poder político (en la forma de una separación entre los soviets políticos y los comités de fábrica, que el bolchevismo utilizó y promovió para convertirlos todos en apéndices de su gobierno), 2º) el desplazamiento del énfasis en la transformación de las relaciones de producción alienantes (la supresión del trabajo asalariado, o lo que es lo mismo, supresión de la subordinación del trabajo vivo a la acumulación, autogestión *como relación de producción efectiva*) a la democratización puramente formal de la gestión y de la propiedad -no importa cómo esta se plantee (control obrero, gestión obrera, "autogestión"...), y 3º) más en general la adhesión a cualquier «dirección revolucionaria» que no sea el resultado del debate y la autodeterminación democráticos y directos del proletariado, constituirán siempre factores que conducirán a la derrota de la autoliberación proletaria. L@s proletari@s han de aprender firmemente estas lecciones para poder desarrollar su autonomía de clase y desechar toda la demagogia populista post-leninista (como hoy impera particularmente en Bolivia y Venezuela). Sólo así el siglo XXI será verdaderamente el siglo del socialismo: el comienzo de una sociedad global sin clases ni Estados, fundada en la cooperación libre y la fraternidad, que ponga a disposición de los individuos todos los recursos para su bienestar y su pleno desarrollo integral y creativo.

Roi Ferreiro

07/10/2007

Sobre la traducción

The Bolsheviks and Workers' Control, 1917-1921. *The State and Counter-revolution* de Maurice Brinton, fue publicado en 1970 por el grupo **Solidarity*** de Londres. Hemos dado, cuando nos ha sido posible, el texto y las referencias de las citas de Lenin en la traducción castellana de la Editorial Progreso de Moscú, 1970: V.I. Lenin **Obras Escogidas** en tres tomos. (Abreviatura **OE**, seguida del tomo y de la página.)

Traducción a cargo de Enrique Escobar. Publicado en 1972 por *Editions Ruedo Ibérico* e impreso en Francia.

Nota de la edición impresa

* Solidarity, c/o 27 Sandringham Road, Londres NW 11.

Presentación

¿Cuántas veces has pensado que podrías hacer el trabajo de los jefes? Bueno, l@s trabajadore/as no sólo lo han pensado muchas veces, también alguna vez han echado a los jefes de una patada y se han puesto a hacerlo.

Los bolcheviques y el control obrero es un libro detallado que muestra, en primer lugar, cómo la clase obrera rusa tomó y gestionó sus lugares de trabajo, en segundo lugar cómo quisieron extender este «control» a toda la economía y, en tercer lugar, cómo eso les fue arrebatado por el Estado ruso. Es una lectura esencial para cualquiera que piense que los partidos leninistas tienen relevancia en lo que se refiere a la creación de una sociedad socialista.

Los comités de fábrica surgieron antes, durante y después de que la revolución patease a los gestores y tomase las empresas. Los comités comprendieron rápidamente que la coordinación y la integración de la producción era lo esencial. La resolución de las comisiones de fábrica manifiesta:

«La vida económica del país -la agricultura, la industria, el comercio y el transporte- deben someterse a un plan unificado, construido de modo que satisfaga los requerimientos individuales y sociales de las amplias masas del pueblo».

En agosto de 1917, la Segunda Conferencia de los Comités de Fábrica se tomó esto tan en serio que resolvieron dedicar un cuarto de sus salarios para apoyar un *Soviet Central de Comités de Fábrica*. Después de la revolución intentaron conseguirlo con el Consejo Panruso de Comités de Fábrica, que los bolcheviques impidieron reunirse, creyendo en su lugar en su perspectiva del control por el Estado «en nombre de los trabajadores».

En diciembre de 1917, el Consejo Central de los Comités de Fábrica de Petrogrado publicó un «Manual práctico para la implementación del control obrero», que de forma totalmente explícita iba más allá de hacer inventarios y se adentraba en el control efectivo de la producción, llamando a cada comité a establecer comisiones de control para los diversos aspectos de la producción. El mismo mes, el periódico bolchevique *Isvestiya* publicaba las «Instrucciones generales sobre el control obrero en conformidad con el decreto de noviembre». Éste también habla de comisiones, pero dice que su único papel en la gestión es *asegurar que las directivas del gobierno central se sigan enteramente*.

Así que, después del tibio apoyo inicial a los comités de fábrica, los bolcheviques rápidamente giraron a la gestión unipersonal bajo el mandato directo del Estado desde arriba. Por abril de 1918 (seis meses después de octubre), fue publicado en *Isvestiya* el artículo de Lenin sobre «Las tareas inmediatas del Gobierno Soviético», en el que afirma que «La experiencia histórica irrefutable ha mostrado que... la dictadura de personas individuales era muy frecuentemente el vehículo, el canal de la dictadura de las clases revolucionarias» y que «Hoy la Revolución demanda, en el interés del socialismo, que las masas obedezcan incuestionablemente la voluntad única de los dirigentes del proceso de trabajo.»

Si estás interesado en cómo el movimiento de comités de fábrica funcionó y cómo los leninistas se dispusieron con celeridad a absorberlo y aplastarlo, este libro contiene posiblemente todos los detalles que desees.

The Struggle Site

Introducción

Este texto tiene dos objetivos. Trata de aportar un cierto número de elementos a la discusión actual sobre el «control obrero». Pero también intenta presentar un nuevo tipo de análisis del destino de la revolución rusa. Trataremos de mostrar más adelante que las dos cosas son inseparables.

El control obrero

Se vuelve a oír hablar de «control obrero». La nacionalización (en sus dos versiones, occidental y oriental) y el gobierno del «partido de la clase obrera» (también en sus dos versiones) han sido manifiestamente un fracaso. No han satisfecho las esperanzas y las ilusiones de la mayor parte de los hombres, ni les han dado ningún medio real de intervenir en la determinación de sus condiciones de existencia. Esto ha creado un interés renovado sobre temas como el «control obrero», e ideas que, en un contexto diferente, tuvieron un eco considerable a principios de siglo.

Hoy en día, gente tan diferente como los Jóvenes Liberales, la «izquierda» laborista, algunos funcionarios sindicales algo cansados, y «trotskistas» de todas las especies -por no hablar ya de los anarcosindicalistas o de los «marxistas libertarios»-, habla de «control obrero». Eso sólo puede querer decir dos cosas: o que esa gente tiene objetivos comunes -lo cual no parece muy verosímil-, o que las palabras sirven en este caso tanto para esconder como para mostrar algo. Esperamos contribuir a disipar un poco esa confusión recordando cómo se opusieron, en un momento histórico crítico, los partidarios de concepciones diferentes del «control obrero», y mostrando quiénes ganaron, por qué ganaron, y cuáles fueron las consecuencias de su victoria.

El motivo de ese retorno a las raíces históricas de la discusión no es el amor al archivismo, o el gusto de lo esotérico. Contrariamente a lo que ha ocurrido en muchos países europeos, el movimiento revolucionario en Gran Bretaña nunca se ha ocupado demasiado de teoría, prefiriendo un enfoque empírico, del tipo «dejad que lo toque primero». Quizá eso le haya servido a veces para no hundirse en las aguas pantanosas de la especulación metafísica, pero el precio pagado, en términos de claridad y de rigor, ha sido fuerte. Sin una clara comprensión de los objetivos, y de cuáles son las fuerzas (incluido las fuerzas ideológicas) que nos impiden avanzar -en resumen, sin una perspectiva histórica, la lucha revolucionaria tiende a convertirse en algo donde «el movimiento es todo y la dirección nada». Sin perspectivas claras, los revolucionarios suelen caer en trampas -o meterse en callejones sin salida- que, con un poco de conocimiento de su propio pasado, hubieran esquivado fácilmente.

La confusión sobre el control obrero (al menos en Gran Bretaña) es, en parte, un problema de vocabulario. En el movimiento británico (y en menor grado, en la lengua inglesa) rara vez se hace una distinción neta entre control y gestión, funciones que pueden eventualmente coincidir, pero que son generalmente bastante distintas. En la literatura política francesa, española y rusa, dos términos diferentes («contrôle» y «gestion», «control» y «gerencia» o «gestión», «kontrolia» y «upravle- niye») se refieren respectivamente al dominio parcial o total de los productores sobre el proceso de producción. Basta reflexionar un momento para ver por qué esa distinción es necesaria.

Hay dos situaciones posibles. En una, la clase obrera (el productor colectivo) toma **todas** las decisiones fundamentales. Lo hace directamente, por medio de organismos escogidos por ella misma con los que se identifica completamente o que siente que puede dominar completamente (Comités de fábrica, Consejos obreros, etc.). Esos organismos, compuestos de delegados elegidos y revocables se federan probablemente sobre una base regional o nacional. Deciden (concediendo el máximo de autonomía posible a las unidades locales) lo que hay que producir, cómo producirlo, a qué precio, y, quién pagará lo que hay que producir. La otra situación posible es una situación en la que se toman las decisiones «en otra parte», «desde fuera», o sea que las toma el Estado, el partido, u otro órgano sin raíces profundas y directas en el propio proceso productivo. Lo que se mantiene así es la «separación entre los productores y los medios de producción» (la base de toda sociedad de clases). Los efectos opresivos de ese tipo de solución no tardan en hacerse sentir por sí mismos. Y eso ocurre por muchas que sean las buenas intenciones revolucionarias de la instancia en cuestión, y cualesquiera que sean las disposiciones que tome (o que no tome) para que la línea política sea sometida de vez en cuando a una ratificación o a una corrección.

Hay palabras para describir esas dos situaciones. **Dirigir** es tomar uno mismo las decisiones, en tanto persona o colectividad soberana, con entero conocimiento de todos los elementos pertinentes. **Controlar** es supervisar, examinar o verificar decisiones tomadas por otros. «Control» implica pues una limitación de soberanía, o, en el mejor de los casos, un estado de dualidad de poderes, en el que algunos determinan los objetivos, mientras que otros tratan de que se utilice los medios más apropiados para alcanzarlos. Históricamente, es en esas condiciones de doble poder económico cuando han solido estallar las

controversias sobre el control obrero.

Como todas las formas de doble poder, el doble poder económico es esencialmente inestable. Se convertirá gradualmente en un poder burocrático consolidado (con una clase obrera ejerciendo un control cada vez menor). O se convertirá en gestión obrera, al asumir la clase obrera todas las funciones de dirección. Desde 1961 -cuando Solidarity empezó a preconizar en Inglaterra «la gestión obrera de la producción»- otros han empezado a pedir un «control obrero directo», un «control obrero total», reconociendo así tácitamente el carácter poco satisfactorio (o al menos la ambigüedad) de las fórmulas anteriores.

Habría que ser muy corto de vista para creer que sólo se trata de una cuestión de purismo lingüístico, de un embrollo terminológico o doctrinal. Tenemos que reconocer nuestras deudas tanto con el pasado como con el presente. No hemos surgido de la nada al aparecer en la escena política. Nos situamos en una tradición libertaria revolucionaria para la cual esos conceptos tuvieron un significado profundo. Y no vivimos en un vacío político. Vivimos en un contexto histórico específico, en el que se desarrolla una lucha constante.

En esa lucha, los intereses en conflicto de diferentes capas sociales (burguesía, burocracia y proletariado) se expresan en diferentes tipos de reivindicación, más o menos claramente formulada. Las diversas ideas sobre el control y la gestión desempeñan un papel importante en esas controversias. No somos *Humpty Dumpty*, y no podemos hacer que las palabras signifiquen sólo lo que queramos.

El movimiento revolucionario es una de las fuerzas que actúan en la vida social. Nos guste o no -y aunque lo comprenda o no claramente-, la mayor parte del movimiento revolucionario está impregnado del ethos, de las tradiciones y de las concepciones de organización del bolchevismo. Y en la historia de la Revolución rusa -sobre todo entre 1917 y 1921-, el problema del «control obrero», contrapuesto a la «gestión obrera», tuvo una actualidad palpitante. «De 1917 a 1921 el problema de la administración industrial fue el barómetro más sensible del choque de principios sobre la formación de un nuevo orden social [...] Fue el foco de conflicto real más continuo y explosivo entre facciones comunistas.»¹ Y también, podríamos subrayar, entre los bolcheviques y las otras tendencias del movimiento revolucionario. Millares de revolucionarios fueron ejecutados, y centenares de miles encarcelados, antes de que se pusiera un punto final al asunto.

La mayor parte de los que se incorporan actualmente al movimiento revolucionario no están familiarizados con esas discusiones. No hay, sin embargo, que aceptar sin más esa situación de hecho. La clarificación es esencial, aunque aquí encontramos nuevos problemas. La pobreza metodológica, el a-historicismo (y a veces hasta el antiintelectualismo) en muchos de esos revolucionarios que **debieran** tener un cierto conocimiento de lo que realmente ocurrió, es un primer obstáculo - trágico. Y una de las ironías de la situación presente es que los otros (los herederos de los residuos del bolchevismo) que hablan ruidosamente de la «necesidad' de la teoría» y de la «necesidad de estudiar la historia» son los que se verían en más dificultades si se desenterrara efectivamente su propio pasado histórico, y más tendrían que perder si surgiera una alternativa coherente que impugnara sus creencias momificadas.

Parte de la confusión que existe sobre el «control obrero» no es terminológica, ni debida a ignorancia sobre las discusiones pasadas. Es perfectamente deliberada. Hoy en día, por ejemplo, se puede encontrar a algunos leninistas o trotskistas empedernidos, de los de la vieja escuela (en la **Socialist Labour League**, en el **International Marxist Group** o en las «esferas dirigentes» de **International Socialism**, por ejemplo)², que preconizan el «control obrero» sin pestañear siquiera. Tratando de utilizar la confusión que existe en el movimiento actual, hablan de «control obrero» como si a) quisieran decir con esas palabras lo que los individuos políticamente no muy formados creen que quieren decir (o sea que los trabajadores deberían decidir por sí mismos sobre los asuntos esenciales relacionados con la producción), y b) como si ellos -y la doctrina que proclaman suya, la leninista- hubieran apoyado siempre demandas de ese género, o como si el leninismo hubiera siempre visto en el control obrero el fundamento universalmente válido de un nuevo orden social, y no una simple consigna que hay que usar por motivos de oportunidad en contextos

¹ R.V. Daniels, *The Conscience of the Revolution*, Harvard, 1960, p. 81.

² [La **Socialist Labour League** y el **International Marxist Group** son organizaciones trotskistas inglesas ; la primera pertenece a la tendencia llamada «lambertista» en Francia (que es, junto con Inglaterra, el único país en el que tiene una relativa importancia entre los grupos de extrema izquierda) ; la segunda a la tendencia llamada «frankista». En cuanto a **International Socialism**, se trata de un grupo cuyos dirigentes son antiguos trotskistas que se separan del trotsquismo «ortodoxo» al caracterizar a la URSS como un régimen capitalista de Estado. El lector encontrará diversos matices de esa actitud un tanto hipócrita, junto con documentos y análisis interesantes, en L. Libertini, R. Panzieri et al: **La sinistra e il controllo operaio**, Milán, Feltrinelli, 1969, en E. Mandel: **Contrôle ouvrier, conseils ouvriers, autogestion**. Anthologie, París, Maspero, 1970, y en el volumen de K. Coates y T. Topham ya citado.]

históricos específicos y muy limitados³.

El tema de la autogestión no es algo esotérico, ni es asunto de sectarismo el discutir sobre él de modo más amplio. La autogestión es sencillamente el problema de la revolución de nuestros tiempos. Eso bastaría para justificar un texto como éste. Un estudio de ese periodo (1917-1922 en Rusia) tiene por lo tanto implicaciones muy profundas, y podría proporcionar las bases para un nuevo análisis del destino de la Revolución rusa; ésa es la tarea que abordaremos ahora brevemente.

La Revolución rusa

Proponer una nueva visión de lo que ocurrió en Rusia en 1917 (y después), es casi invitación a ser mal comprendido. Si además los problemas planteados y la metodología propuesta difieren de las usuales, entonces ese resultado está prácticamente garantizado. Ya hemos tenido ocasión de señalar que la incompreensión es una especie de modo de vida de la izquierda tradicional, y que lo más doloroso que puede haber para ésta es una idea nueva.

Durante los últimos 50 años, todas las organizaciones de izquierda existentes han elaborado una verdadera mitología (y hasta una verdadera antimitología) sobre la Revolución rusa. Los fetichistas del parlamentarismo de la socialdemocracia ven «el fracaso del bolchevismo» en sus «actos antidemocráticos». Para ellos, el pecado original fue la disolución de la Asamblea constituyente. El movimiento presuntamente «comunista» (estalinistas, trotskistas, maoístas, etc.) habla con orgullo filial de la «gloriosa Revolución socialista de Octubre». Tratan de glorificar y popularizar sus primeros triunfos, aunque difieran en sus juicios sobre lo que ocurrió después: en el cómo y el por qué de lo que ocurrió, y sobre a quién le ocurrió. Para diversas tendencias anarquistas, el hecho de que el Estado o el «poder político» no fueran inmediatamente «abolidos» son la prueba y criterio definitivos de que no hubo ningún cambio fundamental⁴. El SPGB⁵ saca más o menos la misma conclusión, aunque atribuya ese resultado al hecho de que el sistema del salario no fue abolido, ya que la mayoría de la población rusa no tuvo ocasión de aprovechar el punto de vista del SPGB (tal y como lo expresaron sus portavoces debidamente autorizados por el Comité ejecutivo), y no trató por lo tanto de obtener una mayoría parlamentaria en las instituciones rusas vigentes en aquel momento.

Se intenta en todos los bandos utilizar la Revolución rusa con la intención de integrarla en la propaganda propia -escogiendo únicamente los aspectos que concuerdan con tal análisis particular de la historia, o con tal actitud programática en el presente. Todo lo que era nuevo, todo lo que pareció estar en contradicción con las teorías establecidas o romper con las categorías comúnmente aceptadas, ha sido sistemáticamente «olvidado», minimizado, deformado o negado.

Todo intento de reevaluación de la crucial experiencia de 1917-1921 está condenado a suscitar una oposición. Los primeros que reaccionarán son los **apparatchiks** que durante años y años han estado protegiendo a las organizaciones «revolucionarias» (y a la ideología «revolucionaria») de la doble amenaza de la subversión y de la renovación. Pero también encontraremos oposición en la mente de muchos militantes honestos, que tratan de encontrar el camino de la verdadera política revolucionaria. De lo que se trata no es de una simple resistencia psicológica, sino de un fenómeno mucho más profundo que no puede ser enteramente explicado por el papel y la influencia reaccionarios de diversas «instancias dirigentes». Si

³ Esa duplicidad no es lo propio de todas las tendencias trotskistas. Algunas son francamente reaccionarias. Por ejemplo, K. Coates y A. Topham afirman que «nos parece conveniente hablar de «control obrero» para indicar que los sindicatos [isic!] limitan con sus luchas los poderes de la dirección en un marco capitalista, y de «autogestión obrera» para indicar los intentos de administrar una economía socializada de modo democrático». (**Industrial Democracy in Great Britain**, Macgibbon and Kee, 1963, p. 363.)

El mismo Trotski no era menos franco. Aun cuando no hiciera del control obrero una función que hubiera de ser desempeñada por los sindicatos, no por ello ocultaba que el control no es gestión. «Por lo tanto, según nosotros, la consigna de control está ligada al periodo de la dualidad de poder en la producción que corresponde al paso del régimen burgués al régimen proletario [...] En todas las lenguas, se da el nombre de control al trabajo de vigilancia y de verificación, por una institución, del trabajo de otra institución. El control puede ser muy activo, autoritario y general. Pero sigue siendo control. La idea de esa consigna proviene del régimen de transición en las empresas, cuando el capitalista y sus administradores ya no pueden dar ni un paso sin el consentimiento de los obreros, pero los obreros, a su vez [...], todavía no han adquirido la técnica de la dirección, ni creado los órganos necesarios para ello.» (L. Trotski: **¿Y ahora? Cuestiones decisivas del proletariado alemán**, 1932 [p. 214215 de la edición francesa, L. Trotsky: **Ecrits**, t. III, París, 1959].)

⁴ Un ejemplo de ese tipo de análisis supersimplificado del destino de la Revolución rusa es **La Revolución desconocida de Volín**. «El Partido bolchevique, una vez llegado al poder, se instaló como amo absoluto. Se constituyó a sí mismo en casta privilegiada. Y aplastó y subyugó ulteriormente a la clase obrera para explotarla, bajo nuevas formas, en interés propio.»

⁵ [Partido Socialista de Gran Bretaña; se trata de hecho de una pequeña organización que tiene poco que ver con las grandes organizaciones socialdemócratas europeas.]

al militante medio no le es fácil percibir claramente el verdadero significado de algunos de los problemas que surgieron en las primeras etapas de la Revolución rusa, es porque esos problemas son de los más importantes y difíciles (por no decir **el** más importante y difícil) con los que ha tenido que enfrentarse la clase obrera. La clase obrera hizo una revolución que fue algo más que un simple cambio de personal político en la cumbre. Fue capaz de expropiar a los antiguos propietarios de los medios de producción (y por lo tanto de alterar profundamente las relaciones de propiedad existentes). Pero, ¿en qué medida pudo ir aún más lejos? ¿En qué medida fue capaz de -o estuvo dispuesta a realizar una revolución en las relaciones de producción? ¿Estaba decidida a destruir la estructura de la autoridad que encarnan y perpetúan las relaciones de producción en todas las sociedades de clase? ¿En qué medida estaba decidida a dirigir ella misma la producción (y por lo tanto la sociedad en su conjunto), o en qué medida estaba inclinada a delegar esa tarea a otros? ¿Y en qué medida llegó a triunfar la ideología dominante, llevando a la clase obrera a poner en lugar de sus enemigos declarados a un Partido que pretendía hablar «en su nombre»?

La respuesta a esas preguntas es una tarea esencial, aunque llena de obstáculos. Uno de los riesgos que corren los que intentan analizar desapasionadamente el «periodo heroico de la Revolución rusa» es el de la «identificación retrospectiva» con tal o cual tendencia o individuo presente en ese momento en la escena política (Osinski, Kollontai, Maximov, Majno o Miasnikov, por ejemplo). Se trata de un pasatiempo político sin el menor interés, que hace rápidamente que, en vez de intentar comprender el curso de los acontecimientos a grandes rasgos (y ésta sí es una preocupación importante), los revolucionarios acaben por hacer preguntas del género «¿qué hubiera habido que hacer en tal o cual momento?»; «¿era tal o cual acción prematura?»; «¿quién tuvo razón en tal o cual congreso?»; etc. Esperamos evitar ese escollo. Cuando, por ejemplo, estudiamos la lucha de la Oposición obrera contra la dirección del partido (en 1920 y 1921), no se trata para nosotros de «escoger» un bando. Se trata de **comprender** lo que representaban realmente las fuerzas en conflicto. ¿Cuáles fueron, por ejemplo, los motivos (y las limitaciones, ideológicas y de otros tipos) de los que parecían oponerse a la tendencia a la burocratización en todos los sectores de la vida social?

Otro peligro (u otra forma del mismo peligro) amenaza a los que se aventuran en ese terreno por vez primera, y siguen ofuscados por la mitología oficial. Es el peligro de no escapar a la misma leyenda que se intenta destruir. Los que, por ejemplo, intentan «demoler» a Stalin (o a Trotski, o a Lenin), alcanzan con éxito su objetivo inmediato. Pero puede ocurrir que el precio de su «éxito» sea el condenarse a no ver, no sentir o no señalar los rasgos nuevos y fundamentales de ese periodo: la acción autónoma de la clase obrera que trataba de transformar totalmente sus condiciones de existencia. Esperamos no caer en esa trampa. Si citamos, a veces un tanto largamente, declaraciones de individuos preeminentes es sólo en la medida en que son ejemplos que resumen las ideologías que, en un cierto momento de la historia, guiaron las acciones y los pensamientos de los hombres. Es más, a lo largo del relato, hemos pensado que el único modo de enfrentarse seriamente con lo que los bolcheviques dijeron o hicieron era explicar el papel que desempeñaron en la sociedad sus palabras y sus actos.

Convendría que expusiéramos ahora nuestras propias premisas metodológicas. Afirmamos que las «relaciones reales de producción» -las relaciones que establecen entre sí individuos o grupos en el proceso de producción de bienes- son los fundamentos esenciales de toda sociedad. Hay un cierto modelo de relaciones de producción que es el denominador común de todas las sociedades de clases. Se trata del modelo en el que el productor no domina los medios de producción sino que, al contrario, está a la vez «separado de ellos» y de los productos de su propio trabajo. En todas las sociedades de clases, el productor se encuentra en una posición de dependencia ante los que dirigen el proceso de producción. La gestión de la producción por los trabajadores -que implica el dominio total del productor sobre el proceso de producción- no es por lo tanto para nosotros un asunto marginal. Es él la esencia misma de nuestra política. Es el único medio de superar las relaciones de producción autoritarias (dirigentes-ejecutantes) y crear una sociedad libre, auténticamente comunista o libertaria.

Afirmamos también que los medios de producción pueden cambiar de manos (pasar, por ejemplo, de manos de los propietarios privados a manos de una burocracia que los posee colectivamente) **sin que eso transforme de modo revolucionario las relaciones de producción**. En ese caso, y cualquiera que sea el tipo formal de propiedad, la sociedad sigue siendo una sociedad de clases, ya que la producción sigue estando dirigida por una instancia separada de los productores mismos. En otras palabras, las relaciones de propiedad no reflejan necesariamente de modo adecuado las relaciones de producción. Pueden servir para enmascararlas -y, de hecho, eso es lo que suele ocurrir⁶.

⁶ Véase una discusión completa de esa noción, y de todo lo que implica, en «Les rapports de production en Russie» de P. Chaulieu, en el nº 2 (mayo-junio de 1949) de **Socialisme ou Barbarie**. Aunque la idea contenida en esa noción pueda sorprender a más de un «marxista», vale la pena notar que Engels la había ya señalado claramente. En su carta a Schmidt del

Los que aceptan este tipo de análisis son bastante numerosos. Pero lo que hasta ahora no se había intentado es aplicar este marco conceptual general a la historia de la Revolución rusa. Sólo podemos señalar aquí lo que serían los grandes rasgos de ese trabajo⁷. Desde ese punto de vista, la Revolución rusa representa un intento malogrado de la clase obrera rusa para destruir relaciones de producción que resultaban cada vez más opresivas. El gran movimiento de 1917 fue lo bastante fuerte como para acabar con la supremacía política de la burguesía (eliminando la base económica en la que estaba fundada: la propiedad privada de los medios de producción), y modificó el sistema de relaciones de propiedad existentes. Pero no fue lo bastante fuerte (a pesar de heroicos intentos en ese sentido) como para alterar las relaciones de producción autoritarias que caracterizan a toda sociedad dividida en clases. No cabe duda de que sectores de la clase obrera (los elementos más activos del movimiento de los Comités de fábrica) intentaron llevar a la revolución en ese sentido. Pero su intento fracasó. Vale la pena analizar las causas de ese fracaso -y ver como vinieron nuevos amos a reemplazar a los viejos.

¿Cuáles fueron las fuerzas que se enfrentaron con las que buscaban una transformación total de las condiciones en las que vivía el mundo del trabajo? En primer lugar, claro está, la burguesía. La burguesía lo perdía **todo** en una transformación total. Ante la perspectiva de la gestión obrera, lo que estaba en juego para ella no era solamente su **propiedad** de los medios de producción, sino también la posibilidad de conservar **posiciones de privilegio** bajo la máscara del «técnico», o en puestos que le dieran un poder de decisión. Nada tiene de asombroso que los burgueses suspiraran, aliviados, al ver que los líderes de la revolución «se contentaban con nacionalizar» y estaban dispuestos a dejar intacta la relación dirigentes ejecutantes en la producción -y en otras partes. Desde luego, amplios sectores de la burguesía lucharon desesperadamente para recuperar la propiedad que habían perdido, y la guerra civil fue larga y sangrienta. Pero millares de individuos, que estaban más o menos íntimamente ligados a la burguesía expropiada, por los lazos de la costumbre y de la cultura, tuvieron muy pronto la oportunidad de volver a entrar en la «fortaleza revolucionaria» (por la puerta trasera, claro está), volvieron a desempeñar su papel, en tanto que directores en el proceso de producción en el «Estado obrero», y aprovecharon con entusiasmo esa inesperada oportunidad, o se incorporaron masivamente al partido, decidieron cooperar con él, alabando cínicamente todas las frases de Lenin y de Trotski sobre «la disciplina de trabajo» o la «dirección por un solo hombre». Hubo muchos que fueron rápidamente nombrados (desde arriba) a puestos dirigentes en la economía. Fusionando con la nueva «élite» político-administrativa, cuyo núcleo lo constituía el propio partido, los sectores más «abiertos» y mejor dotados técnicamente de la «clase expropiada» no tardaron en volver a posiciones dominantes en las relaciones de producción.

En segundo lugar, el movimiento de los Comités de fábrica tuvo que enfrentarse con tendencias abiertamente hostiles de la «izquierda», como los mencheviques. Los mencheviques insistieron repetidamente en que, como la revolución sólo podía ser de tipo democrático-burgués, no podía haber en el futuro intentos de gestión obrera de la producción. Todas esas tentativas eran denunciadas y calificadas de «anarquistas» y «utopistas». En algunos lugares los mencheviques resultaron un serio obstáculo para el movimiento de los Comités de fábrica; pero su oposición vino por anticipado, y fue de principio y continua.

En tercer lugar -mucho más ambigua y desconcertante- fue la actitud de los bolcheviques. Entre marzo y octubre, los bolcheviques apoyaron el desarrollo de los Comités de fábrica, se enfrentaron violentamente a ellos durante las últimas semanas de 1917, tratando de incorporarlos en una nueva estructura sindical, lo cual era el mejor modo de emascularlos. Ese proceso, minuciosamente descrito en este texto, desempeñó un papel importante al impedir que la impugnación creciente de las relaciones de producción capitalistas pudiera desarrollarse plenamente. Los bolcheviques canalizaron las energías desencadenadas entre marzo y octubre en un ataque victorioso contra el poder político de la burguesía (y contra las relaciones de propiedad en las que se fundaba ese poder). En ese aspecto, la revolución fue «victoriosa». Pero los bolcheviques consiguieron también la «victoria» en su restauración de la «ley y el orden» en la producción -ley y orden que volvieron a consolidar las relaciones autoritarias en el trabajo, relaciones que durante un breve periodo habían sido seriamente perturbadas.

¿Por qué actuó así el partido? Responder a esa pregunta exigiría un análisis, mucho más completo que lo que podemos intentar hacer aquí, del partido bolchevique y de sus relaciones con la clase obrera rusa. Una vez más, lo que habría que hacer es evitar tanto la mitología («el gran partido bolchevique», «el arma forjada por Lenin», «la punta de lanza de la revolución», etc.) como la antimitología no menos mitología (el

27 de octubre de 1890, escribía: «En un Estado moderno, la ley no sólo debe corresponder a las condiciones económicas generales, y expresarlas, sino que debe ser además una expresión que posea una coherencia interna, y que no se desmienta a sí misma con sus propias contradicciones. Y para conseguirlo, su fidelidad como reflejo de condiciones económicas se desvanece cada vez más [...] El reflejo de las relaciones económicas en principios legales lo transforma necesariamente todo [...]1 (Marx-Engels: **Selected Correspondence**, p. 504-505.)

⁷ Que ese análisis no es imposible, es lo que sugería un breve pero excelente folleto de J. Barrot: **Notes pour une analyse de la Révolution russe** (sf). (Difusión, Librería «La Vieille Taupe», 1, rue des Fossés-Saint- Jacques, Paris 5.)

partido como encarnación del «totalitarismo», del «militarismo», de la «burocracia», etc.), intentar comprender en vez de declamar o delirar. A primera vista tanto la ideología del partido como su práctica estaban fuertemente arraigadas en las circunstancias históricas específicas de la Rusia zarista, durante la primera década de este siglo. Tanto la ilegalidad como la persecución pueden explicar parcialmente (aunque no justificar), la estructura organizativa del partido, y su concepción de sus relaciones con la clase obrera⁸. Lo que es menos fácil de explicar es la ingenuidad de los líderes bolcheviques, que no parecen haberse dado cuenta de los efectos que ese tipo de organización y ese tipo de relación con la clase tendría fatalmente en la historia ulterior del partido.

Al escribir sobre los primeros años del partido, un representante de la ortodoxia bolchevique tan eminente como Trotski admitía que «se habían ya formado en la ilegalidad rutinas de aparato, y se perfilaba un tipo de joven burócrata revolucionario. La conspiración limitaba estrechamente, a decir verdad, las formas de la democracia (elección, control, mandatos). Pero es innegable que los miembros de los comités recortaban más de lo necesario los límites de la democracia interna, y se mostraban más rigurosos hacia los obreros revolucionarios que hacia sí mismos, prefiriendo dar órdenes, hasta en las situaciones en las que más hubiera valido prestar oído a los deseos de las masas. Krupskaya señalaba que tanto en los comités bolcheviques como en el congreso no había casi ningún obrero. Los intelectuales estaban en situación de superioridad». «El hombre del Comité», escribe Krupskaya, «era por lo general un individuo lleno de aplomo [...] y, por regla general, no admitía ninguna democracia en el interior del partido [...], no le gustaban las innovaciones [...]; ni deseaba ni sabía adaptarse a condiciones que cambiaban rápidamente.»⁹

Se empezaron a ver las consecuencias en 1905. Los soviets habían aparecido en numerosos lugares. «El comité bolchevique de Petersburgo quedó al principio asombrado ante semejante innovación la representación de las masas en lucha independientemente de los partidos, y lo único que se le ocurrió fue lanzar un ultimátum al soviets: adoptar inmediatamente el programa socialdemócrata o disolverse. El Soviet de Petersburgo, con unanimidad, ignoró fríamente el ultimátum.»¹⁰

Broué, uno de los más hábiles apologistas del bolchevismo, tiene que escribir que «los miembros del partido bolchevique que eran más favorables a los soviets sólo veían en ellos, en el mejor de los casos, auxiliares del partido [...] y sólo muy tarde descubrió el partido el papel que podría desempeñar en los soviets, y el interés que presentaban los soviets si se quería acrecentar la influencia del partido con vistas a dirigir a las masas»¹¹.

Todo el problema queda ahí resumido en pocas palabras. Para los cuadros bolcheviques, su propio papel era el de dirigentes de la revolución. Se sentían reticentes ante cualquier movimiento que no iniciaran ellos mismos o que no controlaran¹². Se ha dicho con frecuencia que a los bolcheviques les «sorprendió» la creación de los soviets: no hay que dejarse engañar por ese eufemismo. La reacción de los bolcheviques tuvo un significado mucho más profundo, y no fue una simple «sorpresa» -reflejó toda una concepción de la lucha revolucionaria, toda una concepción de las relaciones entre obreros y revolucionarios. La **acción** de las masas rusas demostró, ya en 1905, que esas actitudes eran algo caduco.

Esa separación entre los bolcheviques y las masas iba a manifestarse repetidas veces en 1917. Quedó atestada por vez primera durante la revolución de febrero, en la época de las «Tesis de abril» de nuevo, y una vez más durante las jornadas de julio¹³.

Se ha admitido repetidas veces que el partido cometió «errores» tanto en 1905 como en 1917. Pero esa «explicación» no explica nada. Lo que hay que preguntar es: ¿qué hizo que esos errores fueran posibles? Y sólo se puede responder a esa pregunta si se comprende cuál era el **tipo de trabajo** que efectuaban los cuadros del partido, desde la creación del partido hasta los días de la revolución. Los dirigentes del partido (desde los miembros del Comité central hasta los que ocupaban puestos en los grupos locales) se habían

⁸ Indicadas ambas explícitamente en la **teoría** (cf. Lenin **¿Qué hacer?** y **Un paso adelante, dos pasos atrás**) y en la práctica del bolchevismo, de 1901 a 1917.

⁹ L. Trotski: Stalin, London, 1947, p. 61. El congreso al que se hace alusión es el III Congreso del partido (25 de abril-10 de mayo de 1905). [Véase sobre este punto el análisis de Claude Lefort en el capítulo 1 de **¿Qué es la burocracia?**, Ruedo ibérico, París, 1970.)

¹⁰ L. Trotski: Ibid., p. 64-65.

¹¹ P. Broué: **Le Parti bolchevique**, Minuit, París, 1963, p. 35.

¹² Y encontraríamos la misma actitud **dentro** del partido. Como decía el propio Trotski, y esta vez con aprobación «Los estatutos deberían expresar «la **desconfianza organizada de la dirección**» respecto de los miembros, una desconfianza que debía manifestarse en el control vigilante desde arriba sobre el partido.» (I. Deutscher: **The Prophet Armed**, OUP, 1954, p. 56) [citamos la traducción española: **Trotski: El profeta armado (1879-1921)**, Era, México, 1966, p. 821.

¹³ No queremos decir que una insurrección militar victoriosa fuera posible durante las jornadas de julio. Nos limitamos a subrayar qué poco contacto tenía el partido con los verdaderos deseos de las masas.

colocado, merced a los efectos combinados de las condiciones de lucha contra el zarismo y de sus propias concepciones organizativas, en una situación que les permitía mantener sólo tenues lazos con el verdadero movimiento obrero. «Un verdadero agitador -escribía Lenin- que da muestras de talento, o parece al menos prometedor, **no debería trabajar en la fábrica**. Tenemos que ocuparnos de que viva con la ayuda del partido [...] y pase a la clandestinidad.»¹⁴ No cabe duda de que los pocos cuadros bolcheviques de origen obrero perdieron pronto todo contacto real con la clase.

El partido bolchevique estaba desgarrado por una contradicción que permite explicar su actitud antes y después de 1917. Su verdadera fuerza la constituían los obreros avanzados que le apoyaban, y no cabe duda de que ese apoyo fue a veces amplio y auténtico, pero esos obreros no podían controlar el partido: la dirección estaba firmemente en manos de revolucionarios profesionales. En cierto sentido, era algo inevitable; la difusión de una prensa y de propaganda clandestinas eran tareas que sólo podían ser efectuadas con regularidad por militantes que se desplazaban constantemente, y que se veían a veces obligados a buscar refugio en el exterior. Para que un obrero pudiera convertirse en cuadro bolchevique, tenía que abandonar su trabajo y colocarse a disposición del partido, que le enviaba entonces a misiones especiales, a tal o cual ciudad. El aparato del partido estaba en manos de especialistas de la revolución. La contradicción consistía, pues, en que las verdaderas fuerzas vivas que daban su solidez al partido no podían controlarlo: en tanto que institución, el partido escapaba a todo control de la clase obrera rusa. Los problemas que encontró la revolución rusa después de 1917 no resolvieron esa contradicción: sólo sirvieron para agudizarla. La actitud del partido, en 1917 y después, son productos de su historia. Eso es lo que convirtió en algo vano los intentos que hicieron diversas oposiciones en el interior del partido entre 1918 y 1921. No comprendieron que una premisa ideológica dada (el postulado de la hegemonía del partido) conducía necesariamente a ciertas conclusiones en la práctica.

Pero quizá hasta ese análisis sea insuficiente, y haya que ir más lejos. A un nivel aún más profundo, la concepción misma de ese tipo de organización y de ese tipo de relación con el movimiento de masas refleja la influencia inconsciente de la ideología burguesa, hasta en la mente de los que buscaban incansablemente la destrucción de la sociedad burguesa. La idea de que una sociedad debe estar necesariamente dividida en «dirigentes» y «dirigidos», el sentimiento de que algunos han nacido necesariamente para gobernar mientras que otros no pueden desarrollarse realmente más allá de un cierto punto, han constituido, desde tiempos inmemoriales, los presupuestos implícitos de todas las clases dominantes. El que hasta los bolcheviques las hayan aceptado muestra hasta qué punto tenía razón Marx al afirmar que «las ideas dominantes en cualquier época han sido siempre las ideas de la clase dominante». Ante una organización de ese género, «eficaz» y sólida -e inspirada en ideas de ese género-, no es de extrañar que los Comités de fábrica que nacieron en 1917 fueran incapaces de **realizar** efectivamente la revolución.

Por último, uno de los obstáculos con los que se enfrentaron los comités se encontraba en el seno de su propio movimiento. Aunque algunos individuos mostraran una lucidez extraordinaria, y aunque el movimiento de los Comités representara la más alta expresión que la lucha de clases alcanzara en 1917, el movimiento en su conjunto fue incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo, y de presentar una verdadera resistencia. No consiguió generalizar su experiencia, y los documentos que dejó son, desgraciadamente, muy fragmentarios. Incapaz de proclamar sus propios objetivos (la autogestión obrera) en términos claros y positivos, era inevitable que otros llenaran el vacío. Con una burguesía en plena desintegración, y una clase obrera que no era aún lo suficientemente fuerte o consciente como para imponer **sus propias soluciones** a los problemas que desgarraban la sociedad, tanto el triunfo del bolchevismo como el de la burocracia eran inevitables.

Un análisis de la Revolución rusa muestra que al permitir que un grupo específico, separado de las propios obreros, se encargue de la función de dirigir la producción, la clase obrera pierde toda posibilidad hasta de controlar los medios de producción. Y la separación del trabajo y de los medios de producción conduce a una sociedad de explotación. Cuando instituciones como los soviets escapan a la influencia del obrero ordinario, ya no tiene sentido dar a ese régimen el nombre de «soviético». Por muchos esfuerzos de imaginación que se hagan, es imposible ver cómo puede reflejar los intereses de la clase obrera. La cuestión fundamental: **¿quién dirige la producción después de la destrucción de la burguesía?, debería pues convertirse en el centro en torno al cual debe girar toda discusión seria sobre el socialismo**. Hoy en día, la vieja equivalencia: liquidación de la burguesía = Estado obrero, difundida por innumerables leninistas, estalinistas y trotskistas, es absolutamente insuficiente.

En 1917, los obreros rusos crearon órganos (Comités de fábrica y soviets) que podían haber permitido la gestión de la sociedad por los obreros mismos. Pero los soviets se convirtieron en instrumentos de funcionarios bolcheviques, y se reconstituyó rápidamente un aparato de Estado separado de las masas. Los obreros rusos no consiguieron crear nuevas instituciones que les permitieran dirigir tanto la producción

¹⁴ Lenin: **Sochineniya**, IV, 441.

como la vida social. Esa tarea fue por lo tanto efectuada por otros: por un grupo social que la convirtió en su tarea específica. La burocracia organizaba el proceso de trabajo en un país cuyas instituciones políticas también controlaba.

Todo eso exige una reevaluación de varios conceptos de base. El «poder de los trabajadores» no puede ser identificado o declarado equivalente al poder de un partido -como lo hicieron continuamente los bolcheviques. Como decía Rosa Luxemburgo, el poder de los trabajadores debe ser ejercido «por la clase, no por una minoría, que lo dirige todo en nombre de la clase. Debe ser la emanación de la actividad de las masas, quedar bajo su influencia directa, estar sometido al control de toda la población, ser el resultado de la conciencia política creciente del pueblo». Asimismo, «tomar el poder» no puede tener el sentido de un golpe semimilitar, realizado por una minoría, como piensan, lo digan o no, tantos que parecen vivir todavía en el Petrogrado de 1917. Ni puede querer decir únicamente la defensa (aun cuando ésta sea necesaria) de las conquistas de la clase obrera contra los intentos de la burguesía de dar marcha atrás. Lo que implica realmente «tomar el poder» es que la gran mayoría de la, clase obrera comprende por fin su capacidad de dirigir tanto la producción como la sociedad -y se organiza con ese objetivo.

Este texto no es en modo alguno la historia económica de Rusia entre 1917 y 1921. Es, en el mejor de los casos, una cronología selectiva de lo ocurrido en el mundo del trabajo. En la mayor parte de los casos, los hechos hablan por sí mismos. En algunos momentos, hemos aprovechado la ocasión de presentar nuestro propio punto de vista, en particular cuando nos ha parecido que todos los protagonistas en los grandes debates históricos se equivocaban, o eran prisioneros de un sistema de ideas que les impedía apreciar el verdadero significado de lo que estaba ocurriendo. Algunos acontecimientos, como las etapas de la guerra civil, sólo han sido mencionados para situar diversas discusiones en su contexto, y para acabar de una vez para siempre con la afirmación de que muchas de las medidas apuntadas fueron tomadas «debido a la guerra civil».

Probablemente, hay quien objetará que, en este relato, se insiste más en ciertas luchas en el interior del partido que en la actividad de millones de individuos que, por una razón o por otra, nunca entraron en el partido, o que, desde un principio, sintieron adónde conducía su política. A la «acusación» no le falta razón, pero esa insuficiencia es prácticamente inevitable. Las aspiraciones de millares de hombres, sus dudas, sus vacilaciones, sus esperanzas, sus sacrificios, su deseo de transformar las condiciones de su vida cotidiana y sus luchas por conseguirlo, son indudablemente fuerzas que han tenido por lo menos tanta influencia en el desarrollo histórico como las declaraciones de los congresos del partido o los discursos de los líderes del congreso. Pero una actividad que no tiene ni reglas ni estatutos, ni tribunos ni cantores, pertenece casi por definición a lo que la historia escrita suprime. El que se sea consciente de ese problema, y por aguda que sea esa conciencia, no reemplaza la ausencia de documentación. Y un ensayo como éste es, en gran medida, asunto de documentación. Las masas hacen la historia, pero no la escriben. Y los que la escriben están casi siempre más interesados por el culto del antepasado y la justificación retrospectiva que por una presentación equilibrada de los hechos.

Se nos harán otras acusaciones. No se negará la autenticidad de las citas de Lenin y de Trotski, pero se afirmará que son «selectivas» y que «dijeron también otras cosas». Una vez más, admitimos nuestra «culpabilidad». Pero recordaremos que abundan hagiógrafos cuya «objetividad» (como la de Deutscher, por ejemplo) sólo sirve para encubrir un contenido finalmente apologético. Hay una razón más de exhumar ese material. Cincuenta años después de la revolución -y después de haberse desvanecido su «aislamiento» hace ya mucho tiempo- salta a la vista que el sistema burocrático ruso no tiene nada que ver con el modelo de la Comuna de París (delegados elegidos y revocables, recibiendo un sueldo equivalente al salario medio de un obrero, etc.) al que alude Lenin en **El Estado y la revolución**, y que, de hecho, es difícil de encontrar una anticipación de la estructura social rusa en el conjunto de la teoría marxista. Nos parece, pues, más pertinente el citar las declaraciones de los líderes bolcheviques de 1917 que tuvieron una influencia en la determinación de la evolución de la sociedad rusa, que las que, como los discursos del primero de mayo de los líderes laboristas, se quedaron para siempre en el reino de la retórica.

Nota sobre las fechas

Rusia abandonó el viejo calendario el 14 de febrero de 1918, y adoptó el calendario gregoriano usado en Europa occidental. El primero de febrero se convirtió en 14 de febrero. Hemos conservado hasta ese momento el calendario antiguo, y utilizado el nuevo después.

1917

Febrero

Huelgas y disturbios provocados por el hambre en Petrogrado. Violentas manifestaciones callejeras contra el gobierno. Las tropas enviadas para restablecer el orden fraternizan con los manifestantes. Los soviets vuelven a aparecer en varias ciudades.

27 de febrero

Abdicación de Nicolás II. Formación del Gobierno provisional (con el príncipe Lvov como primer ministro).

Marzo

En todos los grandes centros industriales de la Rusia europea aparecen Comités de Fábrica y de Empresa¹⁵, Consejos obreros y Consejos de «veteranos». Desde el primer momento, sus exigencias no se limitaron a los salarios o a las horas de trabajo, sino que impugnaron muchas prerrogativas de la dirección.

En más de una ocasión, los Comités de fábrica aparecieron porque los antiguos propietarios o directores se habían desvanecido durante la tormenta de febrero. A la mayor parte de los que volvieron se les permitió tornar a sus antiguos puestos -pero tuvieron que aceptar los Comités de fábrica. «El proletariado -escribió Pankratova¹⁶ sin esperar una sanción legislativa, empezó a fundar casi simultáneamente todas sus organizaciones soviets de delegados obreros, sindicatos y Comités de fábrica.»¹⁷ La clase obrera empezó a ejercer una tremenda presión en toda Rusia.

10 de marzo

Primera derrota declarada de un número considerable de patronos. Acuerdo firmado entre el Comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado y la Asociación de fabricantes de Petrogrado, garantizando la jornada de ocho horas en algunas empresas y «reconociendo» algunos de los comités. La mayoría de los demás patronos se negaron a aceptarlo. El Comité para el Comercio y la Industria, por ejemplo, declaró el 14 de marzo que «la cuestión de la jornada de ocho horas no puede ser resuelta por un acuerdo recíproco entre obreros y patronos, porque su importancia la convierte en asunto de Estado». Y ese asunto fue justamente lo que motivó la primera gran batalla de los Comités de fábrica.

La jornada de ocho horas se impuso rápidamente en Petrogrado, o bien aceptada de mala gana por los patronos, o impuesta unilateralmente por los obreros. El «reconocimiento» de los Comités de fábrica resultó mucho más difícil de imponer, ya que tanto los patronos como el Estado reconocieron la amenaza inherente en esa forma de organización.

¹⁵ Fabzavkomi: abreviatura de «Fabrichno-zavodnye komiteti».

¹⁶ Anna Mijailovna Pankratova entró en el partido bolchevique en 1919, cuando era estudiante en la Universidad de Odesa. Escribió muchos libros sobre la historia del movimiento obrero ruso, y llegó a ser ulteriormente profesora en la Universidad de Moscú y en la Academia de Ciencias sociales. En 1952 pasó al Comité central del partido, y el año siguiente se convirtió en director de la revista del partido Voprosü Istorü (Cuestiones de Historia). Murió en 1957.

Publicado antes de la era de deformación sistemática de la historia, su folleto sobre los Comités de fábrica contiene informaciones interesantes. El alcance y la lucidez de su trabajo se ven sin embargo limitados por su aceptación de dos postulados bolcheviques fundamentales: a) que «el papel de los Comités de fábrica acaba o con el reflujó de la revolución, o con su victoria», y b) que «las demandas y las aspiraciones que nacen de las entrañas de la clase obrera encuentran una expresión y un contenido ideológico gracias al partido [...] La lucha por el control obrero se desarrolló bajo la dirección del partido, que había permitido [sic !] al proletariado adquirir un poder político y económico».

¹⁷ A.M. Pankratova: Fabzavkomi Rossii v borbe za sotsialisticheskuyu fabriku [Los Comités de fábrica rusos en la lucha por la fábrica socialista], Moscú, 1923, p. 9. Este importante documento fue publicado parcialmente en el nº 4 (diciembre de 1967) de la revista francesa Autogestion (el número de las páginas remite a la versión francesa).

2 de abril

Conferencia preparatoria de los Comités de fábrica de las Industrias de guerra de Petrogrado, reunida por iniciativa de los obreros del Departamento de Artillería. Esa Conferencia proclamó una «constitución de Fábrica» que daba a las atribuciones del Comité de fábrica la forma más audaz posible en aquel momento. Los párrafos 5 a 7 declaraban que

«Todas las instrucciones sobre la organización interna de la fábrica (por ejemplo, horarios de trabajo, salarios, contratos y despidos, vacaciones, etc.) deberán emanar de los Comités de fábrica. Se informará al director de fábrica [...]»

«El contrato de todo el personal administrativo (personal de dirección superior, jefes de secciones o de talleres) depende de la aprobación del Comité de fábrica, que debe notificar a los obreros sus decisiones en reuniones generales de toda la fábrica, o a través de los comités de taller [...]»

«El Comité de fábrica controla la actividad de dirección en los terrenos administrativo, económico y técnico [...] Se debe proporcionar a los representantes de los Comités de fábrica, para su información, todos los documentos oficiales de la dirección, los presupuestos de producción y de gastos, y listas detalladas de todos los objetos que entren o salgan de la fábrica [...]»¹⁸

7 de abril

Publicación de las Tesis de abril, poco después del retorno de Lenin del extranjero. La única alusión al control obrero se encuentra en la tesis 8: «No es la «implantación» del socialismo nuestra tarea inmediata, sino pasar únicamente a la instauración inmediata del control de la producción social y de la distribución de los productos por los Soviets de diputados obreros.» (OE, 2, p. 37.)

23 de abril

El nuevo gobierno tuvo que hacer algunas concesiones verbales. Promulgó una ley que «reconocía» parcialmente a los comités, pero que limitaba cuidadosamente su influencia. Se dejó todos los problemas fundamentales pendientes del «acuerdo mutuo de las partes interesadas», En otras palabras, no había necesidad estatuida por parte de los patronos de negociar directamente con los comités.

Los obreros, sin embargo, no mostraron mucho respeto o interés por lo previsto por la ley. «Crearon su propia «constitución» en la fábrica, ampliaron el marco de sus prerrogativas y definieron los poderes de sus representantes en función de la relación de fuerzas. No hubo ciudad o empresa más o menos importante donde los obreros se abstuvieron de «comentar» por su cuenta la ley del 23 de abril, inventando sus propios «estatutos», «reglas» o «instrucciones.»¹⁹

Lenin escribe: «Medidas como la nacionalización de la tierra y de todos los bancos y consorcios de los capitalistas, o por lo menos, el establecimiento del control inmediato de los mismos por los soviets de diputados obreros, etc., que no significan en modo alguno la «implantación» del socialismo, deben ser defendidas incondicionalmente y aplicadas, dentro de lo posible, por vía revolucionaria.» Esas medidas son «perfectamente realizables desde el punto de vista económico», y sin ellas será «imposible curar las heridas causadas por la guerra e impedir la inminente bancarrota»²⁰.

A las ideas básicas de Lenin sobre el control obrero como «brida para los capitalistas» y como «uno de los medios de evitar la bancarrota», viene pronto a añadirse una tercera que aparece con frecuencia en los textos de Lenin de este periodo. Es la idea del control obrero como «preludio a la nacionalización». Un ejemplo: «Debemos preparar inmediatamente a los Soviets de Diputados obreros, al Soviet de Diputados de empleados de Banco, etc., a proceder a la adopción de medidas prácticas y realistas para la fusión de todos los bancos en un banco nacional único, seguidas del establecimiento del control de los Soviets de Diputados obreros sobre los bancos y sindicatos patronales, y después de su nacionalización.»²¹

Mayo de 1917

Un número cada vez mayor de patronos tenía que enfrentarse con los Comités de fábrica. La prensa burguesa lanzó una verdadera campaña contra la jornada de ocho horas y contra los comités, tratando de

¹⁸ Ibid., p. 12-13.

¹⁹ Ibid., p. 12.

²⁰ V.I. Lenin: «Las tareas del proletariado en nuestra revolución», Obras Escogidas, t, 2, p. 59.

²¹ V.I. Lenin: «Political Parties and Tasks of the Proletariat n, Selected Works, vol. VI, p. 62.

presentar a los soldados la desagradable imagen de obreros perezosos, codiciosos, inútiles, y que llevaban al país a la ruina con sus demandas «excesivas». La prensa obrera explicaba pacientemente las verdaderas causas del estancamiento industrial, y las verdaderas condiciones de vida de la clase obrera. Se enviaron delegados del Ejército, invitados por varios Comités de fábrica, para «verificar» cuál era la situación de la «retaguardia». Pudieron entonces dar público testimonio de la veracidad de las afirmaciones de los obreros...

17 de mayo

En la Pravda, Lenin hace suya explícitamente la consigna de «control obrero», al declarar que «los obreros deben pedir la realización inmediata del control, en la práctica y sin excepción, por los obreros mismos»²².

20 de mayo

Lenin presenta un borrador para un nuevo programa del partido: «El partido lucha por una república obrera y campesina más democrática, en la que la policía y el ejército permanente serán completamente abolidos y sustituidos por el armamento general del pueblo, por una milicia. No sólo los funcionarios serán elegidos, sino que además podrán ser revocados en cualquier momento si así lo exige la mayoría de los electores. El sueldo de los funcionarios, sin excepción, no excederá el salario medio de un obrero calificado.»

Al mismo tiempo, Lenin pide «la participación [el subrayado es nuestro, M.B.] incondicional de los obreros en el control de los negocios de los trust» -que podría ser obtenida con «un decreto cuya preparación y redacción se efectuaría en un solo día»²³. La idea de que la «participación obrera» podría ser instaurada por medios legislativos (o sea desde arriba) tiene pues ilustres antecedentes.

29 de mayo

Conferencia de Járkov de los Comités de fábrica. En algunos aspectos, las provincias iban más lejos que Petrogrado y Moscú. La Conferencia de Járkov pidió que los Comités de fábrica se convirtieran en «órganos de la revolución [...] decididos a consolidar sus victorias». «Los Comités de fábrica deben coger las riendas de la producción, salvaguardarla, desarrollarla». «Deben ocuparse de fijar los salarios, de la higiene, de la calidad técnica de los productos, de la elaboración de los reglamentos internos y de la solución de los conflictos.»²⁴ Y hasta algunos delegados no bolcheviques propusieron que los comités se encargaran de las fábricas directamente y ejercieran todas las funciones de dirección.

30 de mayo-15 de junio

Primera Conferencia general de los Comités de fábrica de Petrogrado. La Conferencia se desarrolló en el Palacio de Tauride, en la misma sala donde, tres meses antes, se había reunido la Duma. La mitad al menos de los comités representados venían de la industria mecánica. «Los largos y ampulosos discursos de los parlamentarios burgueses habían sido suplantados por las réplicas sinceras, sencillas, generalmente concisas de los diputados que acababan de abandonar sus herramientas y sus máquinas para expresar por vez primera en público sus humillaciones y sus necesidades, como clase y como seres humanos.»²⁵

Los delegados bolcheviques eran mayoritarios. Aunque el eje de la mayor parte de sus intervenciones era la afirmación de la necesidad del control obrero como medio de «restablecer el orden» y «mantener la producción», también hubo otros puntos de vista en sus filas. Nemtsov, un metalúrgico bolchevique, declaró que «el funcionamiento de las fábricas se encuentra actualmente en manos de la alta administración, pero hay que introducir el principio de la elección. Para evaluar el trabajo efectuado [...] no necesitamos las decisiones individuales de los capataces. Si introducimos el principio de la elección, podremos controlar la producción». Otro delegado, Naumov, afirmó que «si tomamos en nuestras manos el control de la producción, aprenderemos en la práctica cómo trabajar activamente en la producción misma, y nos elevaremos al nivel de la producción socialista del futuro»²⁶. Estamos aquí bien lejos de la defensa

²² V.I. Lenin: «Materials on Revision of Party Programme», Ibid., p. 116-117.

²³ V.I. Lenin: «Ruin is Threatening», ibid., p. 142.

²⁴ I. Kreizel: Iz istorii profdvizheniya g. Kharkova v 1917 godu [Sobre la historia del movimiento sindical en Járkov en 1917], Járkov, 1921. (Citado por Pankratova, op. cit., p. 15.)

²⁵ A. Pankratova: Op. cit., p. 19.

²⁶ Ibid., p. 19.

ulterior por los bolcheviques de la «eficacia» de la dirección por un solo hombre, y de su práctica ulterior del nombramiento desde arriba.

La Conferencia tuvo un eco considerable. Hasta M.I. Skobelev, el ministro menchevique del Trabajo del gobierno provisional, tuvo que dirigirse a ella. Su contribución no estuvo desprovista de interés, en la medida en que fue una especie de anticipación de lo que los bolcheviques dirían antes de que terminara el año. Skobelev afirmó que «la regulación y el control de la industria es asunto del Estado. A cada clase particular, y especialmente a la clase obrera, le corresponde la responsabilidad de ayudar al Estado en su trabajo de organización». Declaró que «el transferir las empresas a manos del pueblo en el momento actual no sería una ayuda para la revolución». La regulación de la industria era la función del gobierno, no la de los Comités de fábrica autónomos. «Los comités servirían mejor la causa de los obreros convirtiéndose en unidades subordinadas a una red nacional de sindicatos.»²⁷

Un punto de vista similar fue presentado por Rozanov, uno de los fundadores de los sindicatos profesionales. Su opinión según la cual «las funciones de los comités son algo pasajero» y «los Comités de fábrica deben constituir núcleos de células sindicales» fue vivamente criticada. Pero ése fue exactamente el papel al que redujo la práctica bolchevique a los Comités de fábrica al cabo de unos pocos meses. En ese momento, sin embargo, los bolcheviques criticaron la idea (los sindicatos estaban aún en gran medida influencia. dos por los mencheviques).

La declaración de Lenin en la Conferencia dejaba entrever ligeramente lo que iba a ocurrir más tarde. Explicó que el control obrero significaba que «una mayoría de obreros debería entrar en todas las instituciones de responsabilidad y que la administración debería rendir cuentas de su actividad a las organizaciones obreras más representativas»²⁸. Lo que Lenin creía que debía ser sometido al «control obrero» era, sin ambigüedad alguna, una «administración» que no era la de los obreros mismos. La resolución final, apoyada por 336 de los 421 delegados, declaraba que los Comités de fábrica eran «organizaciones de lucha, elegidas sobre la base de la más amplia democracia y con una dirección colectiva». Sus objetivos eran la «creación de nuevas condiciones de trabajo». La resolución pedía «la organización de un control completo de la producción y la distribución por los trabajadores» y la constitución de «una mayoría proletaria en todas las instituciones con poder ejecutivo»²⁹.

Las semanas siguientes vieron una extensión considerable de los Comités de fábrica. En todos los lugares en los que eran suficientemente fuertes (antes pero sobre todo después de la Revolución de octubre, cuando se vieron apoyados por los soviets locales) los comités «no dudaron en suplantar a la dirección y en asumir directamente el control de sus plantas»³⁰.

16 de junio Primer Congreso Panruso de los Soviets. 20-28 de junio

Una conferencia sindical que se reunió en Petrogrado aprobó una resolución que estipula que «los sindicatos, que defienden los derechos y los intereses del trabajo asalariado [...] no pueden asumir funciones económico-administrativas en la producción»³¹. Los Comités de fábrica se veían relegados a verificar que «se respetaban las leyes que defendían a los trabajadores, y que se respetaban también los acuerdos firmados por los sindicatos». Los Comités de fábrica debían hacer agitación para que todos los obreros de la empresa entraran en el sindicato; debían «trabajar para reforzar y extender los sindicatos, contribuir a la unidad de su acción combativa» y «reforzar la autoridad de los sindicatos a ojos de los obreros no organizados»³². La Conferencia, dominada por mencheviques y socialistas revolucionarios, era más que reticente hacia los Comités de fábrica. Podía verse esa reticencia en su deseo de que los comités fueran elegidos sobre la base de listas presentadas por los sindicatos.

Las tesis bolcheviques, defendidas en la Conferencia por Glebov-Avilov, sugerían que para la realización del control obrero se crearan «comisiones de control económico» ligadas a la administración central de los sindicatos. Esas comisiones debían estar compuestas por miembros de los Comités de fábrica, y debían cooperar con éstos en cada empresa. No sólo los Comités de fábrica debían ejercer «funciones de control» en provecho de los sindicatos, sino que debían además depender financieramente del sindicato³³.

²⁷ Pervaya rabochaya konferentsiya fabrlidhno-zavodskikh komitetov [Primera Conferencia Obrera de los Comités de Fábrica], Petrogrado, 1917.

²⁸ V.I. Lenin: Sochineniya, XX, p. 459.

²⁹ S.O. Zagorsky: State Control of Industry in Russia during the War, New Haven, 1928, p. 174-175.

³⁰ R.V. Daniels: The Conscience of the Revolution, Harvard University Press, 1960, p. 83.

³¹ Tretya vserossiiskaya konferentsiya professionalnikh soyuzov: Rezolyutsli priniatiya na zasedaniakh konferentsil 20-28 Iyunia/3-11 Iyula 1917 g. [Tercera Conferencia Sindical panrusa Resoluciones adoptadas en las sesiones de la Conferencia del 20-28 de junio/3-11 de julio, 1917], Petrogrado, sf, p. 18.

³² 18. Ibid., párrafo 6.

³³ Ibid., p. 323.

La Conferencia creó un Consejo central panruso de los Sindicatos: sus miembros fueron elegidos proporcionalmente a la fuerza numérica de las diversas tendencias políticas presentes en la Conferencia.

En ese momento, los bolcheviques jugaban con dos barajas, e intentaban llegar a dominar tanto en los sindicatos como en los comités. Teniendo dos objetivos, no les molestaba mucho hablar dos lenguas diferentes -según el lugar en el que se encontraran. En los sindicatos firmemente controlados por los mencheviques, los bolcheviques insistían para que se aceptara una autonomía considerable de los Comités de fábrica. En los sindicatos que controlaban ellos mismos, esa perspectiva no les entusiasmaba lo más mínimo.

Llegados a este punto, vale la pena describir brevemente cuál fue el papel de los sindicatos antes e inmediatamente después de la Revolución de Febrero.

Antes de 1917, el papel de los sindicatos en la historia del movimiento obrero ruso fue relativamente poco importante. La industria rusa era aún muy reciente. Bajo el zarismo (al menos hasta comienzos de siglo) la organización sindical, clandestina, había soportado la represión. «Al aplastar al sindicalismo, el zarismo - escribe Deutscher- favoreció en cierto modo involuntariamente la organización política revolucionaria [...] Sólo los obreros más politizados, los que estaban dispuestos a pagar con años de prisión y de exilio por sus ideas, eran capaces de entrar en los sindicatos en esas circunstancias [...] Mientras que en Inglaterra el Partido Laborista fue creado por los sindicatos, los sindicatos rusos, desde el principio, vivieron a la sombra del movimiento político.»³⁴

El análisis es correcto -y además va mucho más lejos de lo que Deutscher probablemente creía. En los sindicatos rusos de 1917 se reflejaba ese desarrollo peculiar del movimiento obrero ruso. Por un lado, los sindicatos eran elementos auxiliares de los partidos políticos, que los utilizaban para reclutar miembros, y como masa que podían manipular³⁵. Por otro lado, el movimiento sindical, que había renacido hasta cierto punto después de febrero de 1917, era impulsado por los obreros más educados la dirección de los diversos sindicatos reflejaba la influencia predominante de una especie de élite intelectual, favorable primero a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios, pero que se volvió más tarde, en proporciones variables, hacia los bolcheviques.

Es importante comprender que desde el primer momento de la revolución los sindicatos estuvieron estrechamente controlados por organizaciones políticas, que los utilizaban para obtener apoyo en diversas acciones. Eso explica la facilidad con la que el partido fue capaz, posteriormente, de manipular los sindicatos. Permite además comprender el hecho de que los sindicatos (y sus problemas) resultaran ser con frecuencia el campo de batalla en el que se saldaban, una y otra vez, las divergencias políticas entre los líderes del partido. Añádase a eso el hecho de que todo el desarrollo anterior del partido (incluso el carácter estrictamente centralizado de su estructura y la insistencia en la jerarquía en sus concepciones organizativas) había tendido a separarle de la clase obrera, y se comprenderá mejor hasta qué punto todo se oponía a cualquier expresión autónoma, o incluso a cualquier defensa de las aspiraciones reales de la clase obrera. En cierto sentido, éstas encontraban una expresión más libre en los soviets que en el partido o en los sindicatos.

Sea como fuere, el número de miembros de los sindicatos aumentó rápidamente después de febrero, al aprovechar los obreros la libertad que acababan de ganar. «Durante los primeros meses de 1917, el número de miembros [del sindicato] pasó de unos cuantos miles a un millón y medio [...] Pero el papel que desempeñaban en la práctica los sindicatos no correspondía a su fuerza numérica [...] En 1917 las huelgas nunca alcanzaron la dimensión y la fuerza de las de 1905 [...] La ruina económica de Rusia, la inflación galopante, la escasez de bienes de consumo, y otras razones parecidas hicieron que las luchas de tipo «alimenticio» parecieran algo irreal. Además, la amenaza de movilización pesaba sobre los posibles huelguistas. La clase obrera no estaba dispuesta a luchar por ventajas económicas limitadas y por reformas parciales. Lo que estaba en juego era el orden social en Rusia en su conjunto.»³⁶

Junio-julio

Esfuerzos tenaces de los mencheviques para subordinar a los Comités de fábrica y de taller a los

³⁴ I. Deutscher: *Soviet Trade Unions*, Royal Institute of International Affairs, London, 1950, p. 1-2.

³⁵ No intentamos «acusar» a los partidos políticos de tener una influencia en los sindicatos. Ni defendemos fórmulas ingenuamente simplistas como «nada de política en los sindicatos». Lo que intentamos hacer es sencillamente describir fielmente la situación de partidos y sindicatos en Rusia en 1917, con vistas a poner de relieve los elementos de esa situación que influyeron en el desarrollo ulterior de la Revolución rusa.

³⁶ I. Deutscher: *Op. cit.*, p. 13.

sindicatos. Esos esfuerzos encontraron la resistencia de una alianza pasajera de anarquistas, opuestos a ellos por principio, y de bolcheviques llevados por consideraciones tácticas.

El movimiento autónomo de los Comités de fábrica alcanzó su más alto desarrollo y su expresión más militante en la industria mecánica³⁷. Lo cual es tanto más significativo cuanto que en 1922, los bolcheviques tuvieron que emplear medidas drásticas para acabar con las organizaciones independientes de los obreros de esa industria.

26 de julio-3 de agosto

Sexto Congreso del partido. Miliutin declara: «Iremos en la cresta de la ola del movimiento económico de los obreros y transformaremos ese movimiento espontáneo en un movimiento político consciente contra el poder estatal existente.»³⁸

7-12 de agosto

Segunda Conferencia de los Comités de fábrica de Petrogrado, sus alrededores y las provincias circundantes, reunida en el Instituto Smolni. La Conferencia decidió que 0,25 % de los salarios de todos los obreros representados sirvieran para apoyar a un «Soviet central de Comités de fábrica», que sería así independiente financieramente de los sindicatos³⁹. Los militantes de la base de los Comités de fábrica asistieron a la instalación de ese «Soviet central» con sentimientos contradictorios. Sentían por un lado la necesidad de coordinación, pero, por otro lado, querían que esa coordinación fuera efectuada desde abajo, por ellos mismos. Muchos desconfiaban de los motivos de los bolcheviques, de quienes venía la iniciativa de instalar burocráticamente un «Soviet central». El bolchevique Skripnik habló de las dificultades del Soviet central de Comités de fábrica, atribuyéndolas «en parte a los obreros mismos». Los Comités de fábrica se mostraban reticentes ante un eventual trabajo de sus miembros en el Centro. Algunos de los Comités «se abstuvieron de participar en el Soviet central debido a la preponderancia de los bolcheviques en él»⁴⁰. V.M. Levin, otro bolchevique, se quejaba de que los obreros «no distinguen entre la idea de control y la idea de expropiación»⁴¹.

La segunda Conferencia adoptó toda una serie de estatutos, que regulaban el trabajo de los Comités, los deberes de la dirección [sic], los trámites necesarios para la elección de los Comités, etc⁴². Se declaró que «todos los decretos de los Comités de fábrica» eran obligatorios «tanto para la administración de la fábrica como para obreros y empleados -a menos que esos decretos fueran abolidos más tarde por el Soviet central o por los Comités de fábrica» eran obligatorios «tanto para periódicamente durante las horas de trabajo. Las reuniones tendrían lugar los días que decidieran los propios comités. Los patronos debían pagar su salario íntegro a los miembros de los comités, aunque éstos estuvieran ocupados por asuntos de los comités. Cuando un miembro del Comité de fábrica dejaba el trabajo para poder cumplir con sus obligaciones en el comité, bastaba con que lo notificara al personal administrativo competente. Durante el periodo entre dos reuniones, algunos miembros de los comités ocuparían locales en el interior de la fábrica, donde podrían recibir informaciones de los obreros y empleados. La administración de la fábrica debería proporcionar fondos «para el funcionamiento y el trabajo de los comités». Los Comités de fábrica tendrían derecho a «controlar la composición de la administración, y a exigir la dimisión de todos los que no pudieran garantizar relaciones normales con los obreros o que fueran incompetentes por otras razones». «Todo miembro del personal administrativo de la fábrica tendrá que obtener la autorización del Comité de fábrica, para ocupar un puesto; el Comité señalará su decisión en la Reunión general de toda la fábrica, o a través los comités de departamento o de taller.» Los comités determinarán también la «organización interna de la fábrica» (horarios de trabajo, salarios, vacaciones, etc.). Los Comités de fábrica tendrán su

³⁷ Véanse las estadísticas sobre las huelgas políticas en V.L. Meller y A.M. Pankratova: *Rabocheye dvizheniye v 1917 godu* [El Movimiento obrero en 1917], p. 16 y 20; y también *Rabocheye dvizheniye v godu voini* [El Movimiento obrero durante los años de guerra] de G. Fleer, Moscú, 1925, p. 4-7.

³⁸ *Shestoi s'yezd RSDRP (b): Protokoli* [Sexto Congreso del POSDR (b): Actas (1917)], Moscú, IMEL, 1934, p. 134.

³⁹ *Oktyabrskaya revoliutsiya i fabzavkomi: materialy po istorii fabrichno-zavidskikh komitetov* [La Revolución de Octubre y los Comités de fábrica: materiales para la historia de los Comités de fábrica], Moscú, 1927-1929. 3 volúmenes. I, p. 229, 259. Estos volúmenes (Okt. Rev. i Fabzavkomi [de ahora en adelante]) son la fuente de información más útil sobre los Comités de fábrica.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 190.

⁴¹ *Ibid.*, p. 171.

⁴² Descritos con todo detalle en *Okt. Rev. i Fabzavkomi*.

propia prensa y «darán a conocer sus resoluciones a los obreros y empleados de la empresa con carteles instalados en lugares bien a la vista». Pero como señaló con realismo el bolchevique Skripnik, la Conferencia «no debe olvidar que no se trata de estatutos normales aprobados por el gobierno. Se trata de nuestra plataforma, las reivindicaciones básicas que deben guiarnos en nuestra lucha». La legitimidad de esas reivindicaciones se fundaba en «el derecho consuetudinario revolucionario».

3 de agosto

El gobierno provisional lanza una campaña contra los comités en los ferrocarriles. Kukel, viceministro de la Marina, propone la proclamación de la ley marcial en los ferrocarriles y la creación de comisiones con poderes para «disolver los comités». (Es la voz de la burguesía en agosto de 1917 -y no la de Trotski en 1920... Véase 1920, Agosto.)

En una «discusión con la base» patrocinada por el gobierno, que tuvo lugar en Moscú el 10 de agosto, se atribuyó el estado catastrófico de los ferrocarriles a la existencia de los comités «Según una encuesta efectuada en el Congreso de los directores de ferrocarriles, se ha designado a 5 531 individuos en las 37 redes para participar en los comités. Esos individuos no tienen obligación de trabajar. Si se calcula que cada uno de ellos recibe por término medio un mínimo de 2000 rublos, la broma costará al Estado 11 millones de rublos. Las cifras se refieren a 37 redes, y hay más de 60 [...]»⁴³

En el mismo momento, Struve, conocido ideólogo y economista burgués, escribía que: «Del mismo modo que en el terreno militar la eliminación de los oficiales por los soldados viene a ser la destrucción del ejército, ya que significa legalizar un derecho a la rebelión incompatible con su existencia misma, la sustitución del poder del patrono por la dirección de los obreros en el terreno económico significa la destrucción del orden normal de la vida económica de cualquier empresa.»⁴⁴

Poco tiempo después, se reunió en Petrogrado una Conferencia de patronos que creó una Unión de Asociaciones patronales. Su presidente, Bimanov, declaró que el principal objetivo de la nueva organización era «la eliminación de la intrusión de los Comités de fábrica en las funciones que son privativas de la dirección».

11 de agosto

Aparece el número uno de Golos Truda, publicado en Rusia por la Unión de Propaganda anarcosindicalista.

25 de agosto

Golos Truda, en un artículo célebre titulado Cuestiones del momento, declara: «Decimos a los obreros, a los campesinos, a los soldados y a los revolucionarios rusos: ante todo, continuad la revolución. Continudad organizándoos enérgicamente vosotros mismos, y uniendo vuestras nuevas organizaciones: vuestras comunas, vuestros sindicatos, vuestros comités, vuestros soviets. Continudad, sin debilidad y con perseverancia, en todo momento y en todas partes, participando de modo cada vez más extenso y más eficaz en la vida económica del país, continuad apoderándoos, a través de vuestras organizaciones, de todas las materias primas y de todos los instrumentos indispensables de vuestro trabajo. Continudad la revolución. No dudéis en enfrentaros con la solución de los problemas acuciantes del presente. Cread en todas partes las organizaciones necesarias para alcanzar esas soluciones. Campesinos, apoderaos de la tierra y ponedla a la disposición de vuestros comités. Obreros, poned en manos de, y a la disposición de vuestras organizaciones sociales -sin esperar ni un momento más- las minas y el subsuelo, las empresas de todo tipo, las fábricas, los talleres y las máquinas.»

Poco tiempo después, el número 15 del mismo periódico pedía a sus lectores: «Empezad inmediatamente a organizar la vida económica y social del país sobre nuevas bases. Iremos así hacia una especie de «dictadura del movimiento obrero», sin dificultad y de modo natural. Y el pueblo aprenderá, poco a poco, a ejercerla.»

Hubo durante ese periodo una serie de huelgas importantes: trabajadores del cuero y de la industria textil en Petrogrado, obreros del petróleo en Bakú, mineros en Donbás. «Había en esas luchas un rasgo común característico: los patronos estaban dispuestos a hacer concesiones aumentando los salarios, pero se negaban categóricamente a reconocer los derechos de los Comités de fábrica. Lo que los obreros en huelga

⁴³ A. Pankratova, op. cit., p. 25.

⁴⁴ Ibid., p. 25.

estaban dispuestos a defender hasta el último momento al presentar sus reivindicaciones era no tanto el aumento de salarios como el reconocimiento de los derechos de sus organizaciones de fábrica.»⁴⁵ Una de las principales demandas era que el derecho de contratar y despedir perteneciera al comité. Los que comprendían las insuficiencias de la «ley» del 23 de abril eran cada vez más numerosos, y los que pedían el poder para los Soviets empezaban a encontrar audiencia.

«A través de su lucha por la «constitución de fábrica», la clase obrera comprendió la necesidad de dirigir ella misma la empresa.»⁴⁶

28 de agosto

Como respuesta a la campaña cada vez más violenta de la prensa burguesa contra los Comités de fábrica y «el anarquismo obrero», Skobelev, ministro menchevique del Trabajo, publicó su célebre «Circular nº 421», que prohibía las reuniones de los Comités de fábrica durante las horas de trabajo («debido a la necesidad de consagrar todas las energías y todos los segundos a un trabajo intensivo»). La circular autorizaba a la dirección a deducir las horas que pasaban los obreros en las reuniones del comité, de su salario. Y eso, cuando Kornilov avanzaba hacia Petrogrado y «los obreros se alzaban, amenazadores, para defender la revolución, sin tener en cuenta si lo hacían durante o después de las horas de trabajo»⁴⁷.

Septiembre

El Partido bolchevique gana la mayoría de los Soviets de Petrogrado y de Moscú. 10 de septiembre. Tercera Conferencia de los Comités de fábrica. El 4 de septiembre, otra circular del Ministerio del Trabajo declaraba que el derecho a contratar y despedir obreros pertenecía a los propietarios de la empresa. El gobierno provisional, que empezaba a mirar con verdadera inquietud el desarrollo de los Comités de fábrica, intentaba desesperadamente limitar su influencia.

El menchevique Kolokolnikov asistía a la conferencia como representante del ministro del Trabajo, y defendió las circulares. «Explicó» que las circulares no privaban a los obreros del derecho a controlar los contratos y los despidos... sino únicamente del derecho a contratar y despedir ellos mismos. «Como los bolcheviques harían más tarde, Kolokolnikov llamó control al hecho de velar sobre una determinada política, oponiéndolo al derecho de definir esa política.»⁴⁸

Durante la conferencia, un obrero llamado Afinogenev afirmó que «todos los partidos, incluso los bolcheviques, atraen a los obreros con la promesa del Reino de Dios sobre la tierra dentro de un siglo [...] Pero no necesitamos mejoras dentro de un siglo, sino ahora, inmediatamente»⁴⁹. La Conferencia, que sólo celebró dos sesiones, decidió que intentaría obtener la anulación inmediata de las circulares.

14 de septiembre

Reunión de una «Conferencia democrática», patrocinada por el gobierno. Insistiendo en que las tareas de los Comités de fábrica eran «esencialmente diferentes» de las de los sindicatos, los bolcheviques pidieron que los Comités de fábrica tuvieran 25 representantes, puesto que el gobierno había concedido el mismo número a los sindicatos.

26 de septiembre

Lenin escribe: «El gobierno soviético debe introducir inmediatamente en todas partes el control obrero estatal de la producción y la distribución.» «Si no se impone ese control [...] el hambre y la catástrofe amenazan al país de una semana a otra, a una escala sin precedentes.»⁵⁰

⁴⁵ Ibid., p. 29. Ya se ve lo que hay que pensar de la idea de que los obreros son «únicamente capaces de alcanzar una conciencia trade-unionista».

⁴⁶ Ibid., p. 36.

⁴⁷ Novi Put [Nuevo Camino], 15 de octubre, 1917, nºe 1-2. Novi Put fue el órgano del Soviet central de los Comités de fábrica.

⁴⁸ F.I. Kaplan: *Bolshevik Ideology and the Ethics of Soviet Labour. 1917-1920: the Formative Years*, Peter Owen, London, 1969, p. 83.

⁴⁹ Okt. Rev. i Fabzavkomi, II, p. 23.

⁵⁰ V.I. Lenin: «The Arms of the Revolution», *Selected Works*, VI, p. 245-246.

Durante varias semanas, los patronos utilizaron el lock-out de modo cada vez más frecuente, intentando quebrantar la fuerza de los comités. Entre marzo y agosto, cerraron 586 empresas, con 100 000 obreros más o menos⁵¹, a veces porque faltaba combustible o materias primas; pero lo más frecuente es que se tratara de un intento deliberado por parte de los patronos de socavar la influencia creciente de los comités. Para los obreros, una de las funciones del control obrero era acabar con esas medidas.

Primero de octubre

Lenin publica "¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?" Hay en el texto algunos pasajes bastante útiles para poder comprender muchos acontecimientos ulteriores. «Cuando nosotros decimos: «control obrero», colocando siempre esta consigna junto a la de dictadura del proletariado, inmediatamente después de ella, damos a entender con nitidez a qué clase de Estado nos referimos [...] Si es del proletariado, si se trata de un Estado proletario, es decir, de la dictadura del proletariado, entonces sí puede el control obrero erigirse en un régimen general, universal, omnipresente, minucioso y concienzudo de cálculo de la producción y distribución de los productos.»

En el mismo folleto, Lenin define el tipo de «aparato» o marco «socialista» en cuyo seno podría ejercerse la función de cálculo y registro (o sea, el control obrero según Lenin). «Sin los grandes bancos, el socialismo sería irrealizable. Los grandes bancos constituyen el «aparato del Estado» que necesitamos para realizar el socialismo y que tomamos ya formado del capitalismo; aquí nuestra tarea consiste en extirpar todo aquello que desfigura al modo capitalista ese magnífico aparato, en hacerlo aún mayor, aún más democrático, aún más universal [...]» «Un banco único del Estado, el más grande de los grandes, con sucursales en cada distrito, en cada fábrica, supone ya nueve décimas partes del aparato socialista.» Según Lenin, ese tipo de aparato proporciona la posibilidad de «una contabilidad nacional, un cálculo nacional de la producción y distribución de los productos, [que] es, por decirlo así, como el esqueleto de la sociedad socialista». (El subrayado es de Lenin.)

A nadie se le ocurrirá poner en duda la importancia de tener registros dignos de crédito. Pero es en extremo significativo que Lenin asimile el control obrero en un «Estado obrero» a una especie de control estricto de la contabilidad (o sea a la verificación de que se cumplen efectivamente las decisiones que otros han tomado). No se encontrará jamás en las obras de Lenin una identificación del control obrero con la participación en las decisiones fundamentales (es decir con la iniciativa de esas decisiones) relacionadas con la producción (cuánto producir, cómo producirlo, a qué costo, a costa de quién, etc.).

En otros escritos de Lenin del mismo periodo, se afirma reiteradamente que una de las funciones del control obrero es impedir que los altos burócratas y funcionarios cometan actos de sabotaje. «Contra los altos empleados, que son muy poco numerosos, pero que tienden hacia los capitalistas, no habrá más remedio que proceder con «rigor», lo mismo que contra los capitalistas. Unos y otros opondrán resistencia [...] [E]l control obrero (sobre los capitalistas) quizá consiga no ya «vencer», sino imposibilitar cualquier resistencia.»⁵²

La idea que tenía Lenin del control obrero (como un medio de impedir la extensión de los lock-out) y sus reiteradas demandas para que se «abrieran los libros de cuentas» (como medida para impedir el sabotaje económico) eran ambas inseparables de la situación inmediata, y de la de los meses que seguirían la revolución. Imaginaba que habría un periodo durante el cual, en el Estado obrero, la burguesía seguiría conservando tanto la propiedad formal como la dirección efectiva de la mayor parte del aparato de producción. Lenin pensaba que el nuevo Estado sería incapaz de hacerse cargo inmediatamente del funcionamiento de la industria, y que existiría por lo tanto un periodo de transición durante el cual habría que contar con la colaboración forzada de los capitalistas. Y el «control obrero» no era más que un instrumento para obtener esa colaboración.

10 de octubre

Cuarta Conferencia de los Comités de fábrica de Petrogrado y de sus alrededores. El problema esencial del que se discutió fue la convocación de la primera Conferencia panrusa de los Comités de fábrica.

⁵¹ V.P. Miliutin: Istorija ekonomicheskogo razvitiya SSSR, 1917-1927 [Historia del desarrollo económico de la URSS], Moscú y Leningrado, 1927, p. 45.

⁵² V.I. Lenin: OE, t. 2, p. 424-426.

13 de octubre

Golos Truda pide «un control obrero total, que incluya todas las actividades de la fábrica, un control real y no ficticio, un control sobre las normas de trabajo, los contratos y los despidos, los horarios, los salarios y los procedimientos de fabricación».

Los soviets y los Comités de fábrica se multiplicaban por todas partes a un ritmo increíble. Sólo el carácter extremadamente radical de las tareas que tenía que afrontar la clase obrera permite explicar esa expansión. Los soviets y los comités estaban mucho más cerca que los sindicatos de las realidades de la vida cotidiana. Resultaron por lo tanto unos portavoces mucho más eficaces de las aspiraciones populares fundamentales.

La propaganda en favor de las ideas libertarias durante ese periodo fue intensa. «No se prohibió ni un solo periódico, no se confiscó ni una sola octavilla, ni un solo folleto, ni un solo libro; no se disolvió ni una sola manifestación, ni un solo mitin [...] No cabe duda de que al gobierno no le repugnaba la idea de tener mano dura con los anarquistas y los bolcheviques. Kerenski amenazó más de una vez con «cauterizar la llaga con hierro candente». Pero el gobierno era impotente: la revolución estaba en todo su apogeo.»⁵³

Ya hemos señalado que los bolcheviques, en esa etapa, apoyaban todavía a los Comités de fábrica. Veían en ellos «el ariete contra el capitalismo, órganos de la lucha de clase creados por la clase obrera en su propio terreno»⁵⁴. Veían además en la consigna del «control obrero» un medio de minar la influencia menchevique en los sindicatos. Los bolcheviques se veían «arrastrados por un movimiento que les molestaba por más de un concepto, pero al que no tenían más remedio que apoyar, ya que era una de las principales fuerzas motrices de la revolución»⁵⁵. A mediados de 1917, el apoyo de los bolcheviques a los Comités de fábrica era tal que los mencheviques llegaron a acusarles de «abandonar» el marxismo por el anarquismo. «De hecho -escribe Deutscher- Lenin y sus seguidores no habían dejado de ser firmes partidarios de la concepción marxista del Estado centralizado. Su objetivo inmediato, sin embargo, no era todavía instaurar una dictadura proletaria centralizada, sino destruir en la medida de lo posible la centralización del Estado burgués y de la economía burguesa, ya que esa destrucción era una de las condiciones necesarias para que triunfara la revolución. Y en el terreno económico, los instrumentos más poderosos y mortíferos de subversión eran los Comités de fábrica, y no los sindicatos. Se dejó pues a éstos un poco de lado [...]»⁵⁶

Deutscher formula así del modo más claro posible los motivos de los bolcheviques al apoyar durante esa fase el control obrero y su expresión organizada, los Comités de fábrica. Hoy en día, sólo la ignorancia o la firme voluntad de dejarse engañar pueden permitir que se crea todavía que el poder obrero en la producción fue jamás principio u objetivo fundamental del bolchevismo.

17-22 de octubre

Primera Conferencia panrusa de los Comités de fábrica, convocada por Novi Put [Nuevo Camino], periódico «fuertemente teñido de una especie de anarcosindicalismo, aun cuando no hubiera anarcosindicalistas propiamente dichos en su equipo»⁵⁷. Según fuentes bolcheviques ulteriores, de los 137 delegados de la Conferencia, 86 eran bolcheviques, 22 socialistas-revolucionarios, 11 anarcosindicalistas, 8 mencheviques, 6 «maximalistas» y 4 «sin partido»⁵⁸. Los bolcheviques estaban a punto de tomar el poder y su actitud hacia los Comités de fábrica empezaba a cambiar. Shmidt, futuro Comisario del Trabajo en el gobierno de Lenin, hizo una descripción de lo que había ocurrido en varias zonas. «Cuando se formaron los Comités de fábrica, los sindicatos, de hecho, habían dejado de existir. Los comités llenaron el vacío.»⁵⁹ Otro orador bolchevique afirmó que «la extensión de la influencia de los Comités de fábrica se ha desarrollado naturalmente a expensas de las organizaciones económicas centralizadas de la clase obrera como los sindicatos. Se trata, claro está, de un desenvolvimiento en extremo anormal que ha conducido en la práctica a resultados muy poco gratos»⁶⁰.

Un delegado de Odesa defendió enérgicamente un punto de vista diferente: «Las Comisiones de control no deben limitarse a tareas de vigilancia, sino ser las células del futuro, que preparen ya el paso de la producción a manos de los trabajadores.»⁶¹

⁵³ G.P. Maximoff: *Syndicalists in the Russian Revolution*, «Direct Action» pamphlet nº 11, p. 6.

⁵⁴ A. Pankratova, op. cit., p. 5.

⁵⁵ E.H. Carr: *The Bolshevik Revolution*, Penguin ed., II, p. 80.

⁵⁶ I. Deutscher: Op. cit., p. 15-16.

⁵⁷ G.P. Maximoff: Op. cit., p. 11-12.

⁵⁸ Okt. Rev, I Fabzavkomi, II, p. 114.

⁵⁹ Ibid., II, p. 188.

⁶⁰ Ibid., II, p. 190.

⁶¹ Ibid., II, p. 180.

Un orador anarquista aseguró que «los sindicatos quieren comerse a los Comités de fábrica. La gente no está descontenta de los Comités de fábrica, pero sí lo está de los sindicatos. Para el obrero, el sindicato es una forma de organización impuesta desde afuera. El Comité de fábrica está más cerca de ellos». Volviendo a un tema que iba a aparecer repetidas veces, insistió en que «los Comités de fábrica eran células del futuro [...] Son ellos, y no el Estado, quienes deberían administrar ahora»⁶².

A Lenin no se le escapa entonces la enorme importancia de los Comités de fábrica... como un medio de favorecer la toma del poder por el partido bolchevique. Ordzhonikidze cuenta que llegó hasta decir: «Debemos trasladar el centro de gravedad a los comités. Los comités de fábrica deben convertirse en órganos de la insurrección. Debemos cambiar de consigna y en vez de decir «Todo el poder para los soviets», decir «Todo el poder a los Comités de fábrica.»⁶³

La Conferencia aprobó una resolución que afirmaba que el control obrero -dentro de los límites que la Conferencia le había asignado- sólo era posible en un régimen donde la clase obrera tuviera el poder económico y político; desaconsejó también las actividades «aisladas» y «desorganizadas», y advirtió que «el que los obreros confisquen en provecho propio de las fábricas en las que trabajan es incompatible con los objetivos del proletariado»⁶⁴

25 de octubre

Derrocamiento del Gobierno provisional de Kerenski. Proclamación del Consejo de Comisarios del pueblo (Sovnarkom) durante la sesión de apertura del Segundo Congreso panruso de los Soviets.

26 de octubre

En el Segundo Congreso panruso de los Soviets, los portavoces bolcheviques declararon: «La revolución ha vencido. Todo el poder ha pasado a los Soviets [...] Dentro de pocos días aparecerán nuevas leyes relacionadas con los problemas obreros. Una de las más importantes se refiere al control obrero de la producción, y al restablecimiento de condiciones normales en la industria. En Petrogrado, las huelgas y las manifestaciones son nocivas. Os pedimos que ceséis todas las huelgas económicas y políticas, que volváis al trabajo y que trabajéis con el mayor orden posible [...] Todos a sus puestos. El mejor modo de apoyar al gobierno soviético estos días es cumplir con su trabajo.»⁶⁵ Y Pankratova escribe, al parecer sin parpadear siquiera, que «ese llamamiento al trabajo y a la creación de un nuevo tipo de fábrica inauguró el primer día del poder obrero»⁶⁶

Publicación del Decreto sobre la tierra. Las tierras de la nobleza, de la Iglesia y de la Corona pasan a disposición de los campesinos.

3 de noviembre

Publicación en la Pravda del «Proyecto de decreto sobre el control obrero»⁶⁷. «Queda establecido - decía el artículo 1- el control obrero sobre la producción, conservación y compraventa de todos los productos y materias primas, en todas las empresas industriales, comerciales, bancarias, agrícolas, etc., que cuenten con cinco obreros y empleados (en conjunto) por lo menos, o cuyo giro anual no sea inferior a 10 000 rublos.»

El control obrero debían ejercerlo «todos los obreros y empleados de la empresa, ya directamente, si la empresa es tan pequeña que lo hace posible, ya por medio de sus representantes, cuya elección tendría lugar inmediatamente en asamblea general [...] Los representantes elegidos deben poder utilizar «todos los libros de contaduría y documentos, sin excepción, así como todos los almacenes y depósitos de materiales, herramientas y productos, sin excepción alguna».

De hecho, lo único que hacían esas cláusulas, por lo demás excelentes (y abundantemente citadas), era

⁶² Ibid., II, p. 191.

⁶³ G.K. Ordzhonikidze: Izbrannye statü i rechi 1911-1937 [artículos y discursos escogidos], Moscú, 1939, p. 124.

⁶⁴ A. Pankratova: Op. cit., p. 48-49.

⁶⁵ Ibid., p. 50.

⁶⁶ Ibid., p. 51.

⁶⁷ V.I. Lenin: OE, t. 2, p. 500-501.

enumerar y legalizar lo que la clase obrera había obtenido y realizado ya en numerosos lugares en el transcurso de las luchas de los meses anteriores. Venían después tres cláusulas más, que no auguraban nada bueno. Vale la pena notar que éstas son mucho menos conocidas. En la práctica anularon rápidamente los elementos positivos de las cláusulas anteriores. Estipulaban (artículo 5) que «las decisiones de los representantes elegidos por los obreros y empleados son obligatorias para los propietarios de las empresas», pero también que podían ser «anuladas por los sindicatos y por los congresos sindicales» (el subrayado es nuestro, M.B.). Eso es exactamente lo que ocurrió con las decisiones de «los representantes elegidos por los obreros y empleados»: los sindicatos resultaron ser el principal instrumento utilizado por los bolcheviques cuando intentaron destruir el poder autónomo de los Comités de fábrica. El proyecto de Decreto subrayaba también (artículo 6) que «en todas las empresas de importancia nacional» todos los representantes elegidos para ejercer el control obrero eran «responsables ante el Estado del riguroso mantenimiento del orden, de la disciplina y de la conservación de los bienes». Las empresas declaradas «de importancia nacional» eran (artículo 7) -el tono es tan familiar que hará sonreír a los revolucionarios- «todas las empresas que trabajan para la defensa o están de alguna manera relacionadas con la producción de artículos necesarios a la subsistencia de las masas de la población» (el subrayado es nuestro, M.B.). En otras palabras, prácticamente cualquier empresa podía ser declarada «de importancia nacional» por el nuevo Estado ruso. Los delegados de esa empresa (elegidos para ejercer el poder obrero) tenían que rendir cuentas a una autoridad superior, que no controlaban. Es más, si los sindicatos (que estaban ya considerablemente burocratizados) podían «anular» las decisiones de los delegados de la base, ¿qué poder real en la producción le quedaba a esa base? Pronto se vio, en la práctica, que el valor del Decreto sobre el Control obrero no era muy superior al del papel sobre el que fue escrito⁶⁸.

9 de noviembre

Decreto de disolución del soviet en el Comisariado del pueblo de Correos y Telégrafos⁶⁹.

La idea del control obrero se había insinuado hasta entre los funcionarios. Un soviet de empleados se había apoderado del control del Comisariado del pueblo de Correos y Telégrafos, y otro se había instalado en el Almirantazgo. El 9 de noviembre, el Comisario del pueblo del Ministerio (sic) de Correos y Telégrafos publicó una declaración que concluía así: «Afirmo que ningún presunto grupo de iniciativa o comité para la administración del departamento de Correos y Telégrafos podrá usurpar las funciones que pertenecen al poder central, y a mí mismo en tanto que Comisario del pueblo.»⁷⁰

14 de noviembre

Lenin suponía que su «proyecto de estatutos sobre el Control obrero» sería ratificado inmediatamente, con alguna rectificación menor, por el Comité Ejecutivo central de los Soviets. (V. Ts. I. K.) y por el Consejo de Comisarios del pueblo (Sovnarkom). De hecho, sus proposiciones provocaron una discusión acalorada, y críticas de derecha y de izquierda. Lozovski, un sindicalista bolchevique, escribió más tarde: «Nuestra opinión era que las unidades del control en la base debían actuar únicamente dentro de límites rigurosamente determinados por órganos superiores de control. Pero los camaradas que estaban por la descentralización del control obrero defendían la independencia y la autonomía de esos órganos inferiores, ya que creían que las masas mismas debían encarnar el principio del control.»⁷¹ Lozovski pensaba que «los órganos inferiores de control deben confinar sus actividades en los límites señalados por las instrucciones del proyectado Consejo panruso del Control obrero. Importa decirlo con absoluta claridad, para que los obreros en ciertas empresas no se imaginen que las fábricas les pertenecen».

A pesar de las acaloradas protestas de la base -y después de casi dos semanas de discusión- se llegó a un «compromiso» en el que los sindicatos -convertidos, escribe Carr, en «insospechados campeones del orden,

⁶⁸ Es poco honesto que algunos, que deberían saber mejor de qué hablan (véase el artículo de T. Cliff en *Labour Worker* de noviembre de 1967), presenten triunfalmente esos decretos sobre el control obrero como algo que nunca fueron -y que nunca pretendieron ser. [T. Cliff pertenece al grupo *International Socialism*, al que ya se ha hecho alusión en el texto. Claro está, esa actitud no se encuentra sólo en Inglaterra; véase por ejemplo, el n°

9 (mayo de 1968) de la revista *Acción Comunista*, que presenta fragmentos del decreto sobre el control obrero del 14 (27) de noviembre de 1917 asegurando que el control obrero fue «instituido por el gobierno bolchevique como instrumento de la democracia proletaria en la producción», y que «la reivindicación de la autogestión obrera aparece claramente en esta medida» (p. 87). El lector juzgará lo que valen tales alegaciones, y la actitud que las dicta.]

⁶⁹ *Sobraniye Uzakonenli 1917-18* [Colección de leyes, 1917-18], n° 3, art. 30.

⁷⁰ E.H. Carr: *Op. cit.*, p. 77, n. 1.

⁷¹ A. Lozovski: *Rabochil Kontrol* [El control obrero], Editora Socialista, Petrogrado, 1918, p. 10.

de la disciplina y de la dirección centralizada de la producción»⁷²- habían ganado claramente la partida. El nuevo texto fue adoptado por el Comité Ejecutivo central panruso de los Soviets (V. Ts. I. K.) el 14 de noviembre (por 24 votos contra 10) ratificado por el Consejo de Comisarios del pueblo el 15 de noviembre y publicado el día siguiente. Miliutin, que presentó el decreto «corregido» al V. Ts. I. K., explicó, un poco a modo de excusa, que «la vida nos arrastra» y que se había convertido en algo urgente y necesario «unificar en un aparato de Estado sólido el control obrero que había estado realizándose de modo improvisado». «La legislación sobre el control obrero, que hubiera debido entrar lógicamente en el marco de un plan económico, había tenido que preceder la legislación sobre el propio plan.»⁷³ No puede reconocerse de modo más claro la existencia de una tremenda presión desde abajo, y las dificultades que encontraban los bolcheviques al querer canalizarla.

En el decreto corregido, los 8 puntos del texto original de Lenin habían pasado a ser 14⁷⁴. El nuevo decreto empezaba con una frase bastante hábil:

«En interés de una regulación planificada de la economía nacional», el nuevo gobierno reconocía la autoridad del control obrero en todos los sectores de la economía. Pero tenía que haber una estricta jerarquía de los organismos de control. Se «permitía» que los Comités de fábrica siguieran siendo los organismos de control en cada empresa individual. Pero cada comité era responsable ante un «Consejo regional del Control obrero», subordinado a su vez a un «Consejo panruso del Control obrero»⁷⁵. La composición de esas instancias supremas la decidió el partido. Los sindicatos estaban representados masivamente en los pisos medios y superiores de esa nueva pirámide del «control obrero institucionalizado». El Consejo panruso del Control obrero, por ejemplo, estaba compuesto por 21 «representantes»: 5 del Comité Ejecutivo central panruso de los Soviets, 5 del Ejecutivo del Consejo panruso de los Sindicatos, 5 de la Asociación de Ingenieros y Técnicos, 2 de la Asociación de Agrónomos, 2 del Consejo sindical de Petrogrado, 1 de cada Federación Sindical panrusa con menos de 100 000 miembros (2 de cada federación con un número superior de miembros)... ¡y 5 del Consejo panruso de los Comités de fábrica! El partido se había fabricado una representación «a su medida» de los comités -en los que había en más de un caso influencias anarcosindicalistas.

Muy lejanos parecían los días en que Lenin afirmaba que en el nuevo Estado revolucionario «la fuente del poder no está en una ley, previamente discutida y aprobada por el Parlamento, sino en la iniciativa directa de las masas populares desde abajo y en cada lugar, en la «toma» directa del poder, para emplear un término en boga»⁷⁶.

Pero el simple hecho de que se mencionara en el decreto un «Consejo panruso de los Comités de fábrica» significaba que, paralelamente a la estructura «oficial» de organismos de «control obrero», seguía existiendo otra estructura, cuyo antagonismo con la primera era casi inevitable: la pirámide de organismos que representaban a los Comités de fábrica. Mostraba también que el movimiento de los comités no había cejado en su intento de coordinar sus actividades a escala nacional. Hasta esa representación ínfima de los Comités de fábrica no era más que una concesión táctica por parte de Lenin, y los acontecimientos iban a probar rápidamente que los elementos dirigentes del gobierno no tenían la menor intención de aceptar durante mucho tiempo esa amenaza potencial a la hegemonía del Partido y de sus partidarios en los sindicatos. Y el Partido puso manos a la obra. «Los que más habían hablado de «control obrero» y de su «extensión» -escribe Carr- estaban de hecho intentando hábilmente transformarle en algo ordenado e inocuo, al convertirle en una institución pública enorme y centralizada.»⁷⁷

Más tarde, la propaganda bolchevique iba a utilizar constantemente la idea de que los Comités de fábrica no eran un instrumento adecuado para organizar la producción a escala nacional. Deutscher, por ejemplo, pretende que «los rasgos anarquizantes de los comités aparecieron casi desde el primer momento: cada Comité de fábrica aspiraba a tener la última palabra sobre todos los asuntos relacionados con la fábrica, su producción, sus existencias de materias primas, sus condiciones de trabajo, etc., y consagraba poca atención, o ninguna, a las necesidades de la industria en su conjunto»⁷⁸.

Pero en la frase siguiente, el propio Deutscher admite que «pocas semanas después de la insurrección [de octubre], los Comités de fábrica intentaron formar su propia organización nacional, que hubiera asegurado

⁷² E.H. Carr: Op. cit., p. 73.

⁷³ Protokoll zasedanil V Ts I K rsozyva (1918), p. 60.

⁷⁴ Véanse los apéndices del vol. XXII de las Sochineniya de Lenin, y el artículo de D.L. Limon: «Lénine et le contrôle ouvrier» en el nº 4 (diciembre de 1967) de Autogestion.

⁷⁵ Sbornik dekretov i postanovienil po narodnomu kho. ziaistvu (25 oktiabria 1917 g-25 oktiabria 1918 g), Moscú, 1918, p. 171-172.

⁷⁶ V.I. Lenin: «La dualidad de poderes», OE, t. 2, p. 41.

⁷⁷ E.H. Carr: Op. cit., p. 75.

⁷⁸ I. Deutscher: Op. cit., p. 17.

virtualmente su dictadura en la economía. Los bolcheviques utilizaron entonces a los sindicatos para hacer un señalado servicio al joven Estado soviético, y disciplinar a los Comités de fábrica. Los sindicatos se opusieron firmemente al intento de los Comités de fábrica de formar una organización nacional por su cuenta. Impidieron la convocación del proyectado Congreso parruso de los Comités de fábrica, y exigieron una subordinación total de los Comités».

La condición previa esencial para que pudieran los comités asumir tareas regionales y nacionales era que se les permitiera federarse a escala regional y nacional. Los bolcheviques de hoy en día que acusan a los comités de 1917-1918 de haberse ocupado sólo de asuntos «locales» (cuando el propio Partido hacía todo lo posible para impedir que los comités se federaran desde abajo, de modo autónomo) alcanzan la cúspide de la hipocresía. El «Soviet central de los Comités de fábrica», cuya creación había sido patrocinado por los bolcheviques, fue liquidado después del derrocamiento del gobierno provisional con la misma prontitud con la que había sido creado. El Centro revolucionario de los Comités de fábrica, organismo de inspiración anarquista, que había estado funcionando durante varios meses, nunca consiguió reemplazarlo, debido a los innumerables obstáculos que se sembró en su camino.

Estos acontecimientos exigen un comentario. La desorganización que produjeron la guerra y la resistencia de los patronos (sabotaje y deserción de sus puestos en las empresas) exigía indiscutiblemente que se redujeran a un mínimo, y a ser posible se eliminaran, las luchas innecesarias entre Comités de fábrica (luchas provocadas por la escasez de combustible y de materias primas, por ejemplo). No cabe la menor duda de que era necesario coordinar en gran escala la actividad de los comités -y muchos de los elementos más activos de esos comités eran perfectamente conscientes de esa necesidad. Lo que discutimos aquí no es si era o no necesario que hubiera una diferenciación funcional de los diversos órganos del poder de la clase obrera (soviets, Comités de fábrica), ni cómo había que dar con una definición de lo que eran tareas locales y lo que eran tareas regionales y nacionales. Las modalidades de una diferenciación de ese tipo hubieran podido ser determinadas -y probablemente lo hubieran sido- por el Congreso de los Comités de fábrica que había sido previsto. Lo decisivo es que una instancia elaboró e impuso desde fuera un modelo jerarquizado de diferenciación -y esa instancia no la componían los productores mismos.

Un portavoz bolchevique⁷⁹ describió la situación tal y como la veían los que estaban ahora en el poder. «En vez de una normalización rápida de la producción y la distribución, en vez de medidas que condujeran hacia una organización socialista de la sociedad, nos encontrábamos ante una práctica que recordaba los sueños anarquistas de comunas productivas autónomas.» Y Pankratova se expresa más claramente aún: «Durante la época de transición había que aceptar los aspectos negativos del control obrero, que no era más que un medio de lucha contra la resistencia del capital. Pero cuando el poder pasó a manos del proletariado [o sea a manos del Partido, M.B.], la política de los Comités de fábrica que actuaban como si las fábricas fueran propiedad suya se convirtió en una política antiproletaria [...]»⁸⁰

Pero la mayor parte de los obreros no comprendían esas sutilezas. Se tomaban muy en serio la propaganda bolchevique sobre el control obrero, y no veían en él, como Pankratova, «algo transitorio» o «una etapa hacia otros métodos de normalización de la vida económica»⁸¹. Para ellos, no se trataba simplemente de un medio para luchar contra el sabotaje económico de la clase dominante, ni de una consigna táctica correcta, designada por un comité como «apropiada» a una etapa dada del «desarrollo de la revolución». Para las masas, el «control obrero» era la expresión de sus más profundas aspiraciones. ¿Quién mandaría en la fábrica? Sentían intuitivamente que quien dirigiera la producción dirigiría todos los aspectos de la vida social. Pero no sentían esa diferencia sutil entre «control» y «gestión», de la que la mayor parte de los bolcheviques eran perfectamente conscientes⁸². El malentendido tuvo más tarde consecuencias sangrientas.

El decreto sobre el Control obrero de noviembre de 1917 parecía consagrar oficialmente el impulso de la clase obrera hacia el dominio total de sus condiciones de existencia. Un periódico de los metalúrgicos escribía que «la clase obrera, por su propia naturaleza [...] debería ocupar el primer puesto tanto en la producción como, sobre todo, en su organización [...] Toda producción, en el futuro, deberá [...] reflejar la voluntad y el pensamiento del proletariado»⁸³. Mientras que antes de octubre el control obrero había

⁷⁹ I.I. Stepanov-Skvortsov: *Ot rabochego kontrolya k rabochemu upravleniyu* [Del control obrero a la gestión obrera], Moscú, 1918.

⁸⁰ A. Pankratova: Op. cit., p. 54.

⁸¹ Ibid., p. 54.

⁸² Al contrario de tantos anarquistas de hoy en día, a la mayor parte de los anarquistas de la época tampoco se les escapaba la diferencia. Volín (Op. cit., p. 77) escribe: «Los anarquistas rechazaban la consigna vaga y nebulosa del «control de la producción». «Eran partidarios de la expropiación -paulatina pero sin intermediarios- de la industria privada por organismos de producción colectiva.»

⁸³ N. Filippov: «Ob organizatsii proizvodstva» [Sobre la organización de la producción], *Vestnik metallista*

tomado en la mayor parte de los casos una forma pasiva, de vigilancia, los comités obreros empezaron a asumir un papel cada vez más importante en la dirección general de numerosas empresas. «Durante varios meses después de la revolución -escribe Avrich- la clase obrera rusa gozó de un grado de libertad y de un sentimiento de poder probablemente único en su historia.»⁸⁴

Desgraciadamente, disponemos de pocas informaciones detalladas sobre este periodo sumamente interesante. Los datos de los que se dispone provienen en la mayor parte de los casos de fuentes (burguesas o burocráticas) fundamentalmente hostiles a la idea misma de la gestión obrera, y que sólo se ocupan de intentar probar su «ineficacia» o su carácter «impracticable». Existe un relato interesante de lo ocurrido en la refinería de petróleo Nobel⁸⁵, que ilustra tanto la tendencia fundamental de la clase obrera hacia la autogestión como la hostilidad con la que se enfrentaba en los círculos del Partido. Conoceremos sin duda alguna más tarde otros casos.

28 de noviembre

Mitin del «Congreso panruso del Control obrero» que acababa de ser creado por decreto.

Volvieron a salir a la luz los desacuerdos anteriores⁸⁶. Larín, representante de la fracción bolchevique de los sindicatos, afirmó que «los sindicatos representan los intereses de la clase en su conjunto, mientras que los Comités de fábrica representan intereses particulares. Habría pues que subordinar los Comités de fábrica a los sindicatos. Zhitov, portavoz del movimiento de los Comités de fábrica, declaró: «En los comités elaboramos reglas que vienen de la base, tratando de ver como pueden ser aplicadas a la industria en su conjunto. Son reglas que vienen del taller, de la vida misma. Son las únicas reglas que pueden tener verdadero sentido. Muestran de qué son capaces los Comités de fábrica, y deberían por lo tanto venir en cabeza en las discusiones sobre el control obrero.» Los comités sentían que «el control es la tarea del comité de cada empresa. Los comités de cada ciudad deberían reunirse [...] y establecer después una coordinación a escala regional».

La creación del Consejo panruso del Control obrero por los bolcheviques era un intento claro de suplantar al movimiento de los comités; y el intento fue en parte eficaz. La agitación de los Comités de fábrica continuó, pero su voz, sofocada por métodos administrativos, sólo encontraba un débil eco en el propio Consejo panruso, controlado por gente nombrada por el partido. En enero de 1918, Riazanov declaró que el organismo se había reunido una sola vez (y, en mayo de 1918, que de hecho nunca llegó a reunirse). «Según otras fuentes, «intentó reunirse», pero no se obtuvo el quórum.»⁸⁷ Lo cierto en cualquier caso es que nunca funcionó realmente. Es difícil decidir si la causa principal la constituyó el boicot y la obstrucción sistemáticos de los bolcheviques, la incompreensión de los revolucionarios no bolcheviques ante lo que estaba de hecho ocurriendo, o si se debía a la auténtica debilidad del movimiento, incapaz de quitarse la «camisa de fuerza» burocrática que se le estaba poniendo poco a poco. Lo más probable es que los tres factores desempeñaron un papel.

28 de noviembre

Decreto de disolución del Soviet del Almirantazgo⁸⁸.

5 de diciembre

Decreto anunciando⁸⁹ la creación de un Consejo supremo de la Economía (Vesenka), encargado de «un plan para la organización de la vida económica del país y de los recursos financieros del gobierno». La Vesenka debía «dirigir hacia un objetivo común» las actividades de todas las autoridades económicas existentes, centrales y locales, incluido el Consejo panruso del Control obrero⁹⁰. La Vesenka estaría «adscrita al Consejo de Comisarios del pueblo» (que estaba enteramente compuesto por miembros del Partido bolchevique).

La composición de la Vesenka era bastante instructiva. Había unos pocos miembros del Consejo panruso

[El Heraldo de los Metalúrgicos], enero de 1918, p. 40, 43.

⁸⁴ P. Avrich: *The Russian Anarchists*, Princeton, 1967, p. 162.

⁸⁵ Volín: *Nineteen-Seventeen*, Freedom Press, 1954, p. 139145 [edición original francesa, *La révolution inconnue, 1917-1921*, París, 1947]. Las páginas que corresponden a experiencias personales en la obra de Volín son muy interesantes.

⁸⁶ Véase D.L. Limon: *Op. cit.*, p. 74.

⁸⁷ E.H. Can: *Op. cit.*, II, p. 75, n. 3.

⁸⁸ *Sobraniye Uzakonenii 1917-1918*, nº 4, art. 58.

⁸⁹ *Ibid.*, nº 5, art. 83.

⁹⁰ *Natsionalizatsiya promishlennosti v SSSR: sbornik dokumentov i materialov, 1917-1920 gg* [La nacionalización de la industria en la URSS: documentos y fuentes], Moscú, 1954, p. 499.

del Control obrero (una concesión muy indirecta a los Comités de fábrica), una masa de representantes de todos los nuevos comisariados, y buen número de expertos, nombrados desde arriba con atribuciones «consultivas». La Vesenka tendría una estructura doble: a) los «centros» (Glavki), destinados a ocuparse de los diversos sectores de industria, y b) los órganos regionales el «Consejo local de la Economía nacional» (Sovnarjozi).

Al principio los bolcheviques «de izquierda» obtuvieron una mayoría en los puestos de dirección de la Vesenka. El primer presidente fue Osinski, y en el buró director se encontraban Bujarin, Larín, Sokolnikov, Miliutin, Lomov y Shmidt⁹¹. A pesar de su dirección «de izquierda», el nuevo organismo «absorbió» al Consejo panruso del Control obrero antes de que éste hubiera siquiera empezado a funcionar. Los bolcheviques admitieron abiertamente que se trataba de un paso hacia la «estatización» (ogosudarstvleniye) de la autoridad económica. El resultado final de la instalación de la Vesenka fue sofocar un poco más la voz de los Comités de fábrica. Como diría Lenin pocas semanas después: «Hemos pasado del control obrero a la creación del Consejo supremo de la Economía nacional.»⁹² La función de ese Consejo era claramente, como escribe Carr «reemplazar, absorber y sustituir el aparato del Control obrero»⁹³. Empieza ahora a esbozarse un proceso cuyo desarrollo intentaremos describir minuciosamente en este texto. Es el proceso que va, en cuatro años apenas, del tremendo estallido del movimiento de los Comités de fábrica (un movimiento que intentaba, implícita y explícitamente, modificar las relaciones de producción) al dominio indiscutible de una instancia monolítica y burocrática (el partido) sobre todos los aspectos de la vida económica y política. Como el fundamento de esa instancia no se encontraba en la producción, su gobierno no podía más que concretizar la limitación continua de la autoridad de los obreros en el proceso productivo. Y eso implicaba necesariamente la perpetuación de las relaciones jerárquicas en la producción misma -y la perpetuación por lo tanto de la sociedad de clases.

La primera etapa del proceso fue la subordinación de los Comités de fábrica al Consejo panruso del Control obrero en el que los sindicatos (que estaban ya estrechamente sometidos a la influencia del partido) estaban sobreabundantemente representados. La segunda fase -que siguió casi inmediatamente a la primera- fue la incorporación de ese Consejo panruso del Control obrero a la Vesenka, que era más favorable aún a los sindicatos, y en la que había además representantes directos del Estado (o sea del partido). Se permitió durante un tiempo que la Vesenka conservara un leadership comunista de «izquierda». Algo más tarde, se expulsó a los elementos de «izquierda». Vino entonces una intensa campaña destinada a destruir el poder de los sindicatos que, aún de modo muy indirecto y deformado, estaban todavía sometidos a la influencia de la clase obrera; destruir sobre todo el poder que guardaban todavía los sindicatos en la producción, y sustituirlo por la autoridad de elementos nombrados directamente por el partido. Y estos, managers y administradores, se convirtieron gradualmente en una de las bases de la nueva burocracia.

Cada uno de esos pasos encontró resistencia -pero fue inútil. Cada vez, el adversario se presentaba con las trazas del nuevo poder «proletario». Y cada derrota hacía más y más difícil la gestión directa de la producción por la clase obrera, o sea la modificación fundamental de las relaciones de producción. Mientras esas relaciones de producción no hayan sido modificadas, no puede juzgarse que una revolución haya alcanzado realmente su objetivo socialista, digan lo que digan sus dirigentes ésa es la verdadera lección de la Revolución rusa.

El problema puede ser considerado desde otro punto de vista. La creación de la Vesenka representa una fusión parcial -en una posición de autoridad económica- de funcionarios sindicales, hombres de confianza del partido y «expertos» nombrados por el «Estado obrero». Pero no se trata de tres categorías sociales que «representaban a los obreros», sino de tres categorías sociales que asumían ya funciones de gestión -o sea que estaban ya en una posición de dominio frente a los obreros en la producción. Debido a su propia historia anterior, cada uno de esos grupos estaba ya, por diferentes razones, bastante separado de la clase obrera. Su fusión aumentó esa distancia. El resultado fue que a partir de 1918, el nuevo Estado (aun cuando se le diera oficialmente el nombre de «Estado obrero» o de «república soviética»- y a pesar de que la masa de la clase obrera le apoyara plenamente durante la guerra civil) no era de hecho una institución dirigida por la clase obrera⁹⁴.

Si se sabe leer entre líneas (y no dejarse cegar por palabras como «Estado obrero» y «perspectiva socialista», que lo único que reflejaban es la falsa conciencia que reinaba en aquella época), la versión de

⁹¹ E.H. Carr: Op. cit., p. 80.

⁹² V.I. Lenin: Sochineniya, XXII, p. 215.

⁹³ E.H. Carr: Op. cit., II, p. 80.

⁹⁴ No intentamos, como hacen tantos anarquistas, oponer «movimiento de las masas» y «dictadura del Estado», sino comprender cuál era la forma específica de las nuevas relaciones de autoridad que aparecieron en ese momento histórico particular.

Pankratova sobre lo que estaba en juego en la formación de la Vesenka es bastante aleccionadora: «Necesitábamos una forma de organización más eficaz que el Comité de fábrica, y un instrumento más flexible que el control obrero. Había que ligar la gestión de la nueva fábrica al principio de un plan económico único en función de las perspectivas socialistas generales del joven Estado proletario [...] A los Comités de fábrica les faltaba experiencia y conocimientos técnicos [...] [L]as tareas económicas inmensas del periodo de transición hacia el socialismo exigían la creación de un centro universal que normalizara toda la economía nacional a escala del Estado. El proletariado comprendió esa necesidad [parece difícil ir más lejos que Pankratova en la confusión de deseos y realidades, M.B.] y, liberando de sus mandatos a los Comités de fábrica, que ya no estaban a la altura de las nuevas exigencias económicas, delegó sus poderes a los órganos recién creados, al Consejo de la Economía nacional.» Y concluye afirmando enérgicamente que «los Comités de fábrica de Petrogrado, que habían proclamado la necesidad del control obrero en la primera Conferencia de mayo de 1917, fueron unánimes en enterrarle durante la sexta Conferencia»⁹⁵.

Los acontecimientos ulteriores mostraron que aun cuando éstos fueran los objetivos y las perspectivas de la dirección del partido, distaban mucho de haber sido aceptados por la base del partido -por no hablar ya de las masas «en cuyo nombre» el partido había empezado ya a atribuirse el derecho de hablar.

Principios de diciembre

Publicación de *El Estado y la Revolución* de Lenin (escrito unos meses antes). En esa obra teórica esencial, se discute poco del control obrero, y, desde luego, no se identifica al socialismo con la «gestión obrera de la producción». Lenin habla en términos más bien abstractos de una «inmediata implantación de un sistema en el que todos desempeñen funciones de control y de inspección y todos sean «burócratas» durante algún tiempo, para que de ese modo, nadie pueda convertirse en «burócrata».» Eso formaba parte de la retórica libertaria del bolchevismo de 1917. Pero Lenin, como de costumbre, no perdía la cabeza. Y explicaba de qué se trataba en la práctica. El desarrollo del capitalismo crea las «premisas económicas» que hacen que sea «perfectamente posible pasar en seguida, de la noche a la mañana, después *de* derrocar a los capitalistas y a los burócratas, a sustituirlos por los obreros armados, por todo el pueblo armado, en la obra de controlar la producción y la distribución, en la obra de computar el trabajo y los productos». «El capitalismo ha simplificado hasta el extremo la contabilidad y *el* control de ésta, reduciéndolos a operaciones extraordinariamente simples de inspección y anotación, accesibles a cualquiera que sepa leer y escribir, conozca las cuatro reglas aritméticas y sepa extender los recibos correspondientes.»⁹⁶ No hay alusión alguna al problema de saber quién tomará la iniciativa de las decisiones que las masas podrán entonces «controlar» y «computar». En *El Estado y la Revolución* se encuentra además una frase interesante «Nosotros queremos la revolución con hombres como los de hoy, con hombres que no puedan arreglárselas sin subordinación, sin control, sin «inspectores y contables.»»⁹⁷

El año 1917 fue testigo de una gigantesca conmoción social. Pero era absurdo y utópico creer, como lo implica la frase de Lenin, que sería posible realizar el socialismo a menos que lo comprendiera y lo deseara una proporción importante de la población. La construcción del socialismo (al contrario del desarrollo del capitalismo, que puede ser abandonado a las fuerzas del mercado) sólo puede ser un acto colectivo y consciente de la inmensa mayoría.

Diciembre

El Consejo central de los Comités de fábrica de Petrogrado publica el famoso Manual práctico para la realización del control obrero. Los miembros del partido comprobaron con intenso desagrado que fue ampliamente distribuido en los suburbios de Petrogrado.

El principal interés de ese folleto consiste en que se ocupa de cómo podría transformarse rápidamente el «control obrero» en «gestión obrera». Ni a ojos de Lenin, ni a los de los autores (a pesar del título), había la menor confusión entre «control» y «gestión». Lenin era partidario del «control obrero», pero su actitud hacia la gestión obrera, después de la revolución, consistió en tachar los intentos que pudo haber de «prematurados», «utópicos», «anarquistas», «nocivos», «intolerables», etc. (y sería trágico que el a-historicismo y la fobia anti-teórica de tantos elementos del movimiento libertario de hoy en día permita que los nuevos militantes caigan en viejas trampas, o les conduzca a actitudes que en el mejor de los casos no llevan a ninguna parte -y en el peor de ellos al umbral de las mismas derrotas que ayer).

El Manual hace un cierto número de sugerencias concretas a los Comités de fábrica. Cada comité debería formar cuatro comisiones «autorizadas a invitar a técnicos escogidos en el personal, con voz consultiva»

⁹⁵ A. Pankratova: Op. cit., p. 59.

⁹⁶ V.I. Lenin: «El Estado y la Revolución», OE, 2, p. 373 y 380.

⁹⁷ Ibid., p. 332.

(véase lo que hay que pensar de la tan difundida calumnia según la cual los comités no estaban dispuestos a asociar a los técnicos o especialistas a su trabajo).

Las funciones de las cuatro comisiones serían: a) la organización de la producción; b) la desmovilización (reconversión de la producción de guerra); c) aprovisionamiento en materias primas; d) aprovisionamiento en combustible. Cada proposición está elaborada de modo detallado. Se insistía en que el «control obrero» no es solamente un asunto de contabilidad de las existencias en materias primas y combustible (véase Lenin: «El socialismo es hacer inventarios; cuando os ocupáis de contabilizar lingotes de hierro o retales: eso es socialismo.»)⁹⁸, sino que está íntimamente ligado a la transformación de esas materias primas en la fábrica -o sea a la totalidad de los procesos de trabajo que culminan en un producto acabado.

Había que confiar a la «comisión de la producción» la tarea de establecer las conexiones necesarias entre las diferentes secciones de la fábrica, vigilar el estado de la maquinaria, dar a conocer y arreglar los diferentes defectos de instalación en la fábrica o el taller, determinar los coeficientes de explotación en cada sección, decidir el número óptimo de secciones, y de obreros por sección, calcular la amortización de máquinas y edificios, fijar los ingresos (del administrador hasta los obreros y empleados), y ocuparse de los aspectos financieros de la empresa. Los autores del Manual anuncian que intentan agrupar a los Comités de fábrica en Federaciones regionales, y éstas a su vez en una Federación panrusa. Y para estar seguros de que no hay malentendido subrayan que «el control obrero de la industria, en tanto que parte del control de la totalidad de la vida económica, no debe ser considerado en un sentido estrecho de revisión o reforma, sino en el más amplio posible de injerencia en los asuntos de la fábrica [...] El control supone la participación en la gestión de la producción».

En la práctica, la realización del control obrero tomó formas diversas en las diferentes partes de Rusia, parcialmente determinadas por las condiciones locales, pero ante todo por el grado de resistencia de los diferentes sectores del patronato. En algunos lugares los patronos fueron expropiados inmediatamente, «desde abajo». En otros casos, se les sometió a un «control» de tipo «vigilancia», ejercido por los Comités de fábrica. No existía ningún modelo predeterminado. Se discutió al principio de modo acalorado sobre las diversas actitudes y experimentos. Esas discusiones no eran, como se alegó más tarde, una pérdida de tiempo. Eran consideradas como algo esencial por todos los que pensaban que el progreso hacia el socialismo sólo podía venir de la auto-emancipación de la clase obrera. Desgraciadamente, las discusiones acabaron pronto.

13 de diciembre

Las Izvestias publican las Instrucciones generales sobre el control obrero establecidas según el decreto del 14 de noviembre. Pronto se llamó «Anti-Manual» al documento, que representa la expresión más elaborada del punto de vista leninista⁹⁹.

Los cuatro primeros apartados se ocupan de la organización del control obrero en las fábricas, y de la elección de comisiones de control. Los cinco apartados de la segunda parte establecen las obligaciones y los derechos de esas comisiones, insistiendo en los derechos y funciones respectivos de la comisión y de los directores-propietarios. El apartado 5 subraya que, en la medida en que desempeñan las comisiones un papel real en la dirección de las empresas, debe limitarse ese papel a verificar que se cumple con las decisiones de las instancias del gobierno central «encargadas de modo específico de la regulación de la actividad económica a escala nacional». El apartado 7 señala que «el derecho de dar órdenes relacionadas con la gestión de la empresa y con su funcionamiento pertenece exclusivamente al propietario. La comisión de control no debe participar en la gestión de la empresa, ni asumir responsabilidad alguna en su funcionamiento. Esa responsabilidad debe seguir asumiéndola el propietario».

El apartado 8 especifica que las comisiones no deben ocuparse de los asuntos financieros de la empresa, ya que tales asuntos han de ser resueltos por las instituciones gubernativas centrales. El apartado 9 condena expresamente a los comités que se apoderan de las empresas y de su dirección. Se les permite sin embargo «presentar una demanda en ese sentido ante las instituciones centrales del gobierno, por intermedio de los órganos superiores del control obrero». La sección 14 pone por fin claramente por escrito lo que los líderes bolcheviques habían estado preparando discretamente desde hacía varias semanas. Había que hacer fusionar a los Comités de fábrica con el aparato sindical hasta a nivel local. «La comisión de control de cada empresa constituye el órgano ejecutivo de la comisión de control de distribución de la unión

⁹⁸ Discurso del 4 de noviembre de 1917 ante el Soviet de Obreros y Soldados de Petrogrado.

⁹⁹ Habría que traducir algún día tanto el «Manual» como el «Anti-Manual». Para tener una idea de lo que contienen, puede consultarse el interesante artículo de D.L. Limon en el n° 4 (diciembre de 1967) de la revista *Autogestion*, aun cuando el artículo (publicado por vez primera en 1946 en la *Revue Internationale de Bettelheim, Martinet y Naville*) se convierta a veces en una apología «refinada» de la política leninista.

sindical profesional del ramo de industria al que pertenece, y tiene la obligación de hacer que su actividad concuerde con las decisiones de la unión sindical.»

El hecho de que esas «instrucciones generales» fueran publicadas durante la quincena que siguió la creación de la Vesenka muestra claramente cuáles eran los elementos directores del pensamiento de Lenin y de sus colaboradores en aquel momento. Quizá «tenían razón». Quizá se «equivocaban» (la respuesta depende de lo que cada uno piense sobre el tipo de sociedad que estaban tratando de edificar). Pero lo ridículo es pretender -como tantos «leninistas» de hoy en día- que en 1917 los bolcheviques eran partidarios sinceros del control completo, total y directo de los trabajadores sobre las fábricas, las minas, y todas las otras empresas en las que trabajaban -o sea partidarios de la autogestión obrera.

20 de diciembre

El periódico oficial de los sindicatos, Professional' ni Vestnik [Heraldo Sindical] publicó una «Resolución sobre los Sindicatos y los Partidos políticos». «Aunque no vayan por eso a convertirse en órganos independientes de lucha política, en partidos políticos independientes o apéndices de un partido, los sindicatos no pueden permanecer indiferentes ante los problemas que plantea la lucha política del proletariado.» Después de algunas banalidades más de tipo general, la resolución abandona esas alturas. «Cuando unen su destino al de un partido político de modo organizativo, los sindicatos, en tanto que organizaciones de lucha del proletariado, deben apoyar las consignas y las tácticas políticas del partido proletario que en un momento dado permite más rápidamente que otros la solución de las tareas históricas que [...]», etc., etc.

En el mismo número del periódico se encontraba un artículo del bolchevique Lozovski que protestaba contra la política bolchevique de liquidación violenta de las huelgas obreras contra el nuevo gobierno. «La tarea de los sindicatos y del poder soviético es la de aislar a los elementos burgueses que dirigen las huelgas y el sabotaje, pero no podemos conseguir aislarles de modo simplemente mecánico, con detenciones, envíos al frente o supresión de las cartillas de racionamiento.» «La censura previa, la destrucción de periódicos, la aniquilación de la libertad de agitación de partidos socialistas o democráticos, son medidas que nos parecen absolutamente inadmisibles.» La prohibición de periódicos, la violencia contra huelguistas, etc., era sal sobre llagas abiertas. Había demasiados recuerdos recientes de actos de ese tipo en la memoria de los trabajadores rusos, y las analogías que despertaban hubieran podido resultar mortales para el poder soviético.

Que un miembro dirigente del partido tuviera que utilizar ese lenguaje es un indicio claro respecto a la amplitud del fenómeno. Se trataba, con frecuencia cada vez mayor, del método que utilizaba el partido para intentar resolver sus divergencias no sólo con la oposición burguesa, sino con los que se oponían a él de modo más definido en el seno del propio movimiento obrero. El suprimir los cupones de alimentación significaba privar a las víctimas del derecho legal a raciones -o sea del derecho de comer. Los individuos privados de cupones se veían obligados a obtener su comida en el mercado negro, o utilizando cualquier otro medio ilegal. Estos «crímenes contra el Estado» podían ser entonces utilizados como un medio legal para «neutralizarles». Y en ese ambiente -relaciones entre el partido, los sindicatos y las masas que no seguían al partido (el eufemismo «elementos burgueses» se solía referir a ellas)- se desarrolló la gran discusión de enero de 1918.

23 de diciembre

Decreto creando una red de Consejos regionales de Economía nacional (Sovnarjozi) controlados por la Vesenka.

«Cada Sovnarjoz regional sería una réplica en miniatura de la Vesenka. Estaría dividido en 14 secciones para los diferentes ramos de producción e incluiría a representantes de las instituciones y organizaciones locales [...]» Cada Sovnarjoz podría crear «unidades más pequeñas que incorporaran a los órganos correspondientes de control obrero, si éstos existían». «Lo que había sido creado era un departamento económico central con oficinas locales.»¹⁰⁰

¹⁰⁰ E.H. Carr: Op. cit., II, p. 82-83.

1918

6 de enero

Disolución de la Asamblea constituyente. El destacamento que dispersó a la Asamblea lo dirigía Zhelezniakov, un marino anarquista de Cronstadt convertido en comandante de la guardia del Palacio de Tauride, que expulsó al presidente de la Asamblea, Víctor Chernov, declarando bruscamente : «La guardia está cansada.»¹⁰¹

7-14 de enero Primer Congreso panruso de los Sindicatos en Petrogrado

Hubo dos temas dominantes durante el Congreso. ¿Qué relaciones habría entre los Comités de fábrica y los sindicatos? Y ¿qué relaciones habría entre los sindicatos y el nuevo Estado ruso? No hubo muchos delegados que sintieran en aquel momento la estrecha relación entre los dos problemas; y menos aún que comprendieran que una respuesta a la primera pregunta a favor de los sindicatos, y de la segunda a favor del nuevo «Estado obrero» no tardaría en castrar a los comités, y representaría de hecho un golpe irreparable contra la naturaleza proletaria del régimen.

Los argumentos que se escucharon en el Congreso estaban ligados a asuntos de la mayor importancia, y hay que examinarlos atentamente. Lo que estaba en juego era el futuro de la clase obrera rusa durante varias décadas.

Para el sindicalista bolchevique Lozovski, «los Comités de fábrica seguían haciendo lo que querían, ya que, tres meses después de la revolución, eran independientes en buena medida de los órganos de control»¹⁰². Maiski, que era todavía menchevique, declaró que a su entender, «no sólo una fracción del proletariado, sino hasta la mayoría de los proletarios, sobre todo en Petrogrado, veían en el control obrero una especie de inauguración del reino (tsarstvo) del socialismo»; y se lamentó de que, para los obreros, «la idea del socialismo la encarnara el concepto de control obrero»¹⁰³. Otro delegado menchevique deploró que «cayera una ola de anarquismo sobre nuestro movimiento obrero ruso a la sombra de los Comités de fábrica y del control obrero»¹⁰⁴. D.B. Riazanov¹⁰⁵, que acababa de pasar al bolchevismo, estuvo de acuerdo con los bolcheviques sobre ese punto, y exhortó a los Comités de fábrica a que «se suicidaran y se convirtieran íntegramente en elementos de la estructura sindical»¹⁰⁶.

Los pocos delegados anarcosindicalistas del Congreso «lucharon desesperadamente para salvaguardar la autonomía de los comités [...] Maximov¹⁰⁷ declaró que él y sus camaradas eran «mejores marxistas» que los mencheviques o los bolcheviques -declaración que provocó gran agitación en la sala»¹⁰⁸. Maximov pensaba sin duda alguna en una frase de Marx: la emancipación de los trabajadores será la obra de los trabajadores mismos¹⁰⁹.

¹⁰¹ P. Avrich: **Op. cit.**, p. 156 (que cita varias fuentes secundarias más).

¹⁰² **Pervy vserossüski s'yezd professionalnikh soyuzov, 7-14 yanvarla 1918 g** [Primer Congreso panruso de los Sindicatos, del 7 al 14 de enero de 1918], Moscú, 1918, p. 193. (De ahora en adelante, **Primer Congreso Sindical.**)

¹⁰³ **Ibid.**, p. 212.

¹⁰⁴ **Ibid.**, p. 48.

¹⁰⁵ D.B. Riazanov, investigador marxista conocido sobre todo como historiógrafo de la Asociación Internacional de Trabajadores (la primera Internacional), fue después fundador del Instituto Marx-Engels de Moscú, y publicó una biografía de Marx y Engels.

¹⁰⁶ **Primer Congreso Sindical**, p. 235.

¹⁰⁷ Gregori Petrovich Maximov nació en 1893. Estudió agronomía en Petrogrado hasta 1915, y se unió al movimiento revolucionario siendo estudiante. Entró en el Ejército rojo en 1918. Cuando los bolcheviques utilizaron al ejército en tareas policíacas y para desarmar a los obreros se negó a obedecer y fue condenado a muerte. La solidaridad del sindicato de metalúrgicos le salvó la vida.

Maximov dirigió las revistas anarcosindicalistas **Golos Truda** [Voz del Trabajo] y **Nov! Golos Truda**. Fue arrestado el 8 de marzo de 1921, durante la insurrección de Cronstadt, y liberado más de un año más tarde después de una huelga del hambre, pero únicamente gracias a la intervención de delegados europeos del Congreso de la Internacional Sindical Roja. En el exilio, Maximov dirigió Rabotchi **Put** [El Camino del Trabajo] en Berlín. Fue más tarde a París y se instaló finalmente en Chicago. Murió en 1950. Autor de diversas obras sobre el anarquismo y el terror bolchevique (**The Guillotine at Work, 1940**).

¹⁰⁸ P. Avrich: **Op. cit.**, p. 168.

¹⁰⁹ Vale la pena señalar que un «marxista» de la categoría de Rosa Luxemburgo llegó a declarar, en el Congreso de fundación del Partido Comunista alemán (enero de 1917), que los sindicatos estaban destinados a desaparecer y a ser sustituidos por Consejos de diputados obreros y campesinos y por Comités de **fábrica (Bericht über die Verhandlung des**

Maximov pidió a los delegados que recordaran «que los Comités de fábrica, organizaciones introducidas directamente por la vida misma en el curso de la revolución, eran las organizaciones que estaban más cerca de la clase obrera, mucho más cerca que los sindicatos»¹¹⁰. La función de los comités ya no podía ser la de proteger y mejorar la situación de los obreros. Lo que tenían que hacer era tratar de obtener una posición predominante en la industria y en la economía. «En tanto que hijos de la revolución, los comités crearían una producción nueva sobre bases nuevas.»¹¹¹ Los sindicatos «que correspondían a las antiguas relaciones económicas de la época zarista, pertenecían a otra época y no podrían asumir esa tarea»¹¹². Maximov preveía «un gran conflicto entre el poder de Estado en el centro y las organizaciones compuestas exclusivamente de obreros en las localidades»¹¹³. «El objetivo del proletariado era coordinar todas las actividades, todos los asuntos de interés local, crear un centro, pero no un centro de decretos y mandatos, sino un centro de coordinación, de orientación -y sólo un centro de ese género podía organizar la vida industrial del país.»¹¹⁴

Hablando en nombre de los Comités de fábrica, un obrero de la base, Belusov, atacó virulentamente a los líderes del partido, que criticaban continuamente a los comités, so pretexto que éstos no actuaban «de acuerdo con reglas y reglamentos», pero que eran incapaces de presentar un plan por su cuenta. Lo único que hacían era hablar. «Todo eso paralizará el trabajo local. ¿Vamos a tener que seguir actuando en un plano local, esperando y sin hacer nada Sólo así conseguiríamos no cometer errores? Los únicos que no cometen errores son los que no hacen nada.» La solución a la desintegración de la economía rusa era aplicar un verdadero control obrero. «La única solución que les queda a los obreros es apoderarse de las fábricas y dirigirlas.»¹¹⁵ «La animación en el Congreso llegó a un paroxismo -escribe Paul Avrich, el historiador del anarquismo ruso- cuando Bill Chatov¹¹⁶ llamó a los sindicatos «cadáveres ambulantes», y pidió que la clase obrera «se organizara localmente y creara una Rusia nueva y libre, sin Dios, sin Zar, y sin jefecillos sindicales.» Cuando Riazanov protestó contra el desprecio con el que Chatov hablaba de los sindicatos, Maximov se alzó en defensa de su camarada, rechazando las objeciones de Riazanov como las de un intelectual de manos blancas que nunca había trabajado, sudado, y sentido lo que era la vida. Otro delegado anarcosindicalista, llamado Laptev, recordó a la asamblea que la revolución la habían hecho «no sólo los intelectuales, sino también las masas»; era pues absolutamente necesario que en Rusia «se escuchara la voz de los trabajadores, la voz de los de abajo»¹¹⁷.

La resolución anarcosindicalista, que pedía «un verdadero control obrero, y no un control obrero estatal», y «que la organización de la producción, de los transportes y de la distribución pasara inmediatamente a manos de los propios trabajadores y no a manos del Estado o de un aparato de funcionarios compuesto por cualquier especie de enemigos de clase», fue rechazada. Los anarcosindicalistas, cuya fuerza principal se encontraba entre los mineros del distrito de Debaltzev en la cuenca del Don, entre los obreros portuarios y los del cemento de Ekaterinodar y Novorossiysk y entre los tranviarios de Moscú, tenían 25 delegados en el Congreso (un delegado por 3.000 o 3.500 miembros)¹¹⁸.

El nuevo gobierno no quería ni oír hablar de una extensión del poder de los comités. Veía claramente en los sindicatos una fuerza «más estable» y «menos anarquizante» (o sea más fácil de controlar desde arriba), a la que podía conceder por el momento funciones administrativas en la industria. Los bolcheviques pidieron pues que «las organizaciones sindicales, organizaciones de clase del proletariado sobre una base industrial, asumieran la tarea esencial de la organización de la producción y de la restauración de las fuerzas productivas, tan debilitadas, del país»¹¹⁹. (Ulteriormente, los bolcheviques iban a luchar con uñas y dientes para arrebatar esas funciones a los sindicatos y ponerlas sin restricción alguna en manos de gente

Gründungsparteitages der KPD (1919), p. 16, 80).

¹¹⁰ **Primer Congreso Sindical**, p. 85.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 239.

¹¹² *Ibid.*, p. 215.

¹¹³ *Ibid.*, p. 85.

¹¹⁴ ***Ibid.***, p. 85.

¹¹⁵ ***Ibid.***, p. 221.

¹¹⁶ Vladimir Chatov, nacido en Rusia, emigró al Canadá y a los Estados Unidos. Reeditó clandestinamente en 1914 100000 ejemplares de un conocido folleto de Margaret Sanger sobre el control de nacimientos, Family Limitation. Trabajó como mecánico, descargador y tipógrafo. Miembro de los International Workers of the World [IWW]. Colaboró más tarde en Golos Truda, el semanario anarcosindicalista órgano de los obreros rusos de los Estados Unidos y del Canadá. Volvió a Petrogrado en julio de 1917 y «trasplantó» Golos Truda a la capital rusa. Fue después miembro del Comité Revolucionario militar de Petrogrado, y oficial del X Ejército rojo. Desempeño un papel importante en 1919, durante la defensa de Petrogrado contra Yudenich. Ministro de Transportes en 1920 en la República soviética de Extremo Oriente. Desaparece durante las «purgas» de 1936-1938.

¹¹⁷ P. Avrich: **Op. cit.**, p. 168-169.

¹¹⁸ G.P. Maximov: **Op. cit.**, p. 12-13.

¹¹⁹ Citado por A.S. Shiapnikov: **Die Russischen Gewerkshafte** [Los sindicatos rusos], Leipzig, 1920.

del partido. De hecho, durante los tres años siguientes se les echó en cara a los líderes bolcheviques esas demandas del partido de enero de 1918. Volveremos después sobre ese asunto).

El Congreso, con su aplastante mayoría bolchevique, votó la transformación de los Comités de fábrica en órganos sindicales¹²⁰. Los delegados mencheviques y socialistas-revolucionarios votaron con los bolcheviques por una resolución que proclamaba que «la centralización del control obrero era asunto de los sindicatos»¹²¹. Se definió al «control obrero» como «el instrumento que permite que el plan económico general se realice localmente»¹²². «Implicaba claramente la idea de normalización en la esfera de la producción.»¹²³ Y era lamentable que los obreros vieran en la expresión algo más que eso. «Pero el que los obreros no comprendan, o interpreten mal lo que es el control obrero no es una razón suficiente para rechazarle.»¹²⁴ Y se especificaba minuciosamente lo que quería decir el «control obrero» para el partido. Significaba, entre otras cosas, que «la función de control financiero no era asunto de los órganos inferiores de control obrero [...] Esta pertenecía a los órganos superiores de control, al aparato general de dirección, al Consejo Supremo de la Economía nacional. Todo lo relativo a las finanzas dependía de los órganos superiores del control obrero»¹²⁵. «Para que el control obrero sea lo más útil para el proletariado, es absolutamente necesario conseguir que no se atomice. No hay que permitir que los obreros de cada empresa individual tomen decisiones finales sobre los asuntos ligados a la existencia de la empresa.»¹²⁶ Había que «reeducar» mucho, y se confiaba esa tarea a las «comisiones de control económico» de los sindicatos. Había que inculcar en las filas de los obreros la concepción bolchevique del control obrero. «Los sindicatos deben examinar todos los decretos de los Comités de fábrica relativos al control, y explicar por medio de sus delegados en las fábricas y talleres que el control de la producción no significa que la empresa pasa a manos de los obreros de tal empresa, que no es el equivalente de la socialización de la producción y del cambio.»¹²⁷ En cuanto se «asimilara» a los comités, los sindicatos serían la instancia intermedia que permitiría que el control obrero se transformara gradualmente en control estatal.

No se trataba de discusiones abstractas. A través de esas discusiones, lo que estaba sobre el tapete era la definición misma del socialismo poder de los trabajadores o poder del partido «en nombre» de la clase obrera. «Si los obreros conseguían seguir poseyendo las fábricas de las que se habían apoderado, si dirigían esas fábricas por cuenta propia, si consideraban que ahí acababa la revolución, y que eso era establecer el socialismo -entonces, no haría ninguna falta la dirección revolucionaria de los bolcheviques.»¹²⁸

El encarnizamiento con el que se discutió del problema de los Comités de fábrica pone de manifiesto otro aspecto del asunto. «Aun cuando los bolcheviques fueran mayoritarios en la primera Conferencia panrusa de los Comités de fábrica -y aun cuando pudieran, en tanto que representantes de los Comités de fábrica, imponer soluciones en la Conferencia- lo que no podían hacer, es que esas resoluciones se aplicaran contra la voluntad de los propios Comités de fábrica [...] Los Comités de fábrica sólo aceptaron la dirección bolchevique mientras no aparecieron divergencias sobre los objetivos.»¹²⁹

El primer Congreso sindical fue también testigo de una acalorada discusión sobre el problema de las relaciones entre los sindicatos y el Estado. Los mencheviques, que pretendían que la revolución sólo podía conducir a una república democrático-burguesa, insistían en la necesidad de que los sindicatos conservaran su autonomía frente al nuevo Estado ruso. Y Maïski decía: «Si el capitalismo sigue intacto, las tareas de los sindicatos bajo el capitalismo siguen siendo las mismas.»¹³⁰ Otros pensaban que el capitalismo volvería a fortalecerse, y que los sindicatos no debían hacer nada que pudiera menguar su poder. Martov presentó un punto de vista más sutil: «En la situación histórica actual el gobierno no puede representar únicamente a la clase obrera. Tiene que ser una administración de facto, ligada a una masa heterogénea de elementos trabajadores, proletarios y no proletarios. Por lo tanto, no puede aplicar una política económica que exprese de modo coherente y abierto los intereses de la clase obrera.»¹³¹ Pero los sindicatos sí podían hacerlo. Los sindicatos deberían conservar por lo tanto una cierta independencia frente al nuevo Estado. Es interesante señalar que en su controversia de 1921 con Trotski -cuando, por cierto, era ya demasiado tarde-, Lenin

¹²⁰ **Primer Congreso Sindical**, p. 374.

¹²¹ *Ibid.*, p. 369-370

¹²² *Ibid.*, p. 369.

¹²³ *Ibid.*, p. 192.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 230.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 195.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 369.

¹²⁷ *Ibid.*, Resolución adoptada, p. 370.

¹²⁸ F. Kaplan: **Op. cit.**, p. 128.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 181.

¹³⁰ **Primer Congreso Sindical**, p. 11.

¹³¹ *Ibid.*, p. 80.

utilizó argumentos muy parecidos, insistiendo en que era necesario que los obreros se defendieran contra «su propio Estado», que no era únicamente un «Estado obrero», sino un «Estado obrero y campesino» -y además, «con deformaciones burocráticas».

El punto de vista bolchevique, apoyado por Lenin y por Trotski y presentado por Zinoviev, era que los sindicatos deberían estar, si no completamente integrados, al menos subordinados al gobierno. La idea de la neutralidad política de los sindicatos fue declarada oficialmente «burguesa», y algo anómalo por consiguiente en un Estado obrero¹³². La resolución que adoptó el Congreso expresaba netamente esas ideas dominantes: «Los sindicatos tienen que cargar con el peso de la organización de la producción y del restablecimiento de las exhaustas fuerzas económicas del país. Sus tareas más urgentes son la participación enérgica en todos los organismos centrales que regulan la producción, la organización del control obrero [sic], el registro y la distribución de la fuerza de trabajo, la organización del intercambio entre la ciudad y el campo [...], la lucha contra el sabotaje, y el obtener que se cumplan las disposiciones sobre el trabajo obligatorio [...] En su desarrollo durante el proceso de la actual revolución socialista, los sindicatos deben convertirse en órganos de poder socialista, y en tanto que tales, deben trabajar coordinando su actividad con la de otros órganos en la aplicación de los nuevos principios, y subordinándola a ellos [...] El Congreso está convencido de que durante ese proceso, por consiguiente, los sindicatos se convertirán inevitablemente en órganos del Estado socialista. La participación en la vida sindical ha de ser, para todos los miembros de la población empleados en la industria, un deber hacia el Estado.»

Los bolcheviques no aceptaban unánimemente el punto de vista de Lenin sobre esos problemas. Si Tomski, su principal portavoz en los asuntos sindicales, aseguraba que «los intereses parciales de grupos de obreros han de quedar subordinados a los intereses de la clase en su conjunto»¹³³ -que, para él como para tantos bolcheviques, eran inseparables de la hegemonía del Partido bolchevique-, Riazanov pretendía que «mientras la revolución que ha comenzado aquí no se haya unido con la revolución social en Europa y en el mundo entero [...], el proletariado ruso [...] debe estar sobre aviso y no renunciar ni a una sola de sus armas [...], debe conservar sus organizaciones sindicales»¹³⁴. Según Zinoviev, lo único que podía significar la «independencia» de los sindicatos bajo un gobierno obrero, era el derecho a apoyar a los saboteadores, y nada más. Lo cual no impidió a Tsiperovich, eminente sindicalista bolchevique, proponer que el Congreso ratificara el derecho de los sindicatos a utilizar la huelga para defender a sus miembros. Se rechazó, sin embargo, una resolución en ese sentido¹³⁵.

Como no es de extrañar, la actitud predominante (tanto hacia los Comités de fábrica como hacia los sindicatos) iba a desempeñar un papel importante en el desarrollo ulterior de los acontecimientos. Y resultó ser un «factor histórico objetivo» al menos tan importante como la «devastación» y la «pulverización de la clase obrera» producidas por la guerra civil (que todavía no había estallado). De hecho, puede afirmarse que las actitudes bolcheviques hacia los Comités de fábrica (y la destrucción de las enormes esperanzas que representaban esos comités para centenares de miles de obreros) contribuyeron a engendrar o fortalecer la apatía y el cinismo de sectores de la clase obrera, y a agravar la deserción del trabajo y la búsqueda de soluciones privadas a problemas sociales -todos esos males de los que los bolcheviques se quejaban tan amargamente. Es esencial sobre todo el insistir en que la política bolchevique hacia los comités y los sindicatos, que hemos expuesto pruebas en mano, fue aplicada doce meses antes del asesinato de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburgo -o sea antes del fracaso irreversible de la Revolución alemana, fracaso que suele utilizarse para «justificar» muchas de las medidas que tomaron los gobernantes rusos.

15-21 de enero

Primer Congreso panruso de Obreros Textiles en Moscú, con una mayoría bolchevique. El Congreso declaró que «el control obrero es sólo una medida de transición hacia la organización planificada de la producción y de la distribución»¹³⁶. El sindicato adoptó nuevos estatutos, que anunciaban que «la célula más pequeña del sindicato es el Comité de fábrica, cuya misión consiste en aplicar, en cada empresa, todas las decisiones del sindicato»¹³⁷. Y hasta hubo quien enseñó los dientes: dirigiéndose al Congreso, Lozovski declaró que «si el «patrioterismo» local de algunas fábricas entra en conflicto con los intereses del proletariado en su conjunto, afirmamos rotundamente que no retrocederemos ante ninguna medida [el

¹³² Ibid., p. 364.

¹³³ Ibid., prefacio.

¹³⁴ Ibid., p. 27. 35. Ibid., p. 367.

¹³⁵ Ibid., p. 367.

¹³⁶ Vsesoyuzni s'yezd professionalnij soyzovov tekstfishchikov i fabrichnij komitetov, Moscú, 1918, p. 8.

¹³⁷ Ibid., p. 5.

subrayado es nuestro, M.B.] para suprimir las tendencias nocivas para los trabajadores»¹³⁸. Es decir que el partido podía imponer su concepción de lo que eran los intereses de la clase obrera, en caso necesario contra los propios obreros.

23-31 de enero

Tercer Congreso panruso de los Soviets.

Febrero

Decreto bolchevique de nacionalización de la tierra.

3 de marzo

Firma del Tratado de Paz de Brest-Litovsk. La Vesenska publica un decreto que define las funciones de la dirección técnica en la industria. Cada centro administrativo nombrará en cada una de las empresas de las que se ocupa a un comisionado (representante del gobierno e inspector) y a dos directores (uno técnico y otro administrativo). El director técnico sólo obedece al comisionado del gobierno o a la «Dirección central» de la industria. (O sea que sólo el «director administrativo» podía ser más o menos controlado desde abajo.)

El decreto estipulaba que «en las empresas nacionalizadas, el control obrero se ejerce al someterse todas las declaraciones y decisiones del Comité de fábrica o de taller, o de la comisión de control, a la aprobación del Consejo administrativo económico». «Los obreros y empleados no deberán constituir más de la mitad de los miembros del Consejo administrativo.»¹³⁹

Durante los primeros meses de 1918, la Vesenska empezó a construir, desde la cúspide, la «administración unificada» de las diversas industrias. El modelo que habían escogido era bastante interesante. En 1915 y 1916 el gobierno zarista había instalado administraciones centrales (llamadas «comités» y a veces «centros») que regían las actividades de las industrias que producían mercancías necesarias directa o indirectamente para la guerra. En 1917 esas administraciones centrales (compuestas generalmente por representantes de la industria interesada, y que ejercían funciones de coordinación de carácter más bien indefinido) abarcaban prácticamente todos los sectores de la producción industrial. Durante la primera mitad de 1918 la Vesenska se apoderó de esas administraciones (o de lo que de ellas había quedado) y las convirtió (con el nombre de glavki -comités directores- o de tsentri -centros-) en órganos administrativos sometidos a la dirección y al control de la Vesenska. El «comité director» de la industria del cuero (Glavkozsh) fue creado en enero de 1918. Aparecieron rápidamente «comités» del papel y azúcar, y «centros» del jabón y del té, que, junto con el Tsentrotekstil, funcionaban ya de modo regular en marzo de 1918. «Difícilmente -escribe Carr- hubieran podido crearse de no haberse utilizado los cimientos prerrevolucionarios, y de no haberse obtenido la colaboración de los equipos de directivos y de técnicos [...] Podía notarse una especie de comunidad de intereses tácita entre el gobierno y los industriales más inteligentes y moderados, en conseguir que se volviera a un cierto orden en la producción.»¹⁴⁰

Esto planteaba un problema teórico bastante interesante. Los «auténticos» marxistas han afirmado frecuentemente que los revolucionarios no deben contentarse con apoderarse de las instituciones políticas de la sociedad burguesa (parlamento, etc.) y utilizarlas por cuenta propia (para instalar el socialismo, por ejemplo). Han asegurado siempre que habría que crear nuevas instituciones políticas (soviets o consejos) que expresaran realmente el poder obrero. Pero han solido ser también bastante discretos sobre otro problema: si podrían eventualmente los revolucionarios «apoderarse» de las instituciones del poder económico burgués y utilizarlas en su provecho -o si esas instituciones deberían ser también destruidas primero, y sustituidas después por un nuevo tipo de institución, que represente un cambio fundamental en las relaciones de producción. Los bolcheviques optaron en 1918 con la mayor claridad posible por la primera solución (véase, por ejemplo, lo dicho el 28 de abril y el 5 de mayo en este texto). Y esa opción hizo que hasta en sus propias filas algunos pensaran que se iba a canalizar todas las energías para «reforzar y desarrollar la capacidad de producción, la construcción orgánica, y que eso implicaba que se renunciara a continuar destruyendo las relaciones de producción capitalistas, y hasta que se las restaurara

¹³⁸ *Ibid.*, p. 30.

¹³⁹ *Sbornik dekretov i postanovlenit po narodnomu, khozyaistvu (1918)*, p. 311-315.

¹⁴⁰ E.H. Carr: *Op. cit.*, p. 86-87.

parcialmente»¹⁴¹.

6-8 de marzo

Séptimo Congreso del partido. Apasionadas discusiones durante este breve Congreso sobre la firma del Tratado de Brest-Litovsk.

14-18 de marzo

Cuarto Congreso panruso de los Soviets

Marzo

Los comunistas «de izquierda» (Osinski, Bujarin, Lomov, Smirnov) se ven obligados a abandonar los puestos de dirección en el Consejo Económico central -debido en parte a su actitud hacia el tratado de Brest-Litovsk-, y son reemplazados por «moderados» como Miliutin y Rikov¹⁴². Se tomaron medidas inmediatamente para reforzar la autoridad de la dirección, restablecer la disciplina del trabajo, e introducir estímulos económicos bajo la vigilancia de las organizaciones sindicales. Pero la situación anterior había probado ya que la presencia de elementos «de izquierda» en altos puestos administrativos no sirve en modo alguno de sustituto al control de la base en la producción.

26 de marzo

Las Izvestias del Comité Ejecutivo central panruso publican un decreto del Consejo de Comisarios del pueblo sobre la «centralización de la dirección de los ferrocarriles». Ese decreto, que acababa con el control obrero en los ferrocarriles, era por lo visto «un requisito absolutamente necesario para obtener una mejora de las condiciones del sistema de transportes»¹⁴³. Insistía en que era urgente instalar una «férrea disciplina de trabajo» y una «dirección individual» en los ferrocarriles, y daba poderes «dictatoriales» a la Comisión de Vías de Comunicación. La cláusula 6 anunciaba que era necesario seleccionar a individuos que actuaran como «directores técnico-administrativos» en todos los centros de ferrocarriles locales, de distrito y regionales. Esos individuos serían «responsables ante el Comisario del pueblo de las Vías de Comunicación», y representarían «la encarnación de la dictadura proletaria en su totalidad en cada centro de ferrocarriles»¹⁴⁴.

30 de marzo

Trotsky, nombrado Comisario de Asuntos militares después de Brest-Litovsk, había empezado rápidamente a reorganizar el Ejército rojo. Se había restablecido la pena de muerte por desobediencia en el combate; y después, gradualmente, el saludo, las fórmulas especiales para dirigirse a los superiores, la habitación separada, y otros privilegios para los oficiales¹⁴⁵. Pronto se prescindió de formas democráticas de organización como la elección de los oficiales. «La elección -escribió Trotsky- no tiene ningún interés político y es técnicamente poco oportuna; y además, ha sido condenada por un decreto.»¹⁴⁶ N.V. Krilenko, uno de los comisarios adjuntos de Asuntos militares nombrados después de la Revolución de octubre, dimitió del Departamento de la Defensa¹⁴⁷ para manifestar su desaprobación ante esas medidas.

3 de abril

El Consejo central de los Sindicatos publicó su primer informe detallado sobre la función de los sindicatos en relación con la «disciplina de trabajo» y los «estímulos».

¹⁴¹ Ibid., II, p. 95.

¹⁴² Ibid., II, p. 91.

¹⁴³ V.I. Lenin: **Selected Works**, vol. VII, notas, p. 505.

¹⁴⁴ **Ibid.**

¹⁴⁵ La literatura trotskista ha denunciado durante años y años esos aspectos reaccionarios del Ejército rojo como ejemplos de lo que le ocurrió «bajo el estalinismo». Pero Smirnov las criticaba ya en el Octavo Congreso del partido, en marzo de 1919.

¹⁴⁶ L. Trotsky: «Trabajo, Disciplina, Orden», Sochineniya, XVII, p. 171-172.

¹⁴⁷ N.V. Krilenko: «Autobiografía» in Dice: Encicl., XLI-1, Apéndice, p. 246.

Los sindicatos debían «consagrar todos sus esfuerzos al aumento de la productividad del trabajo, e instalar por lo tanto en las fábricas y en los talleres los fundamentos de la disciplina del trabajo». Cada sindicato debía establecer una comisión para «fijar las normas de productividad para cada ramo y cada categoría de trabajadores». Se admitía el uso de una variedad de salario por piezas «para aumentar la productividad del trabajo». Se afirmaba que «las primas a la producción por encima de la norma podían ser, dentro de ciertos límites, un método útil de aumentar la productividad sin agotar al trabajador». Por último, si «grupos aislados de obreros se niegan a someterse a la disciplina sindical», podrán ser expulsados en última instancia del sindicato «con todas las consecuencias que acarrea esa medida»¹⁴⁸.

12-13 de abril

Destacamentos armados de la Checa irrumpen en 26 centros anarquistas de Moscú. Lucha entre agentes de la Checa y Guardias negros en el Monasterio de Donkoi. Cincuenta anarquistas muertos o heridos, quinientos prisioneros.

20 de abril

Se discute ahora ampliamente del problema del control obrero en el propio partido. El Comité de distrito de Petrogrado publica el primer número de *Kommunist* (revista teórica de los comunistas «de izquierda», dirigida por Bujarin, Radek y Osinski, a quienes se unió más tarde Smirnov). El número contenía las «Tesis sobre la situación actual», del comité de redacción. La revista denunciaba «una política del trabajo destinada a imponer una disciplina a los obreros so pretexto de «autodisciplina», la introducción del trabajo obligatorio, el salario por piezas y la prolongación de la jornada de trabajo». Declaraba que «la implantación de la disciplina de trabajo con motivo del restablecimiento de la gestión de los capitalistas en la producción no podrá aumentar de manera sustancial la productividad del trabajo». Lo que hará es «disminuir el grado de iniciativa, de actividad y de organización de clase del proletariado. Amenaza con reducir a la esclavitud a la clase obrera, y despertará el descontento tanto de los elementos atrasados como de la vanguardia del proletariado. Para llevar a la práctica este sistema, con el odio reinante en los medios proletarios contra «los saboteadores capitalistas», el Partido Comunista tendría que apoyarse en la pequeña burguesía contra los obreros». Y con ello, «se destruiría a sí mismo en tanto que partido del proletariado».

El primer número de la nueva revista incluía también una seria advertencia de Radek: «Si la Revolución rusa fuera derribada por la violencia de la contrarrevolución burguesa, volvería a nacer de la ceniza como un fénix; pero si perdiese su carácter socialista y decepcionara por lo tanto a las masas trabajadoras, esa desgracia tendría consecuencias diez veces más terribles para el futuro de la revolución rusa e internacional.»¹⁴⁹ En el mismo número se denunciaba «la centralización burocrática, el gobierno de algunos comisarios, la pérdida de independencia de los soviets locales y la renuncia de hecho al tipo de Estado-Comuna administrado por la base»¹⁵⁰. «Estaba muy bien -señalaba Bujarin- escribir como Lenin (en El Estado y la Revolución) que cualquier cocinera debía aprender a dirigir el Estado. Pero, ¿qué ocurre si cada cocinera tiene a un comisario que la vigila constantemente?»

En el segundo número de la revista había algunas consideraciones bastante proféticas de Osinski. «Somos partidarios de la construcción de una sociedad proletaria mediante la creatividad de los trabajadores mismos, y no mediante los ukases de los capitanes de la industria [...] Si el propio proletariado no es capaz de crear las condiciones necesarias de una organización socialista del trabajo, nadie podrá hacerlo en su lugar, y nadie podrá forzarle a hacerlo. Si se ataca a los obreros, el arma se encontrará en la mano, o de otra fuerza social, o del poder soviético; pero el poder soviético no tendrá más remedio que buscar el apoyo de otra clase (el campesinado, por ejemplo) contra el proletariado, y se destruirá pues a sí mismo en tanto que dictadura del proletariado. El socialismo y la organización socialista serán construidos por el proletariado, o no lo serán por nadie; y en su lugar aparecerá otra cosa: el capitalismo de Estado.»¹⁵¹

Lenin reaccionó violentamente, con la inevitable serie de improperios. Los comunistas «de izquierda» son «predicadores pusilánimes de la vacilación» y «están impregnados hasta la médula de la psicología del intelectual pequeño burgués desclasado». Se «han dejado llevar por la provocación de los Isuv [conocido menchevique] y otros Judas del capitalismo»¹⁵². En Petrogrado se lanzó una campaña que obligó a *Kommunist* a trasladarse a Moscú, donde la revista volvió a aparecer, primero patrocinada por la

¹⁴⁸ *Narodnoye Jozyaistvo*, nº 2, 1918, p. 38.

¹⁴⁹ K. Radek: «Posle piatimesiatsev» [«Cinco meses después»], *Kommunist*, nº 1, abril de 1918, p. 3-4.

¹⁵⁰ *Kommunist*, nº 1, «Tesis o tekushchem momente» [«Tesis sobre la situación actual»], p. 8.

¹⁵¹ Osinski: «O stroitelstve sotsializma» [«Sobre la construcción del socialismo»], *Kommunist*, nº 2, abril de 1918, p.5.

En 1918, algunos veían ya claramente a qué conducía la política económica «leninista».

¹⁵² V.I. Lenin: «Acerca del infantilismo «izquierdista» y del espíritu pequeño burgués», *OE*, 2, p. 719, 736.

Organización regional de Moscú del partido, y después como portavoz «no oficial» de un grupo de camaradas. Después de la publicación del primer número, una Conferencia del partido de Petrogrado convocada apresuradamente dio una mayoría favorable a Lenin y «pidió que los partidarios de Kommunist cesaran su existencia organizativa separada»¹⁵³. El presunto derecho de fracción no parecía gustar mucho... en 1918 (o sea mucho antes de que el X Congreso prohibiera oficialmente las fracciones en 1921).

Durante los meses siguientes, los leninistas consiguieron extender su control sobre la organización en zonas que habían apoyado al principio a la «izquierda». A finales de mayo la organización (en su mayoría proletaria) de la región de los Urales que dirigía Preobrajenski, y el Buró regional moscovita del partido, fueron «conquistados» por los partidarios de la dirección del partido. El cuarto y último número de Kommunist (mayo de 1918) tuvo que ser publicado como órgano «privado» de la fracción. Como dice Daniels, esos importantes asuntos, del mayor interés para toda la clase obrera, no fueron resueltos «mediante la discusión, la persuasión o el compromiso, sino con una vasta campaña de presiones en las organizaciones del partido, apoyadas por una violenta racha de insultos en la prensa del partido y en las declaraciones de sus líderes. La polémica de Lenin dio el tono, y sus lugartenientes en la organización se ocuparon de que los miembros volvieran al buen camino»¹⁵⁴. Muchos miembros del movimiento revolucionario «tradicional» encontrarán un estilo indiscutiblemente familiar en esos métodos.

28 de abril

Publicación en las Izvestias del Comité Ejecutivo central panruso del artículo de Lenin «Las tareas inmediatas del Poder soviético». Este pedía «medidas y decretos» para «elevar la disciplina del trabajo». (Y sugería, entre otras medidas, la implantación de un sistema de cartillas en la que se registrara la productividad de cada obrero, la implantación de reglamentos de fábrica en todas las empresas, la creación de oficinas encargadas de calcular las cuotas de producción y de fijar la producción, y las primas a la producción cuando se superaran las normas. Quizá Lenin sintiera todo lo que había de potencialmente nocivo en esas propuestas; en todo caso, nunca lo dejó ver. No se necesitaba, sin embargo, demasiada imaginación para ver que los chupatintas que registraban la «productividad de cada obrero» y los oficinistas que ocupaban los «burós de producción» eran los futuros miembros de una nueva capa burocrática que todavía no se había cristalizado. Pero Lenin iba aún más lejos. Escribía : «Se debe plantear al orden del día la aplicación práctica y la prueba de la remuneración por el volumen del trabajo realizado, la utilización de lo mucho que hay de científico y progresivo en el sistema Taylor [...]»¹⁵⁵ La República soviética debe adoptar, a toda costa, las conquistas más valiosas de la ciencia y de la técnica en este dominio [...] Hay que organizar en Rusia el estudio y la enseñanza del sistema Taylor, su experimentación y adaptación sistemáticas.» Sólo los «representantes conscientes (y en su mayoría, probablemente, inconscientes) del relajamiento pequeño burgués» podrían ver en el último decreto sobre la administración de los ferrocarriles, que concedía «poderes dictatoriales (o «ilimitados») a determinados dirigentes» algo que se pareciera a «una abjuración de la norma de dirección colectiva, de la democracia y de los principios del Poder soviético [...] La experiencia irrefutable de la historia muestra que la dictadura personal ha sido con mucha frecuencia [...] la expresión de la dictadura de las clases revolucionarias, su portadora y su vehículo [...] [T]oda la gran industria mecanizada -es decir, precisamente el origen y la base material, de producción, del socialismo requiere una unidad de voluntad absoluta y rigurosísima [...] ¿Cómo puede asegurarse la más rigurosa unidad de voluntad ? Subordinando la voluntad de miles de hombres a la de uno solo. [L]a subordinación incondicional [subrayado por Lenin] a una voluntad única es absolutamente necesaria para el buen éxito de los procesos del trabajo organizado al estilo de la gran industria mecanizada [...] La revolución [...] exige hoy la subordinación incondicional de las masas a la voluntad única [subrayado por Lenin] de los dirigentes del proceso de trabajo.»¹⁵⁶ El pedir una obediencia «incondicional» ha sido lo que han hecho, a lo largo de la historia, un sinfín de reaccionarios, que, por lo demás, han intentado imponer esa obediencia a los que estaban sometidos a su autoridad. Lo «normal» en auténticos revolucionarios es más bien poseer un agudo sentido crítico (y autocrítico).

Mayo

Prohibición de Burevestnik, Anarjia, Golos Truda y otros conocidos periódicos anarquistas.

Preobrajenski advierte en Kommunist: «El partido tendrá pronto que decidir en qué medida se extenderá

¹⁵³V. Sorin: **Partiya i oppozitsiya** [El Partido y la Oposición], **I, Fraktsiya levij kommunistov** [La fracción de los Comunistas de izquierda], Moscú, 1925, p. 21-22.

¹⁵⁴R.V. Daniels: Op. cit., p. 87.

¹⁵⁵ Antes de la revolución, Lenin acusó al «taylorismo» de ser «la esclavización del hombre por la máquina», **Sochineniya**, XVII, p. 247-248.

¹⁵⁶ V.I. Lenin: «Las tareas inmediatas del poder soviético», **OE**, 2, p. 695, 702-704.

la dictadura de individuos, de los ferrocarriles y otros sectores de la economía, al propio partido.»¹⁵⁷

5 de mayo

Publicación de «Acerca del infantilismo «izquierdista» y del espíritu pequeño burgués». Después de denunciar las «frases altisonantes», «la orgía de la frase huera», etc., etc., etc., a que se reducían por lo visto las posiciones de *Kommunist*, Lenin intentaba responder a algunos de los problemas planteados por los comunistas de izquierda. Según Lenin, el «capitalismo de Estado» no era un peligro, sino que, al contrario, significaría un paso adelante. «Si dentro de unos seis meses se estableciera en nuestro país el capitalismo de Estado, eso sería un inmenso éxito y la más firme garantía de que, al cabo de un año, el socialismo se afianzaría definitivamente y se haría invencible.» «El capitalismo de Estado es incomparablemente superior desde el punto de vista económico, a nuestra economía actual [...] Y en segundo lugar, no tiene nada de temible para el poder soviético, pues el Estado soviético es un Estado en el que está asegurado el poder de los obreros y de los campesinos pobres» [puesto que el poder político está en manos de un «partido obrero»]. La «suma total de condiciones que da como resultado el socialismo» la componen «la gran técnica capitalista basada en la última palabra de la ciencia moderna», «una organización estatal armónica que someta a decenas de millones de personas a la más rigurosa observancia de una norma única en la producción y la distribución de los productos», y «el Estado soviético, es decir proletario.» [Vale la pena notar que el poder de la clase obrera en la producción no es mencionado como una de las «condiciones» cuya «suma total» es el socialismo.] Y señala Lenin entonces que la historia «parió hacia 1918 dos mitades separadas de socialismo, una cerca de la otra, exactamente igual que dos futuros polluelos bajo el mismo cascarón del imperialismo internacional». En 1918 Alemania y Rusia encarnaron respectivamente «la realización material de las condiciones económico-sociales, productivas y económicas del socialismo, de una parte, y de sus condiciones políticas, de otra». La tarea de los bolcheviques consistía en «aprender de los alemanes el capitalismo de Estado, en implantarlo con todas las fuerzas», y no había que «escatimar métodos dictatoriales para acelerar su implantación» -y Lenin añade¹⁵⁸ una frase interesante: «Para acelerar su implantación más aún que Pedro I aceleró la implantación del occidentalismo por la bárbara Rusia, sin reparar en medios bárbaros de lucha contra la barbarie.» Esa alusión deferente a un zar debe ser casi única en la obra de Lenin. Al citar ese párrafo tres años más tarde Lenin omitió la alusión a Pedro el Grande¹⁵⁹.

«En Rusia -continuaba Lenin- predomina hoy precisamente el capitalismo pequeño burgués, del que uno y el mismo camino lleva tanto al gran capitalismo de Estado como al socialismo, lleva a través de una y la misma estación intermedia, llamada «contabilidad y control por todo el pueblo de la producción y la distribución». Luchar contra el capitalismo de Estado en abril de 1918 era (según Lenin) «un completo error económico», y el pretender que el «evolucionar al capitalismo de Estado era una amenaza para la República soviética» sólo podía provocar «una franca carcajada homérica»¹⁶⁰.

Si un comerciante le dijera que había una mejora en algunos ferrocarriles, declaraba Lenin en esa misma época, «ese elogio me parecía mil veces más valioso que veinte resoluciones comunistas»¹⁶¹. Cuando se leen pasajes como los que acabamos de citar, resulta difícil comprender cómo les es posible a algunos miembros del movimiento revolucionario actual declarar a un tiempo que son «leninistas», y que la sociedad rusa es una forma de capitalismo de Estado que hay que combatir. Los hay sin embargo que logran realizar esa proeza.

Lo que se deduce con la mayor claridad posible de esos pasajes (y de otros, escritos en la misma época) es que para casi todos los líderes bolcheviques la naturaleza «proletaria» del régimen dependía de la naturaleza proletaria del partido que disponía del poder estatal. Ninguno de ellos pensaba que la naturaleza proletaria del régimen dependiera ante todo esencialmente de la realización del poder obrero en la producción (o sea de la gestión obrera de la producción). Hubiera debido ser sin embargo evidente para marxistas como ellos que si la clase obrera no poseía el poder económico, su poder «político» sería frágil (en el mejor de los casos), y degeneraría de hecho rápidamente. Los líderes bolcheviques parecían considerar que la organización capitalista de la producción era, en sí misma, algo socialmente «neutro» algo que podía ser usado indiferentemente para mal (cuando la burguesía la utilizaba para su acumulación privada) o para buen fin (cuando el «Estado obrero» la utilizaba «en beneficio de la mayoría»). Lenin lo decía bastante brutalmente: «El socialismo no es más que el monopolio capitalista de Estado puesto al servicio de todo el pueblo y que, por ello, ha dejado de ser monopolio capitalista.»¹⁶² Según él, lo que de malo tenían los métodos capitalistas de producción era que, en el pasado, estaban al servicio de la

¹⁵⁷ *Kommunist*, n° 4.

¹⁵⁸ V.I. Lenin: «Acerca del infantilismo «izquierdista» y del espíritu pequeño burgués», *OE*, 2, p. 729.

¹⁵⁹ V.I. Lenin: *Sochineniya*, XXVI, p. 326.

¹⁶⁰ V.I. Lenin: «Acerca del infantilismo...», *ibid.*, p. 731 y 724.

¹⁶¹ E.H. Carr: *Op. cit.*, p. 100.

¹⁶² V.I. Lenin: «La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla», *OE*, 2, p. 276.

burguesía. Iban a ser utilizados ahora por el Estado obrero y a convertirse por lo tanto en una de las «condiciones del socialismo». Todo dependía de eso: quién disponía del poder del Estado¹⁶³. El argumento según el cual Rusia era un Estado obrero porque los medios de producción habían sido nacionalizados sólo fue utilizado por Trotski... en 1936, cuando éste intentaba conciliar la idea de que «había que defender a la Unión Soviética» con su afirmación de que «el Partido bolchevique ya no era un partido obrero».

24 de mayo-4 de junio

Reunión en Moscú del Primer Congreso panruso de Consejos económicos regionales. Había en ese «Parlamento económico» más de 100 delegados con voto (y 150 delegados sin voto), enviados por la Vesenska, por sus «glavki» y sus centros, por los Sovnarjozi regionales y locales y por los sindicatos.

El Congreso fue presidido por Rikov -un hombre con «un pasado inatacable y opiniones indefinidas»¹⁶⁴, como dice Carr. Las actas comienzan con una intervención de Lenin en favor de la «disciplina del trabajo», y una larga explicación de la necesidad de emplear a «spetsy» (especialistas) con salarios elevados.

Osinski defendió decididamente la democratización de la industria, y atacó el «salario por piezas» y el «taylorismo». Fue apoyado por Smirnov y por un cierto número de delegados de provincia. La «oposición» exigió que se reconociera y se completara la nacionalización de facto de la industria que habían emprendido los Comités de fábrica, y pidió que se estableciera una autoridad económica nacional suprema que representara directamente a los órganos del control obrero¹⁶⁵. Pidió una «administración obrera [...] no sólo desde arriba, sino desde abajo», como la base económica indispensable del nuevo régimen. Lamov, defendiendo la extensión masiva del control obrero, advirtió que «la centralización burocrática [...] estaba agarrando las fuerzas del país. Se ha separado a las masas del verdadero poder, de la posibilidad de creación en todos los sectores de nuestra economía». Recordó al Congreso que la frase de Lenin «hay que aprender de los capitalistas» había sido forjada en los años noventa por el semi-marxista (y totalmente burgués, en aquel momento) Struve¹⁶⁶.

Ocurrió entonces uno de esos incidentes que pueden aclarar toda una discusión, y permiten resumir los diferentes puntos de vista. Un subcomité del Congreso había votado una resolución que pedía que las dos terceras partes de los representantes de los equipos directivos de las empresas industriales fueran elegidos entre los obreros¹⁶⁷. Lenin se puso furioso, ante esa «decisión estúpida», y consiguió que una sesión plenaria del Congreso «corrigiera» la resolución y decretara que sólo la tercera parte del personal de dirección de las empresas sería elegido. Los comités de dirección se integrarían en la compleja estructura jerárquica en la que el Consejo Económico Supremo (Vesenska) creado en diciembre de 1917 tenía la última palabra¹⁶⁸.

El Congreso aprobó formalmente una resolución del Consejo central de los Sindicatos que proclamaba el principio de «una cuota de productividad definida y fija por un salario garantizado»; y aceptó la implantación del salario por piezas y de las primas. «Lo que se estaba formando -escribe Carr- todavía no era una verdadera política, pero era ya un «clima.»¹⁶⁹

25 de mayo

Encuentros entre las fuerzas gubernamentales y las tropas de la legión checa en los Urales. Insurrecciones antibolcheviques en toda Siberia y en el Sudeste de Rusia. Comienza la guerra civil generalizada y la intervención de los Aliados. (Todos los que deseen atribuir a la guerra civil los aspectos anti-proletarios de la política bolchevique pueden empezar a hacerlo.)

¹⁶³ Véase un análisis más extenso de esa concepción de la relación entre fines y medios -y de sus resultados- en **From Bolshevism to the Bureaucracy**, Solidarity Pamphlet n' 24. [Traducción de «Le rôle de l'idéologie bolchévique dans la naissance de la bureaucratie», **Socialisme ou Barbarie**, nº 35, 1964. Este texto, junto con otros análisis de P. Cardan sobre los países del este, aparecerá próximamente en esta colección.]

¹⁶⁴ E.H. Carr: **Op. cit.**, II, 101, n. 4.

¹⁶⁵ Osinski, en **Trudi pervogo vsrossliskogo s'yezda sovetov narodnogo joziaistva** [Actas del Primer Congreso panruso de los Consejos económicos], Moscú, 1918, p. 61-64.

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 75.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 65.

¹⁶⁸ «Polozheniye ob upravlenii natsionalizirovannimi predpriyatiyami» [«Reglas para la Administración de las Empresas Nacionalizadas»], *ibid.*, p. 477-478.

¹⁶⁹ E.H. Carr: **Op. cit.**, II, p. 119-120.

28 de junio

El Consejo de Comisarios del pueblo, después de una reunión que duró toda la noche, publicó un Decreto de Nacionalización general que abarcaba a todas las empresas industriales con un capital de más de un millón de rublos. El objetivo del decreto era «luchar de modo decisivo contra la desorganización en la producción y el aprovisionamiento».

Los sectores afectados, declarados «propiedad de la República Soviética Federal Socialista rusa», eran la industria minera, la metalúrgica, la textil, la eléctrica, la de la madera, la del tabaco, la de la resina, la cristalería y vidriería, la de la harina, la del cuero, la del cemento, los vagones y ferrocarriles privados, y unas cuantas industrias más de menor importancia. La tarea de «organizar la administración de las empresas nacionalizadas» fue confiada «por motivos de urgencia» a la Vesenka y a sus secciones. Pero hasta que la Vesenka tomara decisiones específicas sobre cada empresa individual abarcada por el decreto «se consideraría que esas empresas estaban arrendadas gratuitamente a sus antiguos propietarios, que continuarían financiándolas y obteniendo un ingreso de ellas»¹⁷⁰.

La transferencia legal al Estado de empresas individuales no fue asunto difícil. Lo que tomó un poco más tiempo fue el que elementos nombrados por el Estado asumieran tareas de dirección, pero ese proceso llegó a su término en pocos meses. La amenaza de intervención extranjera aceleró los dos procesos. El cambio en las relaciones de propiedad fue profundo, y hubo en ese sentido una gran revolución. «Si la revolución condujo a la guerra civil, la guerra civil intensificó la revolución.»¹⁷¹ Pero por lo que respecta a cambios fundamentales en las relaciones de producción, la revolución había acabado. Durante el periodo de «comunismo de guerra» que empezaba, la clase obrera iba a perder la pequeña parcela de poder de la que había disfrutado en la producción durante las últimas semanas de 1917 y las primeras semanas de 1918.

4-10 de julio

Quinto Congreso panruso de los Soviets. A lo largo de la primera mitad de 1918, el problema de la «nacionalización» había provocado discusiones virulentas entre los comunistas «de izquierda» y los leninistas. Inmediatamente después de octubre, Lenin no era favorable a la nacionalización total de los medios de producción. No se trataba en su caso, claro está, de un deseo de colaborar políticamente con la burguesía: pero menospreciaba la madurez tecnológica y administrativa del proletariado, y esa madurez se hubiera visto inmediatamente puesta a prueba si todas las industrias importantes hubieran sido nacionalizadas formalmente. El resultado fue una situación sumamente compleja, en la que algunas industrias habían sido nacionalizadas «desde arriba» (o sea por decreto del gobierno central), otras «desde abajo» (o sea que los obreros se habían encargado de empresas abandonadas por sus antiguos propietarios), mientras que en otros lugares los antiguos propietarios se ocupaban todavía de sus fábricas - aun cuando la actividad de los Comités de fábrica limitara su libertad de acción o su autoridad.

Kritzman, uno de los teóricos más capaces del comunismo «de izquierda», fue uno de los que criticaron esa situación desde el primer momento. Hablando del decreto sobre el control obrero del 14 de noviembre de 1917, lo describió como «una medida a medias -y por lo tanto irrealizable». «Como consigna, el control obrero implicaba que el poder del proletariado crecía, pero era todavía insuficiente. Era, implícitamente, la expresión de la debilidad provisional, que había que superar, del movimiento obrero. Los patronos no estaban dispuestos a ocuparse de sus fábricas con la sola intención de enseñar a los obreros a dirigirlos. Y los obreros, por su parte, lo único que sentían hacia los capitalistas era odio, y no veían por qué iban a aceptar voluntariamente seguir siendo explotados.»¹⁷²

Osinski, otro comunista «de izquierda», insistía sobre el otro aspecto del problema: «Lo ocurrido con la consigna del control obrero es muy interesante. Nacida del deseo de desenmascarar al enemigo, fracasó cuando intentó convertirse en un sistema. Cuando logró realizarse a pesar de todo, su contenido cambió completamente respecto a lo que habíamos previsto al principio. Se transformó en una especie de dictadura descentralizada, en una subordinación de los capitalistas, individualmente, a diversas organizaciones obreras que actuaban independientemente unas de otras [...] El control obrero estaba destinado originalmente a domar a los propietarios de los medios de producción [...] Pero la coexistencia resultó pronto intolerable. El estado de dualidad de poderes entre directores y obreros conducía en breve plazo al colapso de la empresa, o se convertía rápidamente en poder total de los obreros, sin pedir autorización

¹⁷⁰ *Ibid.*, II, p. 105.

¹⁷¹ R.V. Daniels: Op. cit., p. 92.

¹⁷² I. Larín y L. Kritzman: *Wirtschaftsleben und Wirtschaftlicher Aufbau in Soviet Russland, 1917-1920*, Hamburgo, 1921, p. 163.

alguna al poder central.»¹⁷³

El tema volvía reiteradamente en mucho de lo escrito por los comunistas «de izquierda» en ese momento: una nacionalización inmediata de los medios de producción hubiera evitado muchas ambigüedades. La expropiación total de los capitalistas hubiera permitido pasar inmediatamente del «control obrero» a la «gestión obrera», por intermedio de algún órgano central que regulara el conjunto de la economía socializada. Es interesante que Lozovski, aunque se opusiera firmemente entonces al punto de vista de los comunistas «de izquierda» (porque estimaba que la revolución no había sido más que una revolución «democrático burguesa»), escribiera algo más tarde: «Pronto se comprobó que en una era de revolución social, una monarquía constitucional en cada empresa [o sea el antiguo patrón, pero con poderes limitados, M.B.] era algo imposible, y que el antiguo propietario - por muy compleja que sea la estructura de una empresa moderna- era un elemento superfluo.»¹⁷⁴

Hubo poco tiempo después una escisión en el grupo de los comunistas «de izquierda». Radek buscaba un acuerdo con los leninistas. Estaba dispuesto a aceptar el principio de la «dirección por un solo hombre», ya que iba a ser aplicado ahora en el contexto creado por los decretos de nacionalización general de junio de 1918. Según Radek, esos decretos permitirían asegurar la «base proletaria del régimen». También Bujarin rompió con Osinski, y volvió al redil.

Osinski y sus amigos formaron entonces una nueva tendencia de oposición: la del «centralismo democrático» (nombre con el que denunciaban el «centralismo burocrático» de la dirección del partido), y continuaron haciendo propaganda en pro de la gestión obrera de la producción. Sus ideas, y las del antiguo grupo comunista «de izquierda», iban a desempeñar un papel importante dos años después en el desarrollo de la Oposición obrera.

Con la guerra civil y el comunismo de guerra, pareció durante algún tiempo que los problemas se esfumaban: poca producción había que pudiera controlarse. «Sin embargo -escribe Daniels- se había solamente aplazado la discusión de los problemas de 1918. Gracias al trabajo de crítica de los comunistas de izquierda, no podían caer en el olvido. El ala izquierda estaba dispuesta a plantear de nuevo, en cuanto la situación militar lo permitiera, el problema fundamental de la naturaleza social del régimen soviético.»¹⁷⁵

Agosto

Momento culminante de la ofensiva blanca del Volga.

La guerra civil aceleró enormemente el proceso de centralización económica. A nadie asombrará, teniendo en cuenta la conducta bolchevique anterior, que resultara ser una forma de centralización en extremo burocrática. Toda la economía rusa fue «reorganizada» sobre bases semimilitares. La guerra civil tendía a convertir a toda industria importante en una organización que suministraba algo, directa o indirectamente, al Ejército rojo. La política adoptada ante problemas de trabajo o industriales se convertía en un asunto de estrategia militar.

Vale la pena señalar aquí que no creemos que la descentralización esté dotada de virtudes intrínsecas, como piensan algunos anarquistas. La Comuna de París, un Congreso de Soviets revolucionarios (o un comité de shop stewards, de delegados de taller, o un comité de huelga, para tomar ejemplos actuales), muestran que puede haber organizaciones centralizadas -y muy democráticas. Y el feudalismo muestra cómo la descentralización puede combinarse con el autoritarismo. El verdadero problema es saber si el aparato «centralizado» está controlado desde abajo (con delegados elegidos y revocables) o si se separa a sí mismo de aquellos en cuyo nombre pretende actuar.

Durante este periodo la producción bajó considerablemente, debido a una compleja serie de factores que algunos, como Deutscher, por ejemplo, han descrito minuciosamente¹⁷⁶. Los portavoces del partido atribuían frecuentemente los «líos» y los «problemas» a la influencia de herejías «anarcosindicalistas». No cabe duda de que debieron cometerse errores, pero lo grave es que los problemas que encontraba en circunstancias cada vez difíciles un movimiento social nuevo, empezaban a ser atribuidos ahora a los vicios inherentes de todo intento de los obreros de dominar la producción. «El control obrero de la industria que efectúan los Comités de fábrica», escribía un portavoz del gobierno, «ha mostrado lo que puede ocurrir si

¹⁷³N. Osinski: «O stroitelstve sotsialisma» [«La construcción del socialismo»], Moscú, 1918, p. 35 y siguientes.

¹⁷⁴A. Lozovski: **The Trade Unions in Soviet Russia** («Consejo Central panruso de Sindicatos», Moscú, 1920), p. 654.

¹⁷⁵R.V. Daniels: Op. cit., p. 91.

¹⁷⁶Véase, por ejemplo, I. Deutscher: **The Prophet Unarmed**, OUP, 1959, p. 1-14. [Traducción española: **Trotsky. El profeta desarmado (1921-1929)**, México, Era, 1968, p. 16-23.]

se cumplen los planes de los anarquistas.»¹⁷⁷ Las tentativas de control desde abajo empezaron a ser liquidadas sistemáticamente. Los partidarios obreros de Comités de fábrica aislados intentaron resistir, pero no fue muy difícil acabar con su resistencia¹⁷⁸. La amargura y la desesperación se extendieron en algunos sectores del proletariado (y sectores que no eran, ni mucho menos, «atrasados»). Hay que tener también en cuenta esos factores -aunque no se suela hacerlo- cuando se discute sobre el descenso de la producción y la plaga de «actividades antisociales» que caracterizaron al «comunismo de guerra».

25 de agosto-1 de septiembre

La Primera Conferencia panrusa de anarcosindicalistas se reúne en Moscú. La resolución sobre los problemas del trabajo «acusaba al gobierno de traicionar a la clase obrera con su supresión del control obrero y la utilización de métodos capitalistas como la «dirección por un solo hombre», la «disciplina del trabajo» y el empleo de ingenieros y de técnicos «burgueses». Al abandonar a los Comités de fábrica - «hijos amados de la gran revolución obrera»- por «organizaciones muertas», como los sindicatos, y al sustituir decretos y chupatintas a la democracia industrial, los dirigentes bolcheviques estaban creando un monstruoso «capitalismo de Estado», un Behemoth burocrático, al que se daba ridículamente el nombre de socialismo»¹⁷⁹

Volni Golos Truda [La Voz Libre del Trabajo] fue el sucesor de Golos Truda (prohibido en mayo de 1918). El nuevo periódico fue prohibido a su vez después de aparecer su cuarto número (el 16 de septiembre de 1918). Había en éste un interesante artículo de «M. Sergven» (¿Maximov?) titulado «Caminos de Revolución». El artículo, escribe Avrich, «era notable porque se distinguía de la clásica acusación de que los bolcheviques eran «traidores a la clase obrera». No había que creer que Lenin y sus amigos fueran forzosamente cínicos llenos de sangre fría, que habían preparado con habilidad maquiavélica la creación de una nueva estructura de clase para satisfacer sus deseos de poder. Lo más probable es que les moviera un deseo sincero de acabar con los sufrimientos humanos [...] Pero la división de la sociedad en administradores y trabajadores era el resultado inevitable de la centralización de la autoridad. No podía ser de otro modo [...] Cuando se llegaba a separar las funciones de dirección y las de trabajo (atribuyéndose las primeras a una minoría de expertos y las segundas a las masas incultas), se destruía toda posibilidad de dignidad o de igualdad»¹⁸⁰.

En el mismo número, Maximov apostrofaba a los «Manilov»¹⁸¹ en el campo anarquista, a los que llamaba «visionarios románticos, nostálgicos de utopías pastorales, que olvidan la complejidad de las fuerzas que actúan en el mundo moderno. Ya era hora de dejar de soñar con la Edad de Oro. Lo que había que hacer era «organizarse y actuar». Por haber defendido puntos de vista realistas, aun cuando no transigieran con sus principios, Maximov y los anarcosindicalistas fueron ferozmente acusados de ser «judas anarco-burocráticos» por las otras tendencias del movimiento anarquista¹⁸².

Agosto de 1918

Un decreto gubernamental establece la composición de la Vesenka: 30 miembros nombrados por el Consejo Central panruso de sindicatos, 20 nombrados por los Consejos regionales de la Economía nacional (Sovnarjozi), y 10 nombrados por el Ejecutivo Central panruso de los Soviets (V. Ts. I. K.). El trabajo ordinario de la Vesenka sería confiado a un Presídium de otros 9 miembros, cuyo presidente y cuyo delegado principal serían nombrados por el Consejo de Comisarios del pueblo (Sovnarkom), siéndolo los demás por el V. Ts. I. K. Oficialmente, la función del Presídium era aplicar la política decidida por la reunión mensual de los 69 miembros de la Vesenka. De hecho, pronto empezó a encargarse de más cosas cada vez. No hubo ninguna reunión completa de la Vesenka después del otoño de 1918. La Vesenka se había convertido en un apéndice del Estado¹⁸³.

Hay pues que repetir que, un año después de que los bolcheviques se apoderaran del poder, las relaciones de producción (parcialmente transformadas durante el momento culminante del movimiento de masas) habían vuelto al clásico modelo autoritario de toda sociedad de clases. Y que a los obreros no les quedaba ningún verdadero poder de decisión en tanto que obreros en los asuntos que más les afectaban.

¹⁷⁷ I.I. Stepanov-Skortsov: **Op. cit.**, p. 24.

¹⁷⁸ M. Dobb: *Soviet Economic Development since 1917*, N.Y., 1948, p. 89-90.

¹⁷⁹ P. Avrich: *Op. cit.*, p. 191.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 192-193.

¹⁸¹ Manilov es un soñador, personaje de **Las almas muertas** de Gogol.

¹⁸² P. Avrich: **Op. cit.**, p. 196-197.

¹⁸³ E.H. Carr: **Op. cit.**, II, p. 180-181.

28 de septiembre

El líder sindicalista bolchevique Tomski declara ante el Primer Congreso panruso de Comunistas de los ferrocarriles que «la tarea de los comunistas era, primero, crear sindicatos sólidos en sus propias industrias, segundo, apoderarse de esas organizaciones con un trabajo tenaz, tercero, ocupar la dirección de esas organizaciones, cuarto, expulsar a todos los grupos no proletarios, y quinto, someter al sindicato a nuestra propia influencia comunista»¹⁸⁴.

Octubre

Un decreto gubernamental vuelve a recalcar que el único organismo que tiene derecho a expulsar a los patronos de empresas industriales es la Vesenka «en tanto que órgano central que regula y organiza toda la producción de la república»¹⁸⁵. El que fuera necesario publicar ese decreto sugiere que los soviets locales, o quizá hasta los Sovnarjozi locales, tomaban medidas de ese tipo.

6-9 de noviembre Sexto Congreso panruso de los Soviets 25 de noviembre-1 de diciembre

Abolición por decreto de los Sovnarjozi regionales; los Sovnarkhozi provinciales se convierten en «órganos ejecutivos de la Vesenka», y los Sovnarjozi locales en «secciones económicas» de los comités ejecutivos de los soviets locales correspondientes. Los «glavki» tendrían sus propios órganos subalternos en los centros provinciales. «Se trataba claramente de un paso más hacia el control centralizado de todos los sectores industriales en todo el país por su glavk o su centro en Moscú, bajo la suprema autoridad de la Vesenka.»¹⁸⁶

Diciembre Segundo Congreso panruso de los Consejos Económicos regionales

Molotov analizó la composición de los 20 «glavki» y «centros» más importantes. De 400 personas, el 10 % eran antiguos patronos o antiguo personal de dirección, 9 % técnicos, 38 % funcionarios de diversos departamentos (incluido la Vesenka)... y el 43 % restante, obreros o representantes de organizaciones obreras, incluidos los sindicatos. La dirección de la producción se encontraba de modo predominante en manos de personas que «no tenían relación con los elementos proletarios de la industria». Había que considerar que los «glavki» eran «órganos que no correspondían en modo alguno a la dictadura proletaria». Los que dirigían esas actividades eran «el antiguo personal de dirección, los técnicos y los especialistas»¹⁸⁷. «No cabe duda -escribe Carr- de que el burócrata soviético de esos primeros años era por regla general un antiguo miembro de la intelligentsia burguesa o de la clase de los funcionarios, y traía consigo muchas de las tradiciones de la vieja burocracia rusa.»¹⁸⁸

¹⁸⁴ **Vserossiiskaya konferentsiya zheleznodorozhnikov kommunistov** [Primera Conferencia panrusa de los Comunistas de los ferrocarriles], Moscú, 1919, p. 72.

¹⁸⁵ **Sbornik dekretov 1 postanovlenii po narodnomu jozjalstvu, 1920**, II, p. 83.

¹⁸⁶ E.H. Carr: **Op. cit., II**, p. 183.

¹⁸⁷ **Trudi vtorogo vserossiiskogo s'yezda sovetov narodnogo josyaistva** [Segundo Congreso panruso de los Consejos económicos regionales], sf, p. 213.

¹⁸⁸ E.H. Carr: **Op. cit., II**, p. 190.

1919

16-25 de enero

Segundo Congreso panruso de los Sindicatos

En 1918 los sindicatos desempeñaron un papel importante en la administración industrial; y aumentó éste considerablemente cuando el gobierno (que temía que la industria que estaba todavía en manos de propietarios privados no satisficiera las necesidades del Ejército rojo) aceleró la realización del programa de nacionalización («asunto -como escribe Deutscher- más bien de política militar que de política económica»)¹⁸⁹. Las «funciones estatales» (como las llamaba Lenin) de los sindicatos se desarrollaron rápidamente, y el poder de que disfrutaban los elementos del partido miembros de la dirección sindical (como Tomski, presidente del Consejo Central panruso de Sindicatos), no era insignificante.

Sin embargo, las relaciones entre los dirigentes sindicales y la base distaban mucho de ser democráticas. «En la práctica, cuantas más funciones administrativas y burocráticas de gestión asumían los sindicatos, más se burocratizaban ellos mismos.»¹⁹⁰ Chirkin, un delegado del Congreso, declaró por ejemplo que «aunque existan en la mayor parte de las regiones instituciones que representan al movimiento sindical, los miembros de esas instituciones no suelen ser ni elegidos ni aprobados por nadie; cuando ha habido elecciones, y los individuos elegidos no han gustado al Consejo central o a los poderes locales, la administración se las ha arreglado para anularlas, y reemplazar a esos individuos por otros más dóciles»¹⁹¹. Otro delegado, Perkin, protestó contra las nuevas reglas que exigían que el nombramiento de los representantes enviados por las organizaciones obreras al Comisariado del Trabajo fuera ratificado por el Comisariado. «Si elegimos a alguien como comisario en una reunión sindical -o sea si se permite en un caso dado que la clase obrera exprese su voluntad-, podría creerse que se permitiría también que ese «alguien» represente nuestros intereses en el Comisariado, sea nuestro comisario. Pues no. A pesar de que hayamos expresado nuestra voluntad -la voluntad de la clase obrera-, el comisario que hemos elegido tendrá que ser confirmado por las autoridades [...] El derecho que se concede a la clase obrera es el de hacer el ridículo. Tiene derecho, claro está, de elegir a sus representantes, pero el poder, con su derecho a ratificar o no la elección, hace lo que quiere con nuestros representantes.»¹⁹²

El control del Estado sobre los sindicatos -y a ese respecto ocurría lo mismo con todas las demás organizaciones-, era cada vez más estricto; y el Estado estaba ya de modo exclusivo en manos del partido y de sus agentes. Pero si el fiel de la balanza se había inclinado netamente a favor de la burocracia naciente, la organización y la conciencia de la clase obrera eran todavía lo bastante fuertes como para arrancar concesiones al menos verbales, a los líderes del partido y de los sindicatos. Los Comités de fábrica autónomos habían sido ya completamente aplastados, pero en los propios sindicatos los obreros emprendían todavía combates de retaguardia, e intentaban conservar algunos jirones de su antiguo poder.

El Segundo Congreso sindical «aprobó los acuerdos que habían hecho que los sindicatos se convirtieran a un tiempo en oficinas de reclutamiento, servicios de suministro, órganos represivos -y otras cosas por el estilo»¹⁹³. Tomski, por ejemplo, señaló que «en un momento en que los sindicatos determinan los salarios y las condiciones de trabajo, no puede seguir tolerándose que haya huelgas. Hay que poner los puntos sobre las íes». Lenin habló de la «inevitable estatificación de los sindicatos». (Se doró la píldora con buenas palabras sobre la función de los sindicatos, que era la de educar a los obreros en el arte de la administración, y sobre la eventual «extinción» del Estado.) Lozovski, que había abandonado el partido, habló como internacionalista independiente contra la política bolchevique en los sindicatos.

Se votó una resolución que pedía que «se diera un estatuto oficial a las prerrogativas administrativas de los sindicatos, y que hablaba de la «estatificación» (ogosudarstvlenie) de los sindicatos, «en la medida en que sus funciones eran cada vez más extensas y se confundían con las del aparato gubernamental de administración y control estatales»¹⁹⁴. El Comisario del Trabajo, V.V. Shmidt, aceptó que «hasta los órganos del propio Comisariado del Trabajo estuvieran contruidos sobre la base del aparato sindical»¹⁹⁵. (El número de miembros de los sindicatos era en aquel momento de 3 500 000. Era de 2 600 000 durante el Primer

¹⁸⁹ I. Deutscher: *Soviet Trade Unions*, p. 25.

¹⁹⁰ Waldemar Koch: *Die Bolshevistischen Gewerkshaftern*, Jena, 1932, p. 81-82.

¹⁹¹ *Vtoroi vserossüski s'yezd professionalnij soyuzov: stenograficheski otchet* [Segundo Congreso Sindical panruso: versión estenográfica], Moscú, Editora Sindical central, 1919, I, p. 34. (De ahora en adelante, Segundo Congreso Sindical.)

¹⁹² *Ibid.*, p. 103.

¹⁹³ I. Deutscher: *Op. cit.*, p. 26.

¹⁹⁴ Segundo Congreso Sindical, I, p. 97.

¹⁹⁵ *Ibid.*, p. 99.

Congreso sindical, en enero de 1918, y de 1 500 000 en 1917, durante la Conferencia de julio.)¹⁹⁶

Por último, el Segundo Congreso nombró un Ejecutivo, suprema autoridad entre dos congresos. Los decretos de ese Ejecutivo serían «obligatorios para todos los sindicatos en los asuntos de su jurisdicción, y para todos los miembros de esos sindicatos». «La violación de los decretos y la negativa de acatarlos por parte de sindicatos aislados provocaría su expulsión de la familia de los sindicatos proletarios.»¹⁹⁷ Y claro está el sindicato reacio se encontraría entonces fuera del único marco legal en el que el régimen bolchevique permitía la existencia de sindicatos.

2-7 de marzo

Primer Congreso de la Internacional Comunista (III Internacional)

18-23 de marzo

Octavo Congreso del partido

El Ejército rojo vuelve a ocupar Ucrania y la región del Volga, lo que permite un momento de relativa estabilidad. Más tarde, ese mismo año, el avance de las tropas de Denikín y de Yudenich iba a amenazar respectivamente Moscú y Petrogrado.

Durante el Octavo Congreso, se levantó una ola de críticas de izquierda contra las tendencias ultra-centralistas. Se discutió y se aceptó un nuevo programa del partido. El punto 5 de la «sección económica» señalaba que «el aparato organizativo de la industria socializada debe apoyarse ante todo en los sindicatos [...] Los sindicatos, que participan ya, conforme a las leyes de la República soviética y en la realidad diaria, en todos los órganos locales y centrales de la administración industrial, deben tender hacia la concentración efectiva en sus propias manos [el subrayado es nuestro, M.B.] de toda la administración del conjunto de la economía, como una sola unidad económica [...] El que los sindicatos participen en la gestión económica, y arrastren a grandes masas en ese trabajo, constituye también el principal método de lucha contra la burocratización del aparato económico»¹⁹⁸

Ese célebre párrafo provocó apasionadas discusiones en los años siguientes. El ala «conservadora» del partido sintió que se iba demasiado lejos. Riazanov advirtió al Congreso que «no evitaremos la burocratización mientras no hayan abandonado todos los sindicatos [...] todas sus prerrogativas en la administración de la producción»¹⁹⁹. Por otra parte, algunos bolcheviques que habían votado por la integración de los Comités de fábrica en la estructura de los sindicatos -y que comprendían tardíamente que se habían equivocado- se aferraron a esa cláusula como a un último baluarte, intentando defenderla contra la intrusión omnipresente de la burocracia del partido. Deutscher²⁰⁰ dice del célebre «Punto 5» que se trataba de «un desliz sindicalista cometido por los dirigentes bolcheviques, por una auténtica gratitud por el trabajo que los sindicatos habían realizado durante la guerra civil»; y explica cómo Lenin y los otros líderes bolcheviques «pronto tuvieron que buscar toda una serie de justificaciones para anular ese pagaré que el partido había firmado con tanta solemnidad a los sindicatos». La interpretación es discutible. Lenin no solía cometer «deslices» (ni siquiera «sindicalistas»), ni actuar por motivos como la «gratitud». Es más verosímil suponer que la relación de fuerzas que apareció en el Congreso -que no era a su vez más que un pálido reflejo de las actitudes de los obreros fuera del partido obligó a los dirigentes bolcheviques a efectuar una retirada «verbal». De todos modos, la cláusula iba acompañada de muchas otras que la invalidaban parcialmente.

El programa proclamaba que «el método socialista de producción sólo puede asegurarse sobre la base de una disciplina entre camaradas de los obreros», y confiaba a los sindicatos «el papel principal en la creación de esa nueva disciplina socialista». El punto 8 pedía a los sindicatos «que hicieran comprender a los obreros -escribe Deutscher- la necesidad de trabajar con técnicos y especialistas burgueses, y aprender de ellos -superando su desconfianza «ultra-radical» hacia ellos [...] Los obreros no podrían construir el socialismo sin un periodo de aprendizaje con la intelligentsia burguesa [...] Se aceptaban pues los altos salarios y las primas de los «especialistas» burgueses. Era el precio que tenía que pagar el joven Estado proletario si

¹⁹⁶ Zinoviev, in Deslati s'yezd RKP (b): Protokoll [Décimo Congreso del PCR (b): Actas], Moscú, IMEL, 1933, p. 188. (De ahora en adelante, Décimo Congreso del partido.)

¹⁹⁷ Segundo Congreso Sindical, I, p. 127.

¹⁹⁸ Vosmoi s'yezd RKP (b): Protokoli [Octavo Congreso del PCR (b): Actas], Moscú, IMEL, 1933, Resoluciones, I, p. 422. (De ahora en adelante, Octavo Congreso del partido.)

¹⁹⁹ Ibid., p. 72.

²⁰⁰ I. Deutscher: Op. cit., p. 29.

quería obtener la ayuda indispensable de los técnicos y científicos de formación burguesa»²⁰¹

No podemos lanzarnos aquí a discutir detenidamente el papel de los «especialistas» después de la revolución. El problema no es exclusivamente ruso, aunque no cabe duda que las condiciones específicas de su desarrollo produjeron en Rusia una neta separación entre obreros industriales y técnicos. Es evidente que en cualquier país, los Consejos obreros necesitarían los conocimientos técnicos de ciertos especialistas; lo que es mucho menos evidente es que los que poseen actualmente esos conocimientos vayan a colocarse forzosamente del lado de la burguesía; ni que esos conocimientos deban garantizar el derecho de imponer decisiones, o a gozar de privilegios materiales.

Esos problemas se han discutido exhaustivamente en muchas partes, pero casi siempre reduciéndolos a la alternativa del oportunismo brutal y de los «principios» inmutables, y no se han solido examinar sus implicaciones teóricas. D.L. Limon, en un texto que ya hemos citado, hace a ese respecto algunas observaciones interesantes. Señala Limon que si la gestión es un asunto en gran parte técnico, las circunstancias históricas en las que la clase obrera se ve obligada a abordar ese problema le hacen ver en él algo esencialmente político y social. En el momento de la revolución socialista, en su realidad cotidiana, inmediata y humana, los obreros, casi inevitablemente, no verán en los técnicos y especialistas a seres humanos que tienen también capacidades tecnológicas, sino únicamente a agentes de la explotación del hombre por el hombre. El mundo capitalista es un mundo de fetichismo en el que las relaciones entre personas tienden a esfumarse detrás de relaciones entre cosas. Pero cuando las masas se rebelan contra el orden existente, disipan esa cortina de humo. Destruyen el «tabú» de las «cosas» y se enfrentan directamente con hombres a los que habían «respetado» hasta entonces en nombre del sacrosanto fetiche de la propiedad privada. Pedir a los obreros en ese momento, que tengan una actitud «equilibrada», que sólo vean en el antiguo patrón el nuevo «director técnico», el «especialista indispensable», es tanto como pedirles que, precisamente en el momento en que empiezan a tomar conciencia de su papel histórico y de su fuerza social, en el momento en que, confiando por fin en sí mismos, afirman su autonomía, confiesen entonces su incompetencia, su debilidad y sus insuficiencias en el terreno más importante para ellos, ya que ha sido el marco de su vida cotidiana desde la infancia : en el de la producción²⁰².

La burocratización del propio partido provocó ásperos comentarios en el Congreso. Osinski declaró: «Es indispensable que los obreros entren en masa en el Comité central; es indispensable que sean lo bastante numerosos como para «proletarizar» al Comité central.»²⁰³ (Lenin llegaría a la misma conclusión en 1923, poco antes de la llamada «Promoción de Lenin».) Osinski propuso también que el Comité central pasara de 15 a 21 miembros. Era sin embargo muy ingenuo creer que esa entrada de proletarios en los órganos superiores del aparato administrativo iba a compensar el hecho de que la clase obrera hubiera perdido ya casi totalmente el poder que poseyó durante un breve periodo en sus lugares de trabajo.

Se discutió también en el Congreso sobre la decadencia de los soviets. Los soviets ya no desempeñaban ningún papel activo en relación con la producción -y el que tenían en todos los demás asuntos era insignificante. Las decisiones las tomaban cada vez más frecuentemente los miembros del partido que trabajaban en el «aparato soviético». Los soviets se habían convertido en órganos que ratificaban decisiones tomadas por otros, y estampaban sellos. Las tesis de Sapronov y de Osinski - que creían que el partido no debía tratar de «imponer su voluntad a los soviets»- fueron rechazadas categóricamente.

Los dirigentes del partido hicieron concesiones menores en todos los asuntos. Pero, tanto en el partido como en el conjunto de la economía, siguió imponiéndose al mismo ritmo un control cada vez más estricto. El Octavo Congreso creó el Politburó, el Orgburó y la Secretaría, que técnicamente eran sólo subcomités del Comité central, pero que asumieron rápidamente un poder enorme. Era un gran paso adelante en el proceso de concentración del poder de decisión. Se reforzó la «disciplina de partido». El Congreso decidió que todas las decisiones debían cumplirse, que sólo después de cumplidas podía presentarse un recurso a los órganos competentes del partido. «Todo lo concerniente al traslado de los elementos que efectúan un trabajo de partido depende del Comité central. Sus decisiones son obligatorias para todo el mundo.»²⁰⁴ Empezaba la era de los «traslados» políticos -como medio de eliminar críticas molestas.

Abril

Momento culminante de la ofensiva de Kolchak en los Urales.

²⁰¹ Ibid., p. 31.

²⁰² D.L. Limon: Op. cit., p. 78-79.

²⁰³ Osinski: Octavo Congreso del partido, p. 30 y 168.

²⁰⁴ Octavo Congreso del partido, Resoluciones, I, p. 444.

Junio

Decreto creando «cartillas de trabajo» para los obreros en Moscú y Petrogrado.

Octubre

Momento culminante de la ofensiva de Denikin en el sur de Rusia. Yudenich avanza hacia Petrogrado.

2-4 de diciembre

Octava Conferencia del partido. La Octava Conferencia elaboró un estatuto que definía de modo estricto los derechos y obligaciones de las células del partido (fracciones o *fraktsia*) y elaboraba un esquema destinado a asegurar una posición dirigente al partido en todas las organizaciones. «El sindicalista comunista debía ser primero comunista, y sindicalista después, y asegurar mediante su actividad organizada la dirección del partido en los sindicatos.»²⁰⁵ La degeneración progresiva del partido hizo que esa dirección desempeñara un papel cada vez más nocivo.

5-9 de diciembre

Séptimo Congreso panruso de los Soviets. (Hubo dos Congresos en 1917 y cuatro en 1918.) Se votó una resolución a favor de la gestión colectiva de la industria²⁰⁶. En el Congreso, Saprónov atacó a los impopulares «glavki», porque representaban según él un intento de instalar «una organización por departamentos en vez de una organización por soviets, un sistema burocrático en vez de un sistema democrático». Otro orador declaró que si se preguntara al pueblo «qué habría que destruir al día siguiente de la destrucción de Denikin y Kolchak, 90 % responderían: los «glavki» y los «centros»²⁰⁷.

16 de diciembre

Trotsky presenta ante el Comité central del partido sus Tesis sobre la transición de la guerra a la paz (que hablaban en particular de la «militarización del trabajo»), para que se discutieran exclusivamente en el seno del Comité central²⁰⁸. Decisiones fundamentales, relacionadas con las condiciones materiales de vida de millones de trabajadores rusos, iban a ser discutidas y aprobadas a puerta cerrada por los líderes del partido. Al día siguiente, la Pravda, dirigida por Bujarin, publicó «por error» las tesis de Bujarin (en realidad, con la intención de desacreditar a Trotsky). Para los que no se contentan con las apariencias, el episodio es un buen síntoma de las tensiones que sacudían al partido en aquella época.

Lenin apoyaba sin reservas a Trotsky en aquel momento. (La mitología trotskista ulterior -y no sólo ella- pretende que «quizá Trotsky se equivocara sobre la militarización del trabajo», pero que Lenin siempre se opuso a ella. Es absolutamente falso. Sólo doce meses más tarde, a finales de 1920, se opuso Lenin a Trotsky sobre ese asunto, como lo mostraremos después.)

Las proposiciones de Trotsky provocaron «un alud de protestas»²⁰⁹. Fue abucheado en las Conferencias de miembros, de administradores y de sindicalistas del partido²¹⁰.

Vale quizá la pena abrir un pequeño paréntesis sobre la actitud de los revolucionarios hacia las «medidas drásticas que exige la salvación de la revolución». Las masas han mostrado más de una vez en la historia que eran capaces de hacer enormes sacrificios cuando sentían que lo que estaba en juego era realmente fundamental. Sin embargo, el verdadero problema no es saber si tal o cual decisión era «demasiado drástica». El problema es saber de dónde viene la decisión. ¿Ha sido tomada por instituciones controladas desde abajo? ¿O, por un organismo separado de las masas, que se nombra a sí mismo y se reproduce por cooptación? Los miembros del Partido que se oponían a las medidas propuestas en aquel momento eran incapaces de escapar a la contradicción en la que estaban encerrados. Denunciaban tal o cual política del partido, pero no comprendían en qué medida sus propias concepciones organizativas habían desempeñado un papel en lo que le estaba ocurriendo a la revolución. Sólo algunos miembros de la Oposición obrera de

²⁰⁵I. Deutscher: Op. cit., p. 33.

²⁰⁶Preobrajenski, in *Deviati s'yezd RKP (b): Protokoli [Noveno Congreso del PCR (b). Actas]*, Moscú, IMEL, 1934, p. 72. (De ahora en adelante, Noveno Congreso del partido.)

²⁰⁷E.H. Carr: Op. cit., p. 184.

²⁰⁸I. Deutscher: Trotsky. El profeta armado (1879-1921), p. 446.

²⁰⁹Ibid., p. 450.

²¹⁰Ibid., p. 450.

1921 (de modo muy relativo) y del Grupo obrero de Miasnikov de 1922 (mucho más claramente) empezaron a comprender en qué consistía la nueva realidad.

27 de diciembre

Con el apoyo de Lenin, el gobierno creó la Comisión sobre el Trabajo obligatorio, cuyo presidente era Trotski (que seguía siendo Comisario de la Guerra).

1920

Enero

Hundimiento de los Blancos en Siberia. Inglaterra Francia e Italia suspenden el bloqueo.

El Sovnarkom publicó un decreto que estipulaba reglas que generalizaban el servicio del trabajo para «proporcionar una fuerza de trabajo a la industria, a la agricultura, al transporte y a otros sectores de la economía sobre la base de un plan económico general». Todos podían ser movilizados, excepcional o periódicamente, para diversos tipos de trabajo (agricultura, construcción, carreteras, abastecimientos, combustible, limpieza de nieve, transportes y «medidas para hacer frente a las calamidades públicas»). En un pequeño e inquietante inciso, el documento indicaba que era en cierto modo «lamentable que se hubiera perdido el antiguo aparato policiaco que era capaz de empadronar a los ciudadanos, no sólo en las ciudades sino también en el campo»²¹¹.

12 de enero

Reunión del Consejo Central panruso de los Sindicatos

En la reunión de la fracción bolchevique, Lenin y Trotski pidieron juntos que se aceptara la militarización del trabajo. De unos 60 líderes sindicalistas bolcheviques, sólo hubo 2 que les apoyaran. «Trotski y Lenin nunca habían encontrado una repulsa tan brusca.»²¹²

10-21 de enero

Tercer Congreso de los Consejos Económicos. En un discurso al Congreso, Lenin declara que «el principio colegial [la dirección colectiva] [...] es algo rudimentario, que puede ser necesario en una primera etapa, cuando hay que construir partiendo de cero [...] El paso a un trabajo práctico está ligado a la autoridad individual. Es el sistema que garantiza la mejor utilización de los recursos humanos»²¹³.

A pesar de esa exhortación, la oposición a los puntos de vista de Lenin y de Trotski progresaba lentamente. El Congreso adoptó una resolución a favor de la gestión colectiva de la producción.

Febrero

Conferencias Regionales del partido en Moscú y en Járkov, que se oponen a la «dirección por un solo hombre». La fracción bolchevique del Consejo central panruso de los Sindicatos adoptó la misma posición en sus reuniones de enero y de marzo²¹⁴. Tomski, conocido líder sindical y miembro del CCPS, presentó unas «Tesis» («sobre las tareas de los sindicatos») que fueron aceptadas a pesar de que implicaran una crítica de la posición de Lenin y de Trotski.

Las tesis de Tomski proclamaban que «el principio fundamental que sirve de guía al trabajo de los diversos organismos que dirigen y administran nuestra economía es el principio vigente: el de la dirección colectiva. Ese principio tiene que aplicarse de arriba a abajo: desde la dirección de la Vesenska hasta la administración de las fábricas. Sólo la dirección colectiva puede garantizar la participación de la gran masa de los sin partido, a través de los sindicatos». Pero seguía tratándose más de un asunto de oportunidad que de un

²¹¹Sobraniye UzakonenII, 1920, n° 8, art. 49. Y también Treti vserossiiski s'yezd professionalnij soyuzov [Tercer Congreso panruso de Sindicatos], 1920, I, Plenum, p. 50-51. (De ahora en adelante, Tercer Congreso Sindical.)

²¹²Ibid., p. 493.

²¹³V.I. Lenin Discurso al Tercer Congreso de los Consejos económicos, Sochineniya, XXV, p. 17.

²¹⁴E.H. Carr: Op. cit., II, p. 193.

asunto de principio. «Los sindicatos -proclamaba Tolski- son no sólo las organizaciones más capaces, sino también las más interesadas en el restablecimiento de la producción del país, y de su buen funcionamiento.»²¹⁵

La aceptación de las tesis de Tolski por una importante mayoría representó el punto culminante de la oposición al punto de vista de Lenin en el partido. Sin embargo, las dos tendencias sabían perfectamente que no era con resoluciones como se iban a solucionar las divergencias. Un peligro aún más serio para la dirección del partido vino de los esfuerzos de algunos elementos disconformes del partido en la industria para establecer un centro independiente, que les permitiera ulteriormente controlar a las organizaciones comunistas en los sindicatos. El problema del nombramiento de miembros del partido para ciertas actividades sindicales agravó la tensión entre las autoridades del partido y las de los sindicatos. La fracción del partido en el Consejo central panruso de los Sindicatos, dominado por la «izquierda», «intentaba conseguir una autoridad directa sobre los miembros del partido en los diversos sindicatos de la industria. Poco después del Noveno Congreso, la Fracción del partido en el CCPS votó una resolución que aprobaba ese intento, ya que hacía que todas las fracciones del partido en los sindicatos dependieran directamente de la fracción del partido en el CCPS, y no de las organizaciones «regionales» del partido. Eso hubiera creado un verdadero partido dentro del partido, una organización semiautónoma que abarcaba un porcentaje importante de los miembros del partido [...] La simple existencia de ese «subpartido» interno estaba ya en contradicción con los principios «centralistas»- sin hablar del hecho de que hubiera podido estar dominado por una oposición de «izquierda» a la dirección de Lenin [...] Era inevitable que se rechazara las demandas de autonomía de los sindicalistas en el partido ; y eso es exactamente lo que sucedió cuando se presentó la resolución al Orgburó»²¹⁶.

Las repercusiones que tuvo el episodio fueron interesantes. Al encontrarse con un conflicto entre la democracia y el centralismo, los «centralistas demócratas» mostraron en esa ocasión -y en muchas otras- que para ellos lo decisivo era el centralismo. Propusieron una resolución, votada por la organización de Moscú del partido, que estipulaba que «la disciplina de partido es siempre más importante que la disciplina sindical»²¹⁷. Pero el buró meridional del CCPS votó una resolución a favor de la autonomía de los sindicalistas del partido similar a la que había presentado la organización hermana -y la hizo aprobar por la 4a Conferencia Ucraniana del partido.

Marzo

Reunión en Moscú del Segundo Congreso panruso de los Trabajadores de la Industria de la alimentación (con influencia sindicalista). Se censuró al régimen bolchevique por haber instaurado «una dominación ilimitada e incontrolada sobre el proletariado y el campesinado, y haber llevado hasta el absurdo una centralización espantosa [...] destruyendo todo elemento de espontaneidad y de vida en el país». «La llamada dictadura del proletariado es en realidad una dictadura sobre el proletariado del partido, y hasta de unos cuantos individuos.»²¹⁸

29 de marzo-4 de abril

Noveno Congreso del partido

La guerra civil estaba prácticamente ganada. Las masas deseaban fervientemente poder gozar por fin del fruto de su revolución. Pero el Congreso anunció la continuación, en tiempo de paz, de algunos métodos del comunismo de guerra (requisa de la mano de obra, trabajo obligatorio, racionamiento estricto de los bienes de consumo, salario en especie, requisas de la producción agrícola en vez de impuestos). Los problemas que provocaron más discusiones fueron la «militarización del trabajo» y la «dirección por un solo hombre» en la industria. Las proposiciones que se hicieron al Congreso a ese respecto, representaban las ideas de Lenin y de Trotski sobre el periodo de reconstrucción industrial.

En las ideas de Trotski sobre la dirección del trabajo se sentía la enorme influencia de su experiencia de Comisario de la Guerra. Ya se había empleado en gran escala, en tareas forestales y en otros tipos de trabajo, a batallones que todavía no habían terminado su servicio. Según Deutscher, «era sólo un primer paso: del empleo de fuerzas armadas como batallones de trabajo a la organización de la fuerza de trabajo «civil» en unidades militares»²¹⁹. «No puede permitirse -declaró Trotski ante el Congreso- que la clase

²¹⁵ Tolski, «Zadachi prosyuzov» [«Las tareas de los sindicatos»]. Noveno Congreso del partido, apéndice 13, p. 534.

²¹⁶ R.V. Daniels: Op. cit., p. 126.

²¹⁷ «Tesis del Comité Provincial de Moscú del PCR», Noveno Congreso del partido, apéndice 15, p. 542.

²¹⁸ Vmesto programma: rezoliutsii I i II veserosliskij konferentsil anarjo-sindikalistov, Berlín, 1922, p. 28.

²¹⁹ I. Deutscher: Soviet Trade Unions, p. 36.

obrero se pasee por toda Rusia. Hay que decir a los obreros dónde tienen que estar, trasladarlos y dirigirlos como si fueran soldados [...] La obligación de trabajar debe alcanzar su grado de intensidad más elevado durante la transición del capitalismo al socialismo [...] A los «desertores» del trabajo, hay que meterlos en batallones disciplinarios, o en campos de concentración.» Trotski defendió los «salarios que sirven de estímulo para los trabajadores eficaces» y la «emulación socialista», y habló de la «necesidad de adoptar lo que hay de esencialmente progresista en el taylorismo»²²⁰.

Para Lenin y Trotski, el gran problema en la dirección de la industria era la «eficacia económica»; y como para la burguesía (antes y después de ellos), eficacia quería decir dirección individual. Se daban cuenta, sin embargo, de que los obreros encontrarían que la píldora tenía un sabor demasiado amargo, y que había que tener mucho cuidado. «La dirección individual -anunciaba suavemente la resolución oficial- no significa en modo alguno una limitación de los derechos de la clase obrera o de los sindicatos, ya que la clase puede ejercer su poder de diferentes modos, según sea técnicamente oportuno. Es la clase dirigente en su conjunto [identificada una vez más con el partido, M.B.] quien en cada caso « nombra » a individuos en puestos de dirección y de administración.»²²¹ Esas precauciones no eran inútiles. Los obreros no habían olvidado que en el Primer Congreso sindical de enero de 1918, una de las resoluciones anunciaba que «la misión del control obrero es acabar con la autocracia en el terreno económico, como se ha acabado con ella en el terreno político»²²²

Se proyectó rápidamente varios tipos de dirección industrial²²³. Es dudoso que al elaborar esos proyectos, a Lenin y a Trotski les preocuparan mucho consideraciones de tipo doctrinal como las de Kritzman, el teórico comunista «de izquierda», que escribía que la dirección colectiva era «el signo distintivo, específico, del proletariado [...], que le distingue de todas las otras clases sociales [...], el más democrático de los principios de organización»²²⁴. Y (en la medida en que tenía un punto de vista de principio sobre el asunto) lo único que se le ocurrió a Trotski es declarar que la dirección colectiva era «una idea menchevique».

En el Noveno Congreso, el grupo Centralista democrático (Osinski, Saprónov, Preobrajenski) se opuso violentamente a Lenin y a Trotski. Smirnov, que debía tener el don de profecía, preguntó por qué, si la dirección individual era algo tan excelente, no se aplicaba en el Sovnarjom (el Consejo de los Comisarios del pueblo). Lutovinov, un líder de los metalúrgicos, que iba a desempeñar, ese mismo año, un papel importante en el desarrollo de la Oposición obrera, afirmó que «sólo el sindicato correspondiente puede asumir la responsabilidad de estar a la cabeza de un sector de producción. Y si se trata de la industria en su conjunto, ahí está el Consejo central panruso de Sindicatos -y no puede haber nadie más»²²⁵. Shliápnikov pidió de modo explícito una «separación de poderes» entre el partido, los soviets y los sindicatos²²⁶. Hablando en nombre de los centralistas democráticos, Osinski apoyó la idea de Shliápnikov. Observó que había un «choque de varias culturas» (la cultura «soviética-militar», la cultura «soviética-civil», y el movimiento sindical, que había creado su propia esfera cultural). Era pues impropio aplicar a todas las esferas culturales algunos métodos particulares (como la militarización) que sólo eran apropiados en una de ellas²²⁷. O sea que al caer en la trampa, más valía no olvidar que la había preparado uno mismo.

Sobre la «dirección por un solo hombre», los centralistas-democráticos» tenían también una posición que soslayaba el verdadero problema. Una resolución que habían votado poco antes en la Conferencia provincial de Moscú del partido quitaba importancia a la cosa. «La cuestión del sistema colegial [la dirección colectiva] y de la autoridad individual es una cuestión práctica, y no de principio. Hay que resolverla en cada caso según las circunstancias.»²²⁸ Aunque señalaran con toda la razón que la dirección colectiva no tiene en sí misma virtudes intrínsecas, no comprendieron que el verdadero problema era el de la relación entre la dirección (individual o colectiva) y los dirigidos. O sea, una vez más, de dónde proviene la autoridad de «uno» -o «varios», poco importa- dirigentes.

Lenin estaba decidido a no hacer concesiones a la autonomía sindical. «El Partido Comunista ruso no puede aceptar en modo alguno que sólo la dirección política corresponde al partido, y que la dirección económica pertenezca a los sindicatos.»²²⁹ Krestinski dijo de las ideas de Lutovinov que eran

²²⁰ L. Trotski: *Sochineniya*, vol. XV, p. 126.

²²¹ Noveno Congreso del partido, p. 128.

²²² Primer Congreso Sindical, p. 269-272.

²²³ I. Deutscher: *Op. cit.*, p. 35.

²²⁴ L. Kritzman: *Geroicheski period ruskoi revoliutsii* [El periodo heroico de la Revolución rusa], Moscú y Leningrado, 1926, p. 83.

²²⁵ Noveno Congreso del partido, p. 254-255.

²²⁶ *Ibid.*, p. 563, n. 32.

²²⁷ *Ibid.*, p. 123-124.

²²⁸ *Ibid.*, p. 571, n. 75.

²²⁹ «A las organizaciones del PCR (b) sobre la cuestión del orden del día del Congreso del partido», *ibid.*, apéndice

«anarcosindicalismo de contrabando»²³⁰. A petición de Lenin, el Congreso pidió a los sindicatos que «explicaran a las grandes masas de la clase obrera que la reconstrucción industrial sólo podría triunfar si se llegaba a limitar al mínimo la administración colectiva y se introducía gradualmente la dirección individual en las unidades encargadas directamente de la producción»²³¹. Había que aplicar la dirección individual a todas las instituciones, desde los trust del Estado hasta las fábricas aisladas. «El principio de la elección debe ser sustituido por el principio de la selección.»²³² La dirección colectiva era «utópica», «nada práctica» y «nociva»²³³. El Congreso pidió también que se luchara «contra la presunción ignorante [...] de elementos demagogos [...] que creen que la clase obrera puede resolver sus problemas sin utilizar a especialistas burgueses en los puestos de mayor responsabilidad [...] No puede haber sitio en las filas del partido del socialismo científico para esos demagogos que atizan ese tipo de prejuicio en los sectores atrasados de la clase obrera»²³⁴.

El Noveno Congreso decidió explícitamente que «ningún grupo sindical puede intervenir directamente en la gestión industrial», y que los Comités de fábrica «deben consagrarse a asuntos de disciplina de trabajo, de propaganda y de educación de los obreros»²³⁵.

Para evitar que las tendencias a la «independencia» volvieran a nacer entre los líderes sindicales, los conocidos elementos «proletarios» Bujarin y Radek entraron en el Consejo central panruso de Sindicatos para representar a la dirección del partido, y vigilar con ojo atento el trabajo del CCPS²³⁶. Claro está, todo eso estaba en flagrante contradicción con el espíritu de las decisiones tomadas el año anterior durante el Octavo Congreso del partido, y en particular con el famoso punto 5 de la «sección económica» del programa del partido de 1919.

Es una ilustración bastante clara de lo vulnerable que empezaba a ser la clase obrera, después de haber tenido que abandonar su verdadero poder, el que tuvo en la producción, por ese sustituto ilusorio, el poder político de «su» partido. La política que propugnaba Lenin se aplicó enérgicamente. A finales de 1920, de 2.051 empresas sobre las que tenemos información, 1.783 estaban ya «dirigidas por un solo hombre»²³⁷.

Hubo también cambios en el régimen interno del partido durante ese Noveno Congreso, que provocaron una tempestad de protestas. Los Comités locales del partido (al menos «formalmente» democráticos) empezaron a ser sometidos a «departamentos políticos» creados de modo burocrático. «La creación de esos organismos, imponía un control estricto desde arriba a toda actividad política en el taller, la industria, la organización o la localidad que fuera de su jurisdicción [...] Esa innovación [...] copiada del Ejército [...] estaba destinada más bien a transmitir propaganda desde arriba que opiniones desde abajo.»²³⁸ Se hicieron de nuevo algunas concesiones verbales, en medio de numerosas consignas de unidad. Tanto durante el Congreso como algo más tarde, ese mismo año, «los disconformes cometieron el error de concentrar sus esfuerzos en intentos de reforma de las instituciones políticas en la cúspide, de rectificación de las formas del control político, o tratando de inyectar un poco de sangre fresca en la dirección -sin ocuparse prácticamente para nada de las verdaderas fuentes de poder [...] Creían ingenuamente que una mejor organización era el arma más eficaz contra la burocracia»²³⁹.

Por último, el Noveno Congreso concedió al Orgburó (creado el año anterior y compuesto por 5 miembros del Comité central) el derecho a trasladar de un puesto a otro a los miembros del partido, sin someter el asunto al Politburó. Una vez más -y no iba a ser la última-, a cambios reaccionarios en la política industrial correspondieron cambios reaccionarios en la estructura interna del partido.

2, p. 474.

²³⁰ Pravda, 2 de marzo de 1920.

²³¹ «Po voprosu o professionalnij soyuzoj i ij organizatsii» [«Sobre la cuestión de los sindicatos y de su organización»], Noveno Congreso del partido, Resoluciones, I, p. 493.

²³² «Los sindicatos y sus tareas» (tesis de Lenin), *ibid.*, apéndice 12, p. 532.

²³³ *Ibid.*, p. 26 y 28.

²³⁴ *Ibid.*

²³⁵ Lenin dirá en el XI Congreso, en 1922, que «la concentración de todo el poder en las fábricas en manos de la dirección es absolutamente indispensable [...] Toda intervención directa de los sindicatos en la administración de las empresas, en estas condiciones, debe considerarse, indudablemente, nociva e inadmisibles.» (Resoluciones, I, p. 607, 610.612.)

²³⁶ V.I. Lenin: Noveno Congreso del partido, p. 96.

²³⁷ L. Kritzman: *Op. cit.*, p. 83.

²³⁸ R.V. Daniels: *Op. dt.*, p. 114.

²³⁹ *Ibid.*, p. 115 y 117.

Abril

Trotsky obtiene el Comisariado de los Transportes, además de su puesto en la Defensa. «El Politburó [...] le ofreció apoyarlo sin reservas en cualquier decisión que tomara, por rigurosa que fuese.»²⁴⁰ Rogamos a los defensores del mito de la supuesta oposición leninista a los métodos de Trotsky que tomen nota.

4-15 de abril

Tercer Congreso panruso de los Sindicatos. Trotsky declara que «la militarización del trabajo [...] es el método básico indispensable para organizar nuestra fuerza de trabajo [...] ¿Es cierto que el trabajo forzado es siempre improductivo? [...] Se trata del más absurdo y ridículo de los prejuicios liberales [...] La esclavitud fue en su época un fenómeno progresivo [...] El trabajo [...] obligatorio en todo el país, para todos los obreros, es la base del socialismo [...] Los salarios [...] no deberían calcularse sobre las necesidades del obrero individual», sino «medir la conciencia y la eficacia del trabajo de cada obrero»²⁴¹. Trotsky subrayó que la coerción y la militarización del trabajo no eran simples medidas de emergencia. Era normal que el Estado obrero tuviera derecho a obligar a cualquier ciudadano a realizar cualquier tipo de trabajo en cualquier momento²⁴². La filosofía del trabajo que inspiraba los actos de Stalin en los años treinta era la de su enemigo Trotsky -aplicada al pie de la letra.

Lenin se vanaglorió públicamente en ese Congreso de haber sido partidario de la gestión por un solo hombre desde el primer momento. Afirmó que, en 1918, «había señalado la necesidad de admitir la autoridad dictatorial de individuos aislados si se quería realizar el ideal soviético»²⁴³, que en aquel momento «no había la menor divergencia sobre el problema [la «dirección por un solo hombre»]». La última afirmación era desde luego falsa -aunque no se saliera de las filas del partido. Basta con echar una ojeada a la colección de *Kommunist* para saberlo.

Junio-julio

A mediados de 1920, los cambios (de haber alguno) en la dura realidad de la vida de la clase obrera rusa no eran muy numerosos. Años de guerra mundial, una guerra civil, la intervención militar extranjera, las destrucciones, el sabotaje, la sequía, el hambre endémica, y el bajo nivel inicial de las fuerzas productivas: cualquier mejora material hubiera sido difícil. Pero hasta la visión del porvenir era borrosa. En la Rusia «soviética» de 1920, los obreros estaban «sometidos de nuevo a la autoridad de la dirección, a la disciplina del trabajo, a los «estímulos» en dinero, al «scientific management»- a todas las formas tradicionales de organización industrial capitalista, con los mismos directores burgueses, con la diferencia de que el propietario era ahora el Estado»²⁴⁴.

Un profesor «blanco» que llegó a Omsk viniendo de Moscú en otoño de 1919 contaba que «a la cabeza de muchos de los centros y de los «glavki» se encuentran muchos antiguos patronos, funcionarios y directores. Visitando los centros, quien conozca personalmente al viejo mundo de los negocios, comercial e industrial, se sorprenderá al ver a antiguos propietarios de grandes industrias de la piel en el Glavkozkh, a grandes fabricantes en las Organizaciones centrales del textil, etc.»²⁴⁵.

En esas circunstancias, no es de extrañar que la unidad artificial del Noveno Congreso sólo durara unos cuantos meses. Durante el verano y el otoño, aparecieron con la mayor claridad las divergencias sobre temas como la burocracia en el interior del partido, las relaciones de los sindicatos con el Estado, y hasta la naturaleza de clase del propio Estado. Surgieron grupos de oposición prácticamente a todos los niveles. A finales de año (después de que acabara la guerra ruso-polaca), el descontento sofocado estalló por fin. En otoño, la autoridad de Lenin iba a ser impugnada como nunca lo había sido desde el movimiento de los comunistas «de izquierda» de los primeros meses de 1918.

Julio

Publicación de una obra clásica de Trotsky, *Terrorismo y Comunismo* (justo antes del Segundo Congreso de la Internacional Comunista). Esa obra presenta las ideas de Trotsky sobre la organización «socialista» del

²⁴⁰ I. Deutscher: Trotsky. El profeta armado (1879-1921), p. 456.

²⁴¹ Tercer Congreso Sindical, p. 87-97.

²⁴² I. Deutscher: Op. cit., p. 458.

²⁴³ Trade Unions in Soviet Russia (Labour Research Department and ILP Information Committee). Noviembre de 1920. British Museum (Press Mark: 0824-bb-41).

²⁴⁴ R.V. Daniels: Op. cit., p. 107.

²⁴⁵ G.K. Gins: Sibir, Soyuzniki, Kolchak, Pekín, 1921, p. 429.

trabajo del modo más acabado y lúcido, y sin la menor ambigüedad. «La organización de la nueva sociedad es esencialmente organización del trabajo: históricamente, toda forma de sociedad es fundamentalmente una forma de organización del trabajo.» «La creación de una sociedad socialista significa la organización de los obreros sobre nuevas bases, su adaptación a esas bases, y su reeducación con un objetivo: el aumento de la productividad del trabajo.» Hay que intentar que los salarios, en dinero y en especie, correspondan del modo más exacto posible con la productividad del trabajo individual. En el régimen capitalista, el trabajo por piezas o a destajo, el empleo del sistema de Taylor, etc. estaban destinados a aumentar la explotación de los obreros y arrancarles la plusvalía. En un sistema socialista, el trabajo por piezas, las primas, etc., están destinados a aumentar el volumen de la producción social [...] Los obreros que contribuyen más que otros adquieren el derecho a recibir una proporción mayor de esa producción social que los haraganes, los chapuceros y los que lo desquician todo.» «En sí mismo, el principio de la obligación del trabajo no puede ni ser discutido por comunistas [...] La única solución correcta, teórica y práctica, de los problemas económicos, es considerar que cuando se necesita una fuerza de trabajo, toda la población del país constituya una reserva -una reserva prácticamente inagotable, y que hay que organizar de modo estricto su registro, su movilización y su utilización.» «La implantación del trabajo obligatorio es imposible si no se aplican, en mayor o menor grado, los métodos de militarización del trabajo.» «Los sindicatos deberían disciplinar los obreros, y enseñarles a que coloquen el resultado de la producción por encima de sus intereses y de sus demandas.» «El joven Estado obrero necesita a los sindicatos, no para que intenten obtener una mejora de las condiciones de trabajo, sino para que organicen a la clase obrera con un objetivo: la producción.» «Sería un error grosero confundir el problema de la supremacía del proletariado con el de la composición -obrero o no- de los grupos que dirigen a las fábricas. La dictadura del proletariado se manifiesta en la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, en la supremacía en el aparato de los soviets de la voluntad proletaria [eufemismo que quiere decir: el partido. M.B.], y no, ni mucho menos, en la forma en que se administra tal o cual empresa.» «Creo que si la guerra civil no hubiera arruinado nuestros órganos económicos privándoles de sus mejores elementos, de los más llenos de iniciativa, hubiéramos adoptado mucho más pronto y con menos problemas la «dirección por un solo hombre» en el terreno de la administración económica.»

Agosto

Debido a la guerra civil -y a otros factores de los que se habla menos, como la actitud de los obreros de los ferrocarriles hacia el «nuevo» régimen-, los ferrocarriles rusos habían cesado prácticamente de funcionar. Trotski, Comisario de los Transportes, obtuvo poderes excepcionales para que pusiera en práctica sus teorías sobre la «militarización del trabajo». Trotski empezó por aplicar la ley marcial a todo el personal de los ferrocarriles y de los talleres de reparación. Cuando el sindicato de los ferrocarriles protestó, Trotski destituyó brutalmente a sus dirigentes y, con el apoyo y la aprobación totales de la dirección del partido, «nombró a otros que estaban dispuestos a acatar sus órdenes. Repitió este procedimiento en otros sindicatos de los transportes»²⁴⁶.

Principios de septiembre

Creación del Tsektran (Órgano Administrativo de los Ferrocarriles). El Tsektran, que era en gran parte una idea de Trotski, fue el producto de la fusión (forzada) del Comisariado de los Transportes, de los sindicatos de los ferrocarriles y de los órganos del partido («departamentos políticos») de ese sector. Todo el sistema de transportes por tren y por barco dependía del Tsektran. Trotski se puso a su cabeza, y dirigió el Tsektran con métodos rígidamente militares y burocráticos. «El Politburó lo apoyó sin reservas tal como se lo había prometido.»²⁴⁷ Y los ferrocarriles volvieron a funcionar. Pero el daño que se infligió a la imagen del partido en las masas fue incalculable. Los que se preguntan por qué, años después, fue Trotski incapaz de obtener un apoyo de masas en su lucha, en el interior del aparato, contra la burocracia «estalinista», deberían reflexionar sobre casos como éste.

22-25 de septiembre

Novena Conferencia del partido. Zinoviev presentó el informe oficial en nombre del Comité central. Saprónov leyó un informe de la minoría «centralista-democrática», que era bastante numerosa en la Conferencia. Lutovinov habló en nombre de la Oposición obrera, que acababa de crearse. Pidió que se tomaran medidas inmediatas para restablecer la democracia proletaria, que se abandonara definitivamente el sistema del nombramiento desde arriba a puestos «formalmente» elegidos, y que se purgara al partido de los elementos oportunistas que estaban entrando en masa. Exigió también que el Comité central cesara

²⁴⁶ Ibid., p. 459.

²⁴⁷ Ibid. p. 459.

de intervenir constantemente y de modo excesivo en la vida de los sindicatos y de los soviets.

La dirección tuvo que dar un paso atrás. Zinoviev se abstuvo de responder a las principales quejas. Se votó una resolución que insistía en que era necesario que hubiera una «igualdad total dentro del partido» y que denunciaba «el dominio sobre los miembros de la base de burócratas privilegiados». La resolución pedía al Comité central que hiciera más «sugerencias» y menos nombramientos desde arriba, y que se abstuviera de tomar «medidas disciplinarias de traslado por motivos políticos»²⁴⁸.

A pesar de esas concesiones verbales, el portavoz de la dirección, Zinoviev, consiguió que la Conferencia de septiembre aceptara la creación de las Comisiones de Control centrales y regionales, que iban a desempeñar un papel importante en la burocratización ulterior del partido, cuando sus primeros dirigentes (Dzerjinski, Preobrajenski y Muranov) fueron sustituidos por acólitos de Stalin.

Octubre

Firma del Tratado de Paz con Polonia.

2-6 de noviembre

Quinta Conferencia panrusa de los Sindicatos. Trotski declara que hay que acabar con la existencia paralela de sindicatos y de órganos administrativos, responsable según él de la confusión reinante. Y eso sólo puede conseguirse transformando a las organizaciones sindicales (professionalni) en organizaciones de producción (proizvodstvenni). Y si los dirigentes sindicales protestan, habría que «sacudirles» como se hizo con los de los ferrocarriles. Palabras «contundentes» (Lenin).

14 de noviembre

El general Wrangel evacua Crimea. Fin de la guerra civil.

Noviembre

Conferencia Provincial del partido de Moscú. Los grupos de oposición en el interior del partido se refuerzan rápidamente. La Oposición obrera, que acababa de formarse, los «centralistas- democráticos» y el grupo Ignatov (una fracción local de Moscú aliada a la Oposición obrera, con la que fusionaría más tarde) consiguieron 124 delegados en esa conferencia, frente a 154 para los partidarios del Comité central²⁴⁹.

8-9 de noviembre

Reunión del Pleno del Comité central. Trotski presentó un «proyecto de tesis preliminar» titulado «Los sindicatos y su papel futuro». «Es necesario reorganizar inmediatamente a los sindicatos, o sea hacer una selección en su equipo dirigente» (Tesis 5). Aturdido por su propio éxito, Trotski amenazó de nuevo con «sacudir» a varios sindicatos «en la misma forma que había «sacudido» a los de los obreros de los transportes»²⁵⁰. Lo que había que hacer era «reemplazar a agitadores irresponsables [¡sic!] por sindicalistas interesados por la producción»²⁵¹. Cuando se votó, las tesis de Trotski fueron rechazadas por un solo voto, 8 contra 7. Lenin entonces «le retiró su apoyo en forma tajante y convenció al Comité central de que hiciera lo mismo»²⁵². Una resolución opuesta presentada por Lenin fue aprobada por 10 votos contra 4. Pedía una «reforma del Tsektran», preconizaba «formas sanas de la militarización del trabajo»²⁵³ y proclamaba que «el partido debe educar y apoyar [...] a un nuevo tipo de sindicalista, al organizador económico enérgico e imaginativo que se enfrentará con los problemas económicos pensando no en la distribución y el consumo, sino en el aumento de la producción»²⁵⁴.

Ya se ve cuál era la idea dominante. El «error» de Trotski había sido llevarla hasta sus últimas consecuencias lógicas. Y el partido necesitaba ahora una víctima propiciatoria. El Pleno «prohibió a Trotski

²⁴⁸ Izvestia del Comité central, 12 de octubre de 1920.

²⁴⁹ Décimo Congreso del partido, p. 829, n. 2.

²⁵⁰ I. Deutscher: Op. cit., p. 459.

²⁵¹ I. Deutscher: Soviet Trade Unions, p. 41.

²⁵² I. Deutscher: Trotski. El profeta armado (1879-1921), p. 459.

²⁵³ V.I. Lenin: Selected Works, vol. IX, p. 30.

²⁵⁴ G. Zinoviev: Sochineniya, Moscú, 1924-1926, VI, p. 599-600.

hablar en público sobre las relaciones entre los sindicatos y el Estado»²⁵⁵.

2 de diciembre

En un discurso ante el Pleno ampliado del Tsektran, Trotski declaró que «una administración civil competente y jerárquicamente organizada tenía sus méritos, y Rusia no sufría por el exceso sino por la falta de una burocracia eficiente»²⁵⁶. «La militarización de los sindicatos y la militarización de los transportes exigen una militarización interna, ideológica.»²⁵⁷ Frases como ésta permitieron más tarde a Stalin llamar a Trotski «el patriarca de los burócratas»²⁵⁸. Cuando el Comité central le echó en cara sus declaraciones, «Trotski, enojado, les recordó a Lenin y a los demás miembros las numerosas ocasiones en que le habían instado en privado a él [...] a que obrara inflexiblemente, y sin miramientos democráticos. Era desleal por parte de ellos [...] pretender en público que defendían el principio democrático en oposición a él»²⁵⁹.

7 de diciembre

En un Pleno del Comité central, Bujarin presentó una resolución sobre la «democracia de la producción». La expresión puso furioso a Lenin. Era «torpe y artificial», «un embrollo», «un desatino», y «carecía de todo sentido»²⁶⁰. «La «democracia de la producción» es un término que puede originar malentendidos. Se puede entender en el sentido de negación de la dictadura y de la dirección «unipersonal.»²⁶¹ «[L]os premios en especie y los tribunales disciplinarios de camaradas tienen cien veces más importancia para dominar la economía, dirigir la industria y elevar el papel de los sindicatos en la producción que las palabras totalmente abstractas (y por eso huecas) sobre la «democracia de la producción», la «fusión» etc.»²⁶²

La oposición más virulenta a las ideas de Trotski sobre la «militarización del trabajo» vino de los sectores del partido más estrechamente ligados a los sindicatos. No sólo algunos de esos miembros del partido habían dominado el Consejo central de Sindicatos hasta aquel momento, sino que además «la doctrina de la responsabilidad autónoma de los sindicatos les favorecía directamente»²⁶³. En otras palabras, eran ya, hasta cierto punto, burócratas sindicales. La Oposición obrera se desarrolló en parte en ese medio.

En aquel momento, el aparato político-económico dirigente era ya bastante diferente del que hemos visto aparecer en 1918. Dos años bastaron para que el aparato del partido consiguiera controlar políticamente el Estado de modo indiscutible (a través de los soviets burocratizados). Había conseguido también un control casi completo del aparato económico (por medio de los funcionarios sindicales y los directores de la industria nombrados por él). Esos diversos grupos habían adquirido la competencia y la experiencia necesarias para convertirse en una categoría social con una función específica: dirigir la sociedad rusa. Su fusión era inevitable.

22-29 de diciembre

Reunión en Moscú del Octavo Congreso panruso de los Soviets. Fue la ocasión de que aparecieron públicamente las divergencias sobre el problema sindical que se habían desarrollado en el interior del partido, y que salían ahora inevitablemente de su marco.

El contenido del discurso de Zinoviev permite hacerse una idea del grado que había alcanzado la oposición a la política oficial del partido: «Tenemos que establecer un contacto más íntimo con los trabajadores. Tenemos que hacer mítines en los cuarteles, en los pueblos y en las fábricas. Las masas comprenderán entonces [...] que no bromeamos cuando decimos que va a empezar una nueva era, que en cuanto podamos respirar un poco de nuevo haremos nuestras reuniones políticas en las fábricas [...] Se nos pregunta qué es para nosotros la democracia obrera y campesina. Respondemos nada más y nada menos que lo que era para nosotros en 1917. Hay que restablecer el principio de la elección en la democracia obrera y campesina [...] Si hemos privado a los obreros y los campesinos de derechos democráticos

²⁵⁵ I. Deutscher: Op. cit., p. 460. El Comité central anuló esa sanción en su reunión del 24 de diciembre, y decidió también que era necesario discutir abiertamente sobre el problema.

²⁵⁶ Ibid., p. 460.

²⁵⁷ L. Trotski: Sochineniya, XV, p. 422-423.

²⁵⁸ J. Stalin: Sochineniya, VI, p. 29.

²⁵⁹ I. Deutscher: Op. cit., p. 460.

²⁶⁰ V.I. Lenin: «Insistiendo sobre los sindicatos, el momento actual y los errores de Trotski y Bujarin», OE, 3, p. 542. —

²⁶¹ Ibid., p. 543.

²⁶² Ibid., p. 545.

²⁶³ R.V. Daniels: Op. cit., p. 125.

elementales, ya es hora de acabar con esa situación.»²⁶⁴

Ese súbito interés de Zinoviev por la democracia no podía ser tomado muy en serio, ya que sus motivos eran claramente oportunistas (formaba parte de una campaña para desacreditar a Trotski). En aquella época, los oradores que querían hacer reír al público solían conseguirlo fácilmente seleccionando citas de Zinoviev sobre los derechos democráticos²⁶⁵.

30 de diciembre

Reunión común de la fracción del partido del Octavo Congreso de los Soviets, de los miembros del partido del Consejo central panruso de Sindicatos, y de los miembros del partido de varias organizaciones más, en el Teatro Bolchoi de Moscú para discutir sobre la «cuestión sindical». Todos los principales protagonistas de la discusión pudieron exponer sus posiciones²⁶⁶.

Para Lenin, los sindicatos eran «receptáculos de poder estatal»: tenían que proporcionar una base social amplia a «la dictadura proletaria que ejerce el partido», una base que era absolutamente necesaria teniendo en cuenta el carácter campesino del país. Los sindicatos debían ser el «vínculo» o «mecanismo de transmisión» entre el partido y las masas de obreros sin partido. Los sindicatos no podían ser autónomos, no podían desempeñar un papel independiente en el inicio o la aplicación de una política. Tenían que estar fuertemente sometidos a la influencia del pensamiento del partido, y realizar la educación política de las masas según normas determinadas por el partido. Se convertirían así en «escuelas del comunismo» para sus 7 millones de miembros²⁶⁷. Pero el maestro debía ser el partido. Como diría más tarde en una resolución del X Congreso del partido: «El Partido Comunista ruso, representado por sus organizaciones centrales y regionales, sigue siendo el guía indiscutible de todo el trabajo ideológico de los sindicatos.»²⁶⁸

Lenin insistió sin embargo en que los sindicatos no podían ser instrumentos del Estado. Trotski se equivocaba al afirmar que ya no era necesario que los sindicatos defendieran a los obreros puesto que el Estado era un Estado obrero. «La naturaleza de nuestro Estado es tal que el conjunto del proletariado organizado debe defenderse a sí mismo nosotros [sic] debemos utilizar esas organizaciones obreras para defender a los obreros contra su propio Estado, y para que los obreros defiendan nuestro Estado.» (Las palabras en negritas suelen olvidarse cuando se cita este célebre pasaje.)

Según Lenin, no había que considerar que la militarización fuera un rasgo permanente de una política socialista del trabajo. Había que utilizar tanto la persuasión como la coerción. Aunque fuera normal [sic] que el Estado nombrara a funcionarios desde arriba [júzguese el camino recorrido desde las declaraciones que hemos señalado en mayo de 1917], sería inoportuno que los sindicatos hicieran lo mismo. Los sindicatos debían hacer sugerencias para ciertos puestos económico-administrativos, y cooperar en la planificación. Debían vigilar, mediante departamentos especializados, el trabajo de la administración económica.

El Consejo central panruso de Sindicatos se encargaría de fijar las tarifas de salarios; y había que luchar a ese respecto contra el igualitarismo extremado de la Oposición obrera. La función de la política de salarios era «introducir disciplina en el trabajo y aumentar la productividad»²⁶⁹. Los miembros del partido «ya habían parlotado bastante sobre los principios de Smolni. Ahora, después de tres años, había decretos sobre todos los aspectos del problema de la producción»²⁷⁰. Y Lenin añadió días más tarde: «Los acuerdos en orden a la militarización del trabajo, etc., son indiscutibles y no tengo la menor necesidad de retirar mis

²⁶⁴ Vosmoi vserossiiski s'yezd sovetov: stenograficheski otchet [Octavo Congreso panruso de los Soviets: actas estenográficas], Moscú, 1921, p. 324.

²⁶⁵ L. Schapiro: *The Origin of the Communist Autocracy*, Praeger, N.Y., 1965, p. 271 (primera edición, Londres, 1955).

²⁶⁶ Hemos utilizado para estos resúmenes la minuciosa descripción de Deutscher en *Soviet Trade Unions*, p. 4252. «Durante las discusiones que prepararon el Congreso, surgieron gran número de fracciones y de grupos, cada uno con sus propias ideas y sus «tesis» sobre los sindicatos. Las diferencias entre algunos de esos grupos eran muy sutiles, y casi todos los grupos se referían a principios tan similares que a veces el objeto de la discusión parecía algo casi irreal.» Finalmente, sólo se presentaron tres mociones en el Congreso: la de Lenin (la «Plataforma de los diez»), la de Trotski y Bujarin, y las propuestas de la Oposición obrera. Deutscher señala que «al comparar esas mociones, a veces se oscurece en vez de aclararse el problema con el que se enfrentaba el Congreso; ya que, por motivos tácticos, los autores de cada una de las mociones incorporaron pasajes de las de sus adversarios, y esfumaron así un tanto las verdaderas divergencias.»

²⁶⁷ Según las cifras presentadas por Zinoviev al X Congreso del partido, el número de miembros de los sindicatos era de 1,5 millones en julio de 1917, 2,6 millones en enero de 1918, 3,5 millones en 1919, 4,3 millones en 1920 y 7 millones en 1921.

²⁶⁸ «O i roli zadachaj profsoyuzov» [«Sobre el papel y las tareas de los sindicatos»], Décimo Congreso del partido, Resoluciones, I, p. 536-542.

²⁶⁹ I. Deutscher: *Soviet Trade Unions*, p. 51.

²⁷⁰ V.I. Lenin: *Selected Works*, vol. IX, p. 6.

burlas hechas a las invocaciones a la democracia por parte de quienes rebatían esos acuerdos. De ahí se desprende únicamente que ampliaremos la democracia en las organizaciones obreras sin hacer de ello, ni mucho menos, un fetiche [...]»²⁷¹

Trotsky afirmó una vez más que creía que «la transformación de las organizaciones profesionales (sindicales) en organizaciones de producción [...] era la mayor tarea de la época [...] Los sindicatos deberían calcular continuamente qué valían sus miembros desde el punto de la producción, y disponer siempre de una estimación precisa de la capacidad productiva de cada obrero». Añadió que sería conveniente que los mismos individuos ocuparan la tercera parte o la mitad de los puestos de los organismos de dirección de los sindicatos y de la administración económica, para acabar con el antagonismo entre las dos instancias. Debía permitirse que los técnicos y los administradores burgueses que eran miembros con plenos derechos de un sindicato pudieran ocupar puestos de dirección, sin ser vigilados por comisarios. Había que asegurar un ingreso mínimo a los obreros, y estimular después una concurrencia entre obreros en el «trabajo de choque» (udarnichestvo) en la producción.

La posición de Bujarin había evolucionado rápidamente. Lo que intentaba hacer ahora era llegar a una especie de compromiso entre el punto de vista oficial del partido y las ideas de la Oposición obrera. Pensaba que tenía que crearse una «democracia obrera en la producción»; tenía que efectuarse al mismo tiempo una «gubernamentalización» de los sindicatos y una «sindicalización» del Estado. «El resultado lógico e histórico [de ese proceso] será no la absorción de los sindicatos por el Estado proletario, sino la desaparición de las dos categorías -tanto de los sindicatos como del Estado- y la creación de una tercera categoría : la sociedad organizada sobre principios comunistas.»²⁷² Según Lenin, la plataforma de Bujarin era «una desviación sindicalista, inconciliable con el comunismo»²⁷³. «El partido no está contra toda ampliación de los derechos de los obreros sin partido, mas no hace falta cavilar mucho para comprender por qué senda se puede ir y por cuál no se puede ir en ese caso.»²⁷⁴ «Si los sindicatos, compuestos en sus nueve décimas partes por obreros sin partido, nombran a los dirigentes en la industria, ¿para qué sirve el partido ?» «Hemos pasado -añadió amenazadoramente- de pequeñas discrepancias a una desviación sindicalista que representa una ruptura completa con el comunismo, y una escisión inevitable en el partido.»²⁷⁵ El célebre folleto de Lenin, *Insistiendo sobre los sindicatos...*, que criticaba la posición de Trotsky, contiene otras críticas de la de Bujarin²⁷⁶.

Las ideas de la Oposición obrera (que Kollontai y otros elaboraron más tarde de modo más completo) fueron defendidas en la reunión de Moscú por el metalúrgico Shliápnikov. Explícita o implícitamente, preconizaban el dominio de los sindicatos sobre el Estado. «La Oposición obrera se refería, claro está, al «Punto 5» del programa de 1919, y acusaba a la dirección del partido de traicionar las promesas que había hecho a los sindicatos [...] Afirmaba que durante los dos últimos años la dirección del partido y los organismos gubernamentales habían limitado sistemáticamente el alcance de la actividad sindical, y reducido a casi nada la influencia de la clase obrera [...] El partido y las autoridades económicas, desbordados por los técnicos burgueses y por otros elementos no proletarios, eran ostensiblemente hostiles a los sindicatos [...] El único remedio era la concentración de la dirección industrial en manos de los sindicatos.» Y había que efectuar esa transformación partiendo de la base. «Al nivel de la fábrica, los Comités de fábrica deberían recuperar su antigua posición dominante.» [iLos sindicalistas bolcheviques habían tardado bastante en darse cuenta de ello!] La Oposición propuso que los sindicatos estuvieran mejor representados en diversos organismos de control. «No habría que nombrar ni a un solo individuo en un puesto económico-administrativo sin el consentimiento de los sindicatos [...] Los funcionarios recomendados por los sindicatos tendrían que rendirles cuentas de su conducta, y podrían ser sustituidos en cualquier momento. El elemento culminante del programa era la demanda de que se convocara un Congreso panruso de productores que eligiera una dirección central de toda la economía nacional. Los Congresos nacionales de los diversos sindicatos elegirían también la dirección de los diversos sectores de la economía. Las conferencias sindicales locales constituirían las direcciones locales y regionales, y la dirección de cada fábrica pertenecería al Comité de fábrica, que seguiría formando parte de la organización sindical... «Y así -afirmaba Shliápnikov- se conseguirá esa voluntad única necesaria para organizar la economía, pero también la posibilidad real de que las grandes masas de trabajadores hagan sentir su influencia en la organización y el desarrollo de nuestra economía.»²⁷⁷ Por último, pero no menos importante, la Oposición

²⁷¹ V.I. Lenin: «Insistiendo sobre los sindicatos...», OE, 3, p. 562.

²⁷² Bujarin: «O zadachaj i strukture profsoyuzov» [«Sobre las tareas y la estructura de los sindicatos»], Décimo Congreso del partido, apéndice 16, p. 802.

²⁷³ V.I. Lenin: «Insistiendo sobre los sindicatos...», OE, 3, p. 565.

²⁷⁴ *Ibid.*, p. 565.

²⁷⁵ V.I. Lenin: «Krisis partii» [«La crisis en el partido»], Pravda, 21 de enero de 1921.

²⁷⁶ V.I. Lenin: «Insistiendo sobre los sindicatos...», OE, 3, p. 532-566.

²⁷⁷ Shliápnikov: «Organizatsiya narodnogo josiaistva i soyuzov» [«La organización de la economía y las tareas de los

obrero proponía una modificación radical de la política de salarios inspirada por ideas muy igualitarias, y que suponía que el salario en especie sustituyera progresivamente al salario en dinero. No cabe duda que, dentro del partido, la Oposición obrera representaba un intento de mantener los ideales revolucionarios de El Estado y la revolución en el terreno de la participación autónoma y democrática de las masas en las funciones de decisión económica.

1921

Enero

Campaña «oficial», con vistas al Décimo Congreso, lanzada por el muy leninista Comité del partido de Petrogrado (controlado por Zinoviev). Antes del Congreso, se tomaron numerosas medidas de tipo administrativo para garantizar la derrota de la Oposición. Algunas eran tan irregulares que en cierto momento el Comité del partido de Moscú votó una resolución que censuraba públicamente a la organización de Petrogrado «por no haber observado las reglas de una discusión limpia»²⁷⁸.

13 de enero

El Comité del partido de Moscú denunció «la tendencia de la organización de Petrogrado a convertirse por su propia cuenta en un centro especial de preparación de congresos del partido»²⁷⁹. Los leninistas utilizaban la organización de Petrogrado como una base desde la que ejercer presiones sobre todo el resto del partido. El Comité de Moscú pidió al Comité central que «garantizara una distribución equitativa del material y de los oradores [...] para que todos los puntos de vista pudieran expresarse»²⁸⁰. Recomendación claramente inútil. Kollontai afirmó durante el Congreso que la distribución de su folleto había sido entorpecida deliberadamente²⁸¹.

14 de enero

Publicación de la «Plataforma de los diez» (Artem, Kalinin, Kámenev, Lenin, Lozovski, Petrovski, Rudzutak, Stalin, Tomski y Zinoviev). El documento presentaba de modo más elaborado las tesis de Lenin para el Congreso.

16 de enero

La Pravda publica la plataforma de Bujarin, a la que Lenin llama «monumento de descomposición ideológica»²⁸².

21 de enero

En un artículo de la Pravda sobre la crisis del partido, Lenin escribe: «Añadimos ahora a nuestra plataforma lo siguiente: debemos luchar contra la confusión ideológica de los elementos nocivos de la oposición que llegan al extremo de rechazar toda «militarización de la economía», de rechazar no sólo el «método de nombramiento» que ha sido generalmente utilizado hasta ahora, sino todos los nombramientos. En última instancia, eso significa rechazar el papel dirigente del partido en relación con las masas sin partido. Hay que luchar contra la desviación sindicalista, que matará al partido si no nos curamos completamente de ella.» Y Lenin escribió poco después que «la desviación sindicalista lleva a la caída de la dictadura del proletariado»²⁸³. En otras palabras, el poder de la clase obrera (la «dictadura del proletariado») es imposible si hay militantes en el partido que piensan que la clase obrera debería ejercer un poder mayor en la producción (la «desviación sindicalista») ²⁸⁴.

24 de enero

Reunión de la fracción comunista en el Segundo Congreso del Sindicato minero. Kiselev, un minero, defendió la plataforma de la Oposición obrera, que obtuvo 62 votos -contra 137 para la de Lenin y 8 para la

²⁷⁸ L. Trotski: «Otvét petrogradskim tovarishcham» [«Respuesta a los camaradas de Petrogrado»], Décimo Congreso del partido, p. 826-827, n. 1.

²⁷⁹ Ibid., apéndice 6, p. 779.

²⁸⁰ Ibid.

²⁸¹ A. Kollontai, en Décimo Congreso del partido, p. 103.

²⁸² V.I. Lenin: Selected Works, vol. IX, p. 35.

²⁸³ V.I. Lenin: «Insistiendo sobre los sindicatos...», OE, 3, p. 546.

²⁸⁴ Lenin plantea aquí con bastante claridad el problema «poder del partido» o «poder de la clase». Y opta sin la menor ambigüedad posible por el primero -«racionalizando» claro está su opción con la suposición de que son una y misma cosa. Pero va aún más lejos. No sólo identifica el «poder obrero» con el gobierno del partido: ila identifica con la aceptación de las ideas de los dirigentes del partido!

de Trotski²⁸⁵.

25 de enero

La Pravda publica las «Tesis sobre los sindicatos» de la Oposición obrera. Alejandra Kollontai publica el folleto La Oposición obrera, que desarrolla las mismas ideas en un plano más teórico²⁸⁶.

A pesar de la tempestad política que levantó la Oposición obrera, hay poca documentación digna de confianza sobre esta tendencia. La información de que se dispone viene esencialmente de fuentes leninistas²⁸⁷. La virulencia de los ataques contra la Oposición obrera permite suponer que gozaba de bastante crédito entre los obreros de fábrica de la base, y que eso es lo que inquietó seriamente a la dirección del partido. Shliápnikov (que fue el primer Comisario del Trabajo), Lutovinov y Medvedev, líderes metalúrgicos, fueron sus principales representantes. «Desde un punto de vista geográfico, parece haber estado concentrada en algunos sectores del sudeste de la Rusia europea: la cuenca del Dónetz, las regiones del Don y de Kuban, y la provincia de Samara del Volga. En Samara la Oposición obrera controlaba realmente en 1921 la organización del partido. Antes de la crisis del partido en Ucrania, a finales de 1920, los miembros de la oposición tenían una mayoría de simpatizantes en el conjunto de la república. Sus otros puntos fuertes eran la provincia de Moscú, donde la Oposición obrera reunía aproximadamente la cuarta parte de los votos del partido, y el sindicato de los metalúrgicos en todo el país.»²⁸⁸ Cuando Tolski abandonó a los sindicalistas y se unió a los «leninistas», a finales de 1921, pretendió «explicar» la influencia de la Oposición obrera por la popularidad de las ideas de «democracia industrial» y «sindicalistas» entre los metalúrgicos²⁸⁹. Hay que recordar que esos mismos metalúrgicos constituían la espina dorsal del movimiento de los Comités de fábrica en 1917.

Febrero

Durante la discusión antes del Congreso, la tendencia leninista utilizó a fondo la recién creada Comisión de control. Obtuvo la dimisión de Preobrajenski y Dzerjinski (juzgados demasiado «blandos» hacia la Oposición obrera y hacia los trotskistas, respectivamente), y el nombramiento de «aparatchiks» empedernidos como Solts, que empezó por reprochar a los dirigentes del partido, divididos entre sí, su tardanza en eliminar a la «ultraizquierda». Los leninistas lanzaron una ruidosa campaña, acudieron incansablemente al tema de la unidad y de los peligros que amenazaban a la revolución desde dentro, y no dudaron en utilizar continuamente el culto a la personalidad de Lenin. Se declaró que las otras tendencias eran «objetivamente contrarrevolucionarias». Y consiguieron efectivamente apoderarse del control del aparato del partido, hasta en zonas que apoyaban a la Oposición desde hacía mucho tiempo.

El «éxito» obtenido en esas «victorias» fue a veces tan completo que hay serios motivos para creer que a veces hubo fraude. El 19 de enero, por ejemplo, se atribuía a la Conferencia del partido de la Flota del Báltico un voto de 90 % a favor de los leninistas²⁹⁰. Y sin embargo, dos o tres semanas más tarde, la Oposición se manifestó con fuerza en la flota, y distribuyó ampliamente octavillas como ésta: «El departamento político de la Flota del Báltico ha perdido todo contacto no sólo con las masas, sino también con los obreros políticamente activos. Se ha convertido en un órgano burocrático desprovisto de autoridad [...] Ha aniquilado toda iniciativa local y reducido todo el trabajo político a papeleo de secretaría.»²⁹¹ Fuera del partido, se dijeron cosas aún más desagradables.
2-17 de marzo

Rebelión de Cronstadt. Este acontecimiento capital, que tuvo un efecto profundo sobre el Congreso que comenzó unos días más tarde, ha sido ya analizado con todo detalle en otros textos²⁹².

²⁸⁵ V.I. Lenin i «Insistiendo sobre los sindicatos...», OE, 3, p. 565.

²⁸⁶ A. Kollontai i The Worker's Opposition, Solidarity Pamphlet n° 7.

²⁸⁷ Por ejemplo el libro de K. Shelavin i Rabochaya oppozitsiya [La Oposición obrera], Moscú, 1930.

²⁸⁸ R.V. Daniels i Op. cit., p. 127.

²⁸⁹ Tolski, en Décimo Congreso del partido, p. 371-372.

²⁹⁰ Pravda, 27 de enero de 1921.

²⁹¹ Citado por A.S. Pujov i Kronshtadtski miatezh v 1921 g. [La rebelión de Cronstadt de 1921], Leningrado, 1931, p. 52. El libro de Ida Mett i La Commune de Cronstadt, París, Spartacus, 1949, da una buena idea del descontento que se manifestaba en Petrogrado en aquella época.

²⁹² Véanse los detalles que dan Ida Mett: Op. cit. (traducción inglesa The Kronstadt Commune, Solidarity Pamphlet n° 27), y Víctor Serge: Mémoires d'un révolutionnaire, París, 1951, capítulo IV.

8-16 de marzo

El Décimo Congreso del partido resultó ser una de las reuniones más dramáticas de toda la historia del bolchevismo. Pero en cierto sentido, los argumentos empleados y las luchas entabladas no eran más que un reflejo deformado de la crisis, mucho más profunda, que sacudía a todo el país. Habían estallado huelgas importantes en el área de Petrogrado a fines de febrero; Cronstadt se había sublevado; pero esos dos casos eran sólo la parte visible del iceberg: el descontento y la desilusión eran generales.

El control del aparato sobre el Congreso fue total, desde el primero hasta el último momento. Un clima de semihisteria, como nunca se había visto en una reunión bolchevique, se impuso en las reuniones. La dirección del partido consideraba absolutamente esencial suprimir a la Oposición: lo supiera o no, lo quisiera o no, ésta se estaba convirtiendo en el portavoz de todas las aspiraciones frustradas. Era sobre todo necesario impedir que Cronstadt apareciera como un movimiento que defendía los principios de la Revolución de octubre contra los comunistas -la idea de la «tercera revolución»- que era exactamente lo que afirmaban los sublevados. «Luchamos -proclamaban los rebeldes- por el auténtico poder de los soviets [...] El gobierno bolchevique, con el criminal Trotski a la cabeza, quiere conservar el poder absoluto del partido [...]»²⁹³ «Cronstadt estaba en primera fila en febrero y en octubre. Y ahora alza la bandera de la tercera revolución de los trabajadores. La autocracia zarista cayó. La Asamblea constituyente burguesa es sólo un recuerdo. Y lo que se va a hundir ahora es el régimen de los comisarios. Ha llegado el momento del verdadero poder de los trabajadores. Ha llegado el momento del verdadero poder de los soviets.»²⁹⁴

En el Congreso, Trotski denunció a la Oposición obrera. «Han sacado consignas peligrosas. Han convertido en fetiche los principios democráticos. Han colocado por encima del partido el derecho de los obreros a elegir representantes [...] ¡Como si el partido no tuviera derecho a afirmar su dictadura aunque esa dictadura choque pasajeramente con el humor veleidoso de la democracia obrera!» Y aludió al «mayorazgo histórico del partido». «El partido tiene la obligación de mantener su dictadura [...] sin tener en cuenta las vacilaciones temporales de la clase obrera [...] La dictadura no se funda en todo momento en el principio formal de la democracia obrera [...]»

Junto al ataque (en el sentido material) contra Cronstadt, en el que participaron unos 200 delegados del Congreso, hubo una ofensiva verbal feroz contra la Oposición obrera y las tendencias afines. Aunque los líderes de la Oposición obrera participaran en la lucha contra Cronstadt (porque todavía se hacían ilusiones sobre «el papel histórico del partido», y no habían conseguido desembarazarse de su viejo sentimiento de lealtad hacia la organización), Lenin y los otros dirigentes del partido eran perfectamente conscientes de todo lo que los dos movimientos tenían en común. «Los dos atacaban a la dirección -escribe Daniels- por haber traicionado el espíritu de la revolución, por haber sacrificado los ideales democráticos e igualitarios sobre el altar de la oportunidad y la «eficacia», y por tender a interesarse de modo burocrático en el poder por sí mismo.»²⁹⁵ Ante problemas concretos, sus demandas coincidían también en muchos puntos. Los de Cronstadt -miembros disidentes del partido, mucho de ellos- habían proclamado que «la república socialista de los soviets sólo será fuerte cuando esté administrada por los trabajadores por medio de sindicatos renovados [...] La política del partido dirigente ha impedido que los sindicatos sean auténticas organizaciones de clase»²⁹⁶. Hasta en su «fetichismo» de los sindicatos utilizaban el mismo lenguaje.

El Congreso comenzó con un violento discurso de Lenin, que hacía un llamamiento a la lealtad hacia el partido, y denunciaba a la Oposición obrera como una corriente «pequeño burguesa», «sindicalista», «anarquista», corriente «en parte originada por el ingreso en el partido de exmencheviques, así como de obreros y campesinos que aún no han asimilado por completo las concepciones comunistas», pero que se debía más que nada «a la influencia que ejerce en el proletariado y en el Partido Comunista de Rusia el elemento pequeño burgués [...]»²⁹⁷ (De hecho, los miembros de la Oposición eran todo lo contrario, y representaban una reacción de la base proletaria del partido contra la entrada en masa de esos elementos.) No hubo el menor examen atento de los argumentos esenciales de la Oposición, y cuando los leninistas utilizaron argumentos, y no invectivas, no solieron ser muy coherentes. Por ejemplo, la Oposición obrera no sólo era: a) «auténticamente contrarrevolucionaria» y b) «objetivamente contrarrevolucionaria», sino que era además... «demasiado revolucionaria». Sus demandas eran «demasiado avanzadas», ya que el gobierno soviético tenía que consagrarse todavía exclusivamente a superar el atraso cultural de las

²⁹³ «Llamamiento radiofónico al proletariado internacional» del Comité provisional revolucionario, *Isvestiya vremennogo revoliutsionnogo komiteta* [Noticias del Comité provisional revolucionario], 10 de marzo de 1921. Hay una traducción francesa de las *Izvestia* de Cronstadt: *La Commune de Cronstadt. Recueil de documents comprenant la traduction intégrale des Izvestias de Cronstadt*, París, Belihaste, 1969.

²⁹⁴ *Ibid.*, 12 de marzo de 1921.

²⁹⁵ R.V. Daniels: *Op. cit.*, p. 145-146.

²⁹⁶ Noticias del Comité provisional revolucionario, 9 de marzo de 1921.

²⁹⁷ «0 sindikalistskom i anarjistskom uklone v nashei partii» [«Sobre la desviación sindicalista y anarquista en nuestro partido»], Décimo Congreso del partido, *Resoluciones*, I, p. 530. V.1. Lenin, OE, 3, p. 597.

masas²⁹⁸. Según Smilga, lo que pedía la Oposición obrera era tan excesivo que entorpecía los esfuerzos del partido, y daría a los obreros esperanzas sin fundamento²⁹⁹. Y además, cosa más grave, los objetivos de la Oposición obrera no eran revolucionarios en el buen sentido de la palabra: eran anarcosindicalistas. Anatema definitivo. «Si perecemos -dijo Lenin en una conversación privada- lo más importante es preservar nuestra línea ideológica, y dejar una lección a los que continuarán nuestra obra. Eso es lo que nunca hay que olvidar, por desesperada que sea la situación.»³⁰⁰

Adiós breves días de la luna de miel de 1917, adiós retórica de El Estado y la revolución: se sacaba a relucir los cadáveres de la escisión de la Primera Internacional. El crimen imperdonable de la Oposición era que algunos de sus elementos (y sobre todo en su periferia, hombres como Miasnikov y Bogdanov) empezaban a hacer preguntas demasiado molestas. De modo torpe y todavía confuso, algunos empezaban a impugnar la primacía del partido -y otros a plantear el problema de la naturaleza de clase del Estado ruso. Las críticas de las «deformaciones burocráticas» de tal o cual institución -o hasta del propio partido-, el partido las soportaba perfectamente (empezaba además a estar bastante acostumbrado). Pero lo que no estaba dispuesto a tolerar era que se sembraran dudas sobre asuntos tan absolutamente fundamentales como esos.

Y la amenaza era efectivamente seria, aunque en aquel momento esas ideas sólo estuvieran presentes de modo implícito en el pensamiento de la Oposición. Verdad es que las tesis de Ignatov señalaban el riesgo de los efectos probables de la «entrada en masa de elementos de origen burgués y pequeño burgués en nuestro partido» al combinarse con «las duras pérdidas del proletariado durante la guerra civil»³⁰¹. Pero era inevitable que algunos sacaran todas las consecuencias de sus supuestos. Poco antes del Congreso, Bogdanov y el grupo Verdad Obrera afirmaron que la revolución había acabado con «una derrota completa de la clase obrera». Escribirían más tarde que «la burocracia, junto con los «hombres de la NEP», se ha convertido en una nueva burguesía, que vive de la explotación de los obreros y aprovecha su desorganización [...] Con los sindicatos en manos de la burocracia, los obreros están más desamparados que nunca». El Partido Comunista [...] después de convertirse en partido dirigente, en partido de los organizadores y dirigentes del aparato de Estado y de la actividad económica de tipo capitalista [...] ha perdido irrevocablemente todo vínculo y parentesco con el proletariado.»³⁰² Esas concepciones amenazaban el fundamento mismo del régimen bolchevique; había que quitárselas de la cabeza a los trabajadores, costara lo que costara.

«El marxismo nos enseña [...] -dijo Lenin que sólo el partido político de la clase obrera, es decir, el Partido Comunista, está en condiciones de agrupar, educar y organizar a la vanguardia del proletariado y de todas las masas trabajadoras, la única vanguardia capaz de [...] dirigir todo el conjunto de las actividades de todo el proletariado, esto es, dirigirlo políticamente y a través de él dirigir a todas las masas trabajadoras. Sin esto la dictadura del proletariado es irrealizable.»³⁰³ Desde luego, «el marxismo» podía haberle enseñado también otras cosas: que «la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma»³⁰⁴ y que «los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros»³⁰⁵, por ejemplo. Lo que Lenin estaba defendiendo en ese momento no era el «marxismo», sino el «leninismo» simplista del *¿Qué hacer?* (escrito en 1902), el leninismo que afirmaba que la clase obrera sólo podía alcanzar por sus propias fuerzas una conciencia «trade-unionista», y que había que introducir desde fuera la conciencia política en su seno, gracias a los esfuerzos de los elementos «portadores de la ciencia»: la intelligentsia pequeño burguesa³⁰⁶. Para los bolcheviques, el partido encarnaba por lo tanto los intereses históricos de la clase obrera, aunque la clase obrera no lo comprendiera, o se opusiera a ello. Si se aceptaban esas premisas, cualquier impugnación de la hegemonía del partido -de hecho o de palabra- se convertía en «traición» de la revolución, y violación de las leyes de la Historia.

El tema omnipresente en el Congreso fue la «unidad». Teniendo en cuenta la amenaza exterior y la «amenaza» interna, no le resultó muy difícil a la dirección el obtener medidas draconianas. Esas medidas limitaban aún más los derechos de los miembros del partido. Se suprimió el derecho de fracción. «Por las razones apuntadas, el Congreso declara disueltos y prescribe disolver inmediatamente todos los grupos, sin

²⁹⁸ Ibid., p. 383.

²⁹⁹ Ibid., p. 258.

³⁰⁰ L. Trotsky i «Carta a nuestros camaradas en la URSS», 1930 (Archivos de Trotsky, T 3279).

³⁰¹ «Tesis de Ignatov», Décimo Congreso del partido.

³⁰² N. Karev i «O gruppe «Rabochaya Pravda»» [«Sobre el grupo «Verdad Obrera»], Bolshevik, 5 de julio de 1924, p. 31.

³⁰³ Décimo Congreso del Partido: Resoluciones, I, p. 531. V.1. Lenin i OE, 3, p. 598.

³⁰⁴ K. Marx y F. Engels Manifiesto del Partido Comunista, 1848, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, sf, p. 17.

³⁰⁵ Ibid., p. 49.

³⁰⁶ Y claro está, tampoco se podía confiar demasiado en esos elementos. La primera edición del *¿Qué hacer?* llevaba como divisa el célebre aforismo de Lasalle: «El partido se refuerza depurándose.»

excepción, que se hayan formado a base de una u otra plataforma (a saber «oposición obrera», «centralismo democrático», etc.). El incumplimiento de este acuerdo del Congreso acarreará la inmediata e incondicional expulsión del partido.»³⁰⁷ Una cláusula secreta otorgó al Comité central poderes ilimitados para imponer la disciplina, incluido la expulsión de las filas del partido y hasta del propio Comité central (bastaba para ello una mayoría de dos tercios).

Esas medidas, que abrían una nueva página de la historia de la organización bolchevique, fueron aprobadas por una aplastante mayoría. Pero hubo algunas dudas. Karl Radek afirmó: «Tengo la impresión de que se ha establecido una regla pero no sabemos muy bien contra quién podrá ser aplicada. Cuando se eligió el Comité central, los camaradas de la mayoría presentaron una lista que les daba un control completo. Todos sabemos que eso ocurrió cuando empezaron a aparecer discrepancias en el partido. Nadie puede adivinar [...] qué complicaciones pueden surgir. Los camaradas que proponen esa regla creen que es un arma dirigida contra camaradas que no piensan como ellos. Aunque vote a favor de esa resolución, tengo la impresión de que puede volverse contra nosotros.» Pero subrayando que tanto el partido como el Estado se encontraban en una situación peligrosa, Radek concluía: «Dejemos pues que el Comité central, en un momento de peligro, tome las medidas más severas, aunque sea contra los mejores camaradas, si lo cree necesario.»³⁰⁸ Esa actitud, o mejor dicho, esa mentalidad (la clase no puede tener razón contra el partido, el partido no puede tener razón contra el Comité central) daría ulteriormente terribles resultados, convirtiéndose en una verdadera cuerda en torno al cuello de millares de revolucionarios honrados. Permite comprender tanto a Trotski, negando públicamente la existencia del «testamento» político de Lenin en 1927, como a los bolcheviques de la vieja guardia que «confesaban» crímenes que nunca habían cometido, durante los procesos de Moscú de 1936-1938. El partido, institución reificada, no era ya más que un ejemplo de cómo puede transformarse en enajenación la actividad revolucionaria.

Ante esa transformación política -o mejor dicho, ante esa brusca irrupción de algo que siempre había sido una de las tendencias subyacentes del bolchevismo-, las «discusiones» de la Conferencia no tuvieron en sí mismas demasiada importancia. Situándose todavía dentro del marco ideológico «del partido», Perepechko, miembro de la Oposición obrera, acusó al «burocratismo» (en el partido) de ser la causa de la separación entre las autoridades y el aparato soviéticos y las grandes masas trabajadoras³⁰⁹. Medvedev atacó al Comité central por sus «desviaciones», como la desconfianza en las fuerzas creadoras de la clase obrera y las concesiones a la pequeña burguesía y a las capas de funcionarios de origen burgués³¹⁰. Para frenar esa tendencia y preservar el espíritu proletario del partido, la Oposición propuso que se exigiera a cada miembro del partido que viviera y trabajara al menos tres meses por año como «un obrero o campesino ordinario, efectuando un trabajo manual»³¹¹.

Las tesis de Ignatov pedían que hubiera dos terceras partes de obreros como mínimo en cada organismo. Hacía años que no se oían críticas tan duras contra la dirección. Un delegado provocó un griterío al llamar a Lenin «el mayor de los chinovnik» (jerarca de la burocracia zarista)³¹².

La dirección actuó como de costumbre. Una larga resolución sobre los sindicatos, preparada por Zinoviev, fue aprobada por 336 votos, contra 50 (para la posición de Trotski) y 18 (para la Oposición obrera)³¹³. «Zinoviev tuvo que hacer bastantes esfuerzos para poder afirmar la continuidad absoluta entre ese documento y la doctrina sindical [...] del Primer Congreso sindical y del programa del partido de 1919. Se trataba de la táctica habitual una cortina de humo de ortodoxia para disimular un cambio de orientación.»³¹⁴ El documento, que hablaba enormemente de «democracia obrera», subrayaba con términos inequívocos que el partido guiaría todo el trabajo sindical.

El penúltimo día del Congreso, al final de una sesión, sin la menor discusión previa en el partido, y cuando ya se habían marchado buen número de delegados, Lenin presentó sus famosas propuestas sobre la Nueva Política Económica. Propuso que se sustituyera la requisita del trigo, uno de los aspectos más impopulares del «comunismo de guerra» en el campo, por un «impuesto en especie». Se acabaría con el control gubernamental del abastecimiento en trigo, lo que suponía libertad de comercio del cereal. Esa importantísima proposición provocó únicamente intervenciones de diez minutos cada una en la asamblea. De las 330 páginas de las actas oficiales del Décimo Congreso, 20 están consagradas a la NEP³¹⁵. Es

³⁰⁷ «Sobre la unidad del partido», Décimo Congreso del partido, Resoluciones, I, p. 527-530. V.I. Lenin «Proyecto inicial de resolución del X Congreso del PC de Rusia sobre la unidad del partido», OE, 3, p. 595.

³⁰⁸ Radek: *Ibid.*, p. 540.

³⁰⁹ *Ibid.*, p. 93.

³¹⁰ *Ibid.*, p. 140.

³¹¹ «Resolución sobre la organización del partido propuesta por la Oposición obrera», *ibid.*, p. 663.

³¹² Yaroslavski: *Ibid.*, citando a Y.K. Milonov.

³¹³ *Ibid.*, p. 828, n. 1.

³¹⁴ R.V. Daniels: *Op. cit.*, p. 156.

³¹⁵ L. Schapiro: *Op. cit.*, p. 308.

evidente que el Congreso se había ocupado sobre todo de otro asunto.

A partir de ese momento, empezó el verdadero «endurecimiento» interno. Una resolución estipuló que «la tarea inmediata más acuciante del Comité central es obtener de modo estricto la uniformidad en la estructura de los Comités del partido». El número de miembros del Comité central pasó de 19 a 25; 5 de ellos se consagrarían exclusivamente al «trabajo del partido» (y especialmente a visitar a los comités provinciales y a asistir a las Conferencias provinciales)³¹⁶. El nuevo Comité central impuso inmediatamente un cambio radical en la composición de la Secretaría. Los «trotskistas» (Krestinski, Preobrajenski y Serebriakov), cuyo apoyo a la línea leninista pareció demasiado tibio, fueron eliminados del Comité central. Se introdujeron también cambios radicales en el Orgburó y en la composición de un cierto número de organizaciones regionales del partido³¹⁷. Se empezó a instalar a mediocres «disciplinados» y «prudentes» en todos los niveles organizativos. «Los cambios en la organización de 1921 -escribe Daniels- fueron una victoria decisiva de Lenin, de los leninistas, y de la concepción leninista de la vida del partido.»³¹⁸ El partido quiso el fin, y ahora empezaba a poner los medios.

1921 - Epílogo

Mayo de 1921

Congreso panruso del Sindicato de metalúrgicos. El sindicato de los metalúrgicos había desempeñado un papel decisivo durante el movimiento de 1905. Su dirección estaba en manos de los bolcheviques desde 1913. El sindicato había animado los Comités de fábrica, y formado numerosos destacamentos de Guardias rojos. En aquel momento las ideas de la Oposición obrera encontraban gran eco en su seno. Su líder, Medvedev, era un miembro activo de la Oposición. Había que destruir esa influencia.

Durante el Congreso de los metalúrgicos, el Comité central envió a la fracción del partido en el sindicato una lista recomendando a sus candidatos para la dirección del sindicato. Los delegados de los metalúrgicos rechazaron la lista -y la fracción comunista del sindicato hizo lo mismo (40 votos a favor, 120 en contra). Se emplearon todos los medios de presión concebibles para acabar con su resistencia. Había que aplastar a la Oposición. El Comité central hizo caso omiso de cada uno de esos votos y nombró su propio Comité de metalúrgicos³¹⁹. ¡Pobres «delegados elegidos y revocables»! Delegados por la base sindical -y revocables por la dirección del partido, claro.

17-25 de mayo

Cuarto Congreso Panruso de los Sindicatos. El Congreso tenía que discutir sobre el papel de los sindicatos en el nuevo sector con propietarios privados que había legalizado la NEP. El Comité central del partido encargó a Tomski, como presidente del Consejo central panruso de Sindicatos, que se ocupara de preparar las «tesis» apropiadas y de obtener que las aceptaran, primero la fracción del partido, y después el Congreso. Todo iba bien hasta que el Congreso aceptó, por 1.500 votos contra 30, una moción de aspecto inofensivo presentada por Riazanov en nombre de la fracción del partido, que provocó finalmente un verdadero escándalo. El punto esencial de la resolución declaraba que «el partido debe orientar globalmente la elección del personal dirigente del movimiento sindical, pero debe hacer un esfuerzo especial para garantizar los métodos normales de la democracia proletaria, sobre todo en los sindicatos, donde la elección de los dirigentes la deben efectuar los propios sindica- listas»³²⁰.

El Comité central dio rienda suelta a su ira, y ésta cayó de modo aplastante sobre el Congreso. A Tomski, que ni siquiera había apoyado la desdichada resolución, se le privó inmediatamente de sus credenciales de representante del Comité central en el Congreso. Fue sustituido por sindicalistas tan conocidos como Lenin, Stalin y Bujarin, decididos a domar a la fracción rebelde. Se prohibió definitivamente a Riazanov que se ocupara del trabajo sindical.

Se creó una comisión especial, encabezada por Stalin, para «examinar la conducta de Tomski». Cuando la comisión terminó su trabajo, decidió censurar severamente a Tomski por su «criminal descuido» (al permitir que el Congreso expresara su propia voluntad). Tomski perdió todas sus funciones en el Consejo central

³¹⁶ Décimo Congreso del partido, Resoluciones, p. 522-526.

³¹⁷ R.V. Daniels: Op. cit., p. 156.

³¹⁸ Ibid., p. 152.

³¹⁹ *Izvestiya Ts. K.* n.º 32, 1921, p. 3-4. Véase también Schapiro Op. cit., p. 323-324.

³²⁰ Citado por Riazanov en el XI Congreso del partido, *Protokoli*, p. 277-278. Véase también Schapiro: Op. cit., p. 324-325.

panruso de Sindicatos. En cuanto a la fracción del partido, se la «convenció» de que rectificara su decisión del día anterior. Las actas no cuentan qué ocurrió con los otros cientos de individuos que habían votado por la resolución. Pero, ¿quién se ocupaba de ellos? En 1917 se proclamó que «cualquier cocinera debía aprender a gobernar el Estado». En 1921, el Estado era ya lo bastante fuerte como para «poner un comisario detrás de cualquier cocinera».

Conclusión

Los acontecimientos que hemos relatado en este libro muestran con creces que hay un vínculo claro e innegable, en el terreno de la «política del trabajo», entre lo ocurrido en la época de Lenin y de Trotski y la realidad estalinista ulterior. Sabemos que a muchos elementos de la izquierda revolucionaria esa afirmación les resultará «difícil de tragar». Estamos convencidos, sin embargo, de que es la única conclusión que pueda sacarse de un examen honesto de los hechos. Cuanto más se rebusca en ese periodo, más difícil resulta medir -o hasta percibir- ese famoso «abismo» que, por lo visto, separa la época de Lenin de lo ocurrido después. Y cuando se conocen verdaderamente los hechos, ya no es posible aceptar -como Deutscher, por ejemplo- que el conjunto de los acontecimientos fuera «históricamente inevitable», y estuviera «objetivamente determinado». La ideología y la práctica bolcheviques constituyeron por sí mismas un factor importante, y a veces decisivo, en el sesgo que tomaron los acontecimientos en cada momento crítico de ese periodo histórico crítico. Disponemos actualmente de tantas pruebas que ya no debería ser posible seguir engañándose a sí mismo. Si alguno de los que han leído estas páginas sigue sin «saber qué pensar», es porque está firmemente decidido a no saberlo -o porque (considerándose a sí mismo como un futuro «responsable» de una sociedad semejante a la sociedad rusa) le interesa no saberlo.

Que tantos individuos que han consagrado toda su vida al movimiento socialista, sepan tan poco sobre este periodo no es de extrañar. En medio de la ola de entusiasmo que saludó la «victoriosa revolución socialista» de 1917, era casi inevitable que sólo se escuchara la voz de los vencedores. Durante años, parecía que la única alternativa la constituían los lamentos hipócritas de la social- democracia, o los gruñidos de la contrarrevolución.

De la voz de la oposición revolucionaria y libertaria al bolchevismo, ya no llegaba ni el eco. Verdad es que el veredicto histórico inmediato ha sido siempre « ¡Ay de los vencidos! ». Por eso se supo tan poco de los revolucionarios que, sin esperar el año 1923, vieron desde 1918 hacia dónde iba la sociedad rusa y se opusieron a ello, pagándolo a veces a costa de su propia vida. La enorme transformación burocrática de las décadas siguientes, a la que suele llamarse pudorosamente «construcción del socialismo», borró hasta su memoria.

Para que las dudas se extendieran, y empezaran a plantearse los verdaderos problemas, hubo que esperar estos últimos años, cuando en Hungría, en Checoslovaquia, y en otros lugares, resultó demasiado difícil ocultar que los frutos de la «victoriosa» revolución estaban podridos. Y sólo ahora se emprende seriamente el estudio del verdadero germen de esa podredumbre: la actitud bolchevique ante las relaciones de producción «reales», y se vuelven a examinar con interés las advertencias proféticas de los «vencidos». Y todavía queda una cantidad enorme de material sobre esos años de formación que hay que devolver a su legítimo propietario: el movimiento revolucionario.

Cincuenta años después de la revolución rusa, podemos enfocar con más claridad algunos de los problemas que se discutieron apasionadamente de 1917 a 1921. Los revolucionarios libertarios de 1917 hicieron lo que pudieron, pero nosotros, hoy en día, disponemos de toda la experiencia del pasado. Además tanto el movimiento húngaro de 1956 como el francés de 1968 han mostrado cuáles son los verdaderos problemas de las sociedades capitalistas burocráticas modernas, y cuál es la naturaleza de las oposiciones revolucionarias que engendran, en el doble contexto oriental y occidental. Lo superficial y lo contingente ya no deben poder cegarnos: es cada vez más evidente que los problemas capitales de nuestra época son el dominio del hombre sobre su medio circundante y sobre las instituciones que ha creado para resolver los problemas con los que se enfrenta -el saber si dominará sus creaciones, o será dominado por ellas. Y la solución de esos problemas es inseparable de la de otros aún más importantes: el de la propia «falsa conciencia» del hombre, el de la necesidad de destruir el mito de la «complejidad» de la gestión de los asuntos colectivos, de devolverle la confianza en sí mismo, en su capacidad de poder controlar la autoridad que ha delegado, el de conseguir que vuelva a apoderarse de todo lo que el capitalismo le ha arrebatado. Y por lo tanto, el de conseguir liberar la enorme capacidad de creación que poseemos todos, y utilizarla para realizar objetivos escogidos por nosotros mismos.

En esa perspectiva, en relación con esa lucha, el bolchevismo aparecerá como una especie de aberración, el último disfraz de una ideología burguesa que empezaba a ser atacada en sus raíces. La insistencia bolchevique en la supuesta incapacidad de las masas para alcanzar una conciencia socialista, su búsqueda

de un «partido de vanguardia» organizado jerárquicamente y de una «centralización que pueda oponerse al poder centralizado de la burguesía», su afirmación de los «derechos históricos» de los que han aceptado una visión particular de la sociedad y de su futuro (y su derecho a imponer, por lo tanto, su voluntad a otros, aunque sea por la fuerza de las armas), hay que tomarlos por lo que son: el último intento de la sociedad burguesa de conservar su división estricta en dirigentes y ejecutantes, y de mantener relaciones sociales autoritarias en todos los sectores de la vida social.

Para que tenga sentido, la revolución futura tendrá que ser profundamente libertaria y partir de una verdadera asimilación del conjunto de la experiencia rusa. Tendrá que negarse a sustituir unos dirigentes por otros, una banda de explotadores por otra, un tipo de sacerdotes por otro, un tipo de autoritarismo y de ortodoxia opresora por otro. Tendrá que eliminar radicalmente todas las falsas soluciones que no son más que nuevas manifestaciones de la alienación humana. Una auténtica comprensión de la naturaleza del bolchevismo es un elemento indispensable de toda revolución que intente superar todas las formas de alienación y de auto-engaño. Cuando la vieja sociedad se hunda, tanto la burguesía como la burocracia tendrán que desaparecer bajo sus escombros. Habrá que comprender, por lo tanto, qué es lo que les ha permitido nacer y desarrollarse. En esa gigantesca tarea, la fuerza y la inspiración de la revolución futura vendrán de la experiencia real de millones de individuos, tanto en el este como en el oeste. A esa tarea quisiera contribuir, aunque sea en una medida insignificante, este pequeño libro.